

DORTHE NORS

*Espejo, hombro,
intermitente*



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

ESPEJO HOMBRO INTERMITENTE

DORTHE NORS



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Spejl, skulder, blink

Edición en formato digital: mayo de 2019

© imagen de cubierta, Photographer's Choice / Getty Images

© de la traducción, Victoria Alonso, 2019

© Dorthe Nors & Gyldendal, 2016

Publicado con la ayuda de
DANISH ARTS FOUNDATION

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4033-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1

Sonja se encuentra en el interior de un coche. Ha traído consigo el pesado diccionario, que descansa dentro del bolso sobre el asiento trasero. Está en plena traducción de la última novela policíaca de Gösta Svensson, cuya precedente entrega ya había sido más floja. Pensó: he de hacerlo ahora que puedo permitírmelo. De modo que buscó autoescuelas en Internet y se apuntó en la de Folke, situada en el barrio de Frederiksberg. La sala destinada a la parte teórica, pequeña y azul, huele a humo añejo, a vestuario. No obstante, el teórico fue bien. Además de Folke, solo había otro en la sala de la edad de Sonja, pero era uno que pillaron conduciendo bajo los efectos del alcohol, así que se mantenía apartado. De esta forma se veía a Sonja sentada asomar entre los jóvenes, además el instructor la escogió para ejemplificar el cursillo de primeros auxilios. Señaló el lugar de su cuello donde debían imaginarse que a ella se le había bloqueado la respiración. Ejecutó sobre ella la maniobra de Heimlich, puso los dedos en su rostro, introduciéndolos en el borde del cuello, deslizándolos por sus brazos arriba y abajo. En un momento dado le estranguló la garganta, aunque eso no fue lo peor. Lo peor vino cuando ellos mismos tuvieron que hacer las prácticas. Resultaba humillante que un chaval de dieciocho la tumbara sobre el costado manteniéndola en dicha posición. De hecho le entraron mareos, pero no podía consentir que se percataran de ello. *Tú sí que eres combativa*, decía siempre su mamá. Esa es Sonja: nunca se rinde. Debería, pero no lo hace, *entonces presionáis con fuerza el corazón treinta veces y comprobáis si respira*, dijo el profesor de primeros auxilios.

En última instancia eso es lo importante, piensa Sonja: respirar, y aprobó el teórico. La práctica constituye siempre su problema, por eso ahora se encuentra en el interior de un coche. Está muy bien haber llegado tan lejos, aunque no es suficiente; le habría gustado tener habilidad, que le saliera de

forma automática. Como Kate, la hermana de Sonja, y su cuñado Frank, que se sacaron el carnet de conducir en los ochenta. En su tierra, Balling, sentían inclinación por quemar rueda, las carreras entre rastrojos y los coches trucados. Durante la adolescencia Kate se lanzó a todas esas calamidades que de mayor teme. Polizón en coches para el desguace, mujer fatal de las fiestas del pabellón, centro de atención en las reuniones del club y los encuentros de gimnasia deportiva. A Sonja no le extrañaría que Kate hasta hubiese usado el coche alguna vez deslizándolo discretamente hasta casa. En Balling, los coches se deslizan discretamente por la carretera que va por detrás de la iglesia, y también el coche de Sonja avanza discretamente, pero eso es porque se le da mal conducir. Lo difícil de entender es el funcionamiento del coche y las clases de conducir no han estado exentas de problemas. El mayor de todos se encuentra ahora sentado junto a Sonja en el coche. Se llama Jytte y el humo adherido a la sala donde se imparte la teoría es suyo. La autoescuela está galvanizada con humo de cigarrillo, y la mayor parte de ese humo ha pasado por los pulmones de Jytte. Cuando Sonja llega, la ve sentada en la oficina de Folke, metida en Facebook o abriendo las pruebas médicas de los otros alumnos. *Melanie, la de la coleta, no ha superado el reconocimiento*, le grita a Sonja en la puerta. *Algo de tipo nervioso, ¿lo sabías?*

Sonja no lo sabía, pero tampoco ella superó el reconocimiento médico. Tiene un trastorno en los oídos. Lo ha heredado de su madre; no pueden mantener el equilibrio en posiciones extremas. Aunque durante mucho tiempo creyó que se había librado, sin embargo apareció el vértigo posicional. Se denomina vértigo posicional paroxístico benigno. Demasiada palabreja para el lugar de donde viene Sonja. Hasta eso lo tiene bajo control. No va a consentir que sea un impedimento, de manera que ahora se encuentra sentada al volante. Lleva a Gösta en el asiento trasero y a Jytte junto a ella.

Como Jytte tiene tantas preocupaciones, no ha encontrado el momento de enseñar a Sonja a cambiar de marchas. Sonja conduce con Jytte desde hace seis meses y aún no se apaña con las marchas. En cuanto ve la oportunidad Jytte le ahorra el trabajo, pues al encargarse ella misma del cambio de marchas no tiene que cambiar de tema: su hijo va a casarse, a su nieto le van a poner un nombre terrorífico, su nuera viste de forma absurda y la hermana del nuevo marido de la madre de su cuñado acaba de morir.

—Los tailandeses no saben conducir.

Sonja y Jytte están paradas en un semáforo de Frederiksberg. El humo del último cigarrillo fuera del coche ha entrado con ella en el habitáculo. Ahora se mezcla con el sudor que segrega Sonja. Pone el intermitente a la derecha, la mano de Jytte descansa sobre la palanca de cambios, mientras la propia Sonja permanece alerta a los ciclistas.

—La de ahora se llama Pakpao. ¿Pakpao? ¡EN VERDE! ¡METE SEGUNDA! ¡SEGUNDA! ¡LA BICI!

Jytte cambia a segunda al tiempo que Sonja evita a una bicicleta.

—Y además está casada con un viejo cerdito de setenta y cinco. Ha entrado en la oficina haciéndose el gallito y todo.

El coche ha avanzado un buen trecho en dirección al centro de la ciudad, la circulación es fluida, así que Jytte puede perfectamente meter la cuarta. Utiliza el embrague para el profesor, entonces señala una delicatessen:

—Ahí hacen una estupenda cabeza de jabalí y foie-gras templado con beicon y salchichas de cóctel. Adoro la Navidad, en realidad nunca me cansaría de ella. Pero a ti también te gustará, supongo.

Están a primeros de agosto y a Sonja no le entusiasman las Navidades. Las relaciona con las listas de la compra de Kate y tratar de minimizar los daños volviendo atrás en el tiempo, pero asiente de todas formas a la pregunta de Jytte. Quiere estar a buenas con Jytte cuando, a fin de cuentas, es la que lleva el coche. Y en el fondo siente también simpatía por ella, pues Jytte le ha contado que es de Djursland. De una aldea que está cerca de Nimtofte. El padre de Jytte era el encargado del comercio local de forraje, situado justo enfrente de la escuela, de forma que Jytte podía, de una carrera, ir a casa a comer durante el tiempo de almuerzo. Se mudó a Copenhague con veinte años. El hermano menor del policía de la localidad tenía una habitación de sobra en Hvidovre. El hermano también era policía, y a Jytte siempre le han gustado los hombres de uniforme. Ahora vive en Solrød, tierra adentro, pero en aquel entonces había que salir a bailar hasta que desapareciese el olor a campo de labranza danés.

Sonja le dijo a Jytte que le resultaba difícil imaginar que procedía de Jutlandia. No se percibe en su manera de hablar, y por lo general resulta difícil entender lo que dice Jytte. A la derecha es *adech*, a la izquierda es *aiquer*, y no se trata de un dialecto, sino solo del modo más breve que tiene Jytte de dar directrices sin tener que cambiar de tema.

—No te queda mucho jutlandés —dice Sonja.

—Pues tendrías, adech, que escucharme cuando charlo por teléfono con mi hermana. ¡FLECHA VERDE, FLECHA VERDE! ¡GIRA, JODER! ¡UNA BICI!

Sonja gira a la derecha mientras piensa cómo se la oirá a ella cuando habla por teléfono con Kate. Aunque ya casi nunca habla por teléfono con Kate, además van a adentrarse en el barrio de Vesterbro. Más adelante las espera Istedgade con sus embotellamientos y Jytte le cuenta que le encanta la iluminación sueca de la escalera en las ventanas. Y también tiene que haber adornos plateados en el árbol de Navidad, pero su nuera no es del mismo parecer. En su casa todo lo que el árbol lleve ha de ser blanco, cosa incomprendible para Jytte, igual que tampoco entiende por qué Folke acepta tantos extranjeros en la autoescuela.

—Que vayan a sus propias autoescuelas —dice Jytte—. No entienden lo que les digo. Es, aiquer, peligroso conducir por ahí con ellos.

Sonja piensa en el comercio de forraje de Djursland. También en Balling tenían uno. Al otro lado de la carretera se encontraba la tienda de la cooperativa Dagli Brugsen, a la que denominaban Dawli-Aage por el almacenista. Ya no hay ningún tendero, ni carnicero, ni oficina de correos en Balling. Las granjas con campos de labranza se han devorado unas a otras y solo quedan dos, que han suprimido todos los accesos, a y desde la ciudad, que había en forma de vías lácteas, sendas que constituían mentideros de señoras durante la sobremesa y cañadas corrientes. Balling parece un caso aislado de civilización en el interior de un maizal sobredimensionado; sin embargo, a sus espaldas, la landa ha escapado a la productividad. Hay allí cisnes cantores, y a pesar de que ya casi nadie trabaja en el campo, las cocinas campesinas siguen siendo enormes. Tienen el tamaño de pequeñas cantinas. En un extremo, una larga mesa laminada para los trabajadores emigrados, y nuevos materiales en la ventana. Siempre había que hacer sitio en el banco al trabajo manual y así Jytte se sentaba en Djursland balanceando las piernas. Es el recreo largo y ha corrido a casa a comer y sus pies no tocaban ni el suelo. Lleva calcetines rojos hasta el tobillo y una falda de cuadros escoceses. Su mamá ha puesto ante ella una rebanada de pan blanco. La madre cuece el pan ella misma; está seco y Jytte unta la rebanada con margarina. Entonces toma el paquete de azúcar moreno. Cruje. Resulta divertido apretujar el azúcar en la margarina. Puede pasarse largo rato apretujándola. Después escucha cómo el

azúcar moreno continúa crujiendo en el interior de la boca. Se disuelve en la saliva, que se vuelve dulce como almíbar. Pronto sonará el timbre. Cuando el timbre suena la mamá grita que va a llegar tarde. Jytte se ve obligada a cruzar corriendo la carretera rural con sus piernas igual que baquetas.

—¡FRENA, JODER! ¡PERO CÓMO COÑO NO HAS VISTO EL PASO DE PEATONES!

Jytte frenó y redujo a primera. Mientras estaban detenidas miraban a un amedrentado hombre con chubasquero.

—¡Tienes que parar para que pase la gente! —dice Jytte.

—Lo sé de sobra —dice Sonja.

—¡Pues desde luego no lo parece! —dice Jytte quitando el pie del embrague, primera marcha, segunda.

Suena el móvil de Jytte. Transitan por Vesterbrogade, tercera. El marido de Jytte tiene las mañanas libres y no encuentra el mando a distancia.

—ESTÁ EN EL CESTO. SÍ, EL CESTO. EL CESTO AL LADO DE (adech, pon el intermitente, ponlo, joder, adech, despacio, ¡DESPACIO!), costillas de cerdo asadas, creo.

Suben Istedgade junto a bandadas de bicicletas brillantes. A Sonja se le ha nublado la vista, apenas puede respirar, sin embargo resuelve sola, en términos generales, un giro a la izquierda en el cruce con Enghavevej. Jytte ha dejado de hablar con su marido, pero descubre un mensaje con foto de su nuera. La imagen muestra al nieto de Jytte llevando un traje de bautizo, su voz se torna blanda, como para que Sonja mire la foto a su vez, aunque por su parte tendrá que esperar, así que Jytte deja el teléfono móvil en el salpicadero.

Es complicado determinar los límites en el coche. El alumno en prácticas ha enajenado su voluntad y en una ocasión Jytte la obligó a adelantar a un carrito de salchichas. Habían estado conduciendo relajadamente, hasta que llegaron a un lugar donde había una isleta en la vía. Una isleta y un carro de salchichas. Se supone que Sonja no debía adelantar, pero los que venían detrás empezaron a impacientarse y pitaban. ¡Vamos, coño! ¡Adelanta!, gritó Jytte, tras lo cual Sonja giró el volante para meterse en el carril contrario, adelantó, y a continuación lo giró de nuevo para regresar a su propio carril, tan rápido que estuvo a punto de rebanar al vendedor, que iba tirando del carro de salchichas. *Un poco más y cargas con una muerte sobre tu conciencia*, dijo entonces Jytte.

Aún tiene metida en el cuerpo la vergüenza por aquello. La vergüenza y el miedo al homicidio, mientras se acercan a Vigerslev Allé. Dicha avenida pasa junto al cementerio Vestre Kirkegård, y Jytte determina que giren al llegar al cementerio para rodearlo por completo.

—Pues lo cierto es que me encanta Vestre Kirkegård —se aventura a decir Sonja—. Abajo en el fondo tiene una capilla con madera contrachapada sobre las ventanas. Creo que han dejado de usarla. También hay una avenida de álamos retorcidos. Y un pequeño lago. Adoro venir aquí y tumbarme sobre una manta a leer.

Jytte ve la lectura como algo para gente de vacaciones y los cementerios son para los muertos. Hay muchos difuntos en la familia de Jytte. Algunos perecieron en accidentes de tráfico, otros murieron a causa de un cáncer o en accidentes laborales. La madre de Jytte vive todavía, pero la hermana padece KOL, una enfermedad pulmonar, y ahora Sonja debe girar. Tiene que girar a la izquierda. Espejo, hombro, intermitente, embrague hasta el fondo. Jytte cambia a segunda, aunque Sonja escoge por sí misma el carril para dar el giro. Ha elegido el correcto, cosa que no resulta fácil, cuando hay muchos. Luz roja, reducen a primera, se dedican a esperar. En el carril para ir la derecha hay un furgón. Le da gas mientras está parado.

—Aborígenes —dice Jytte señalando al furgón.

Sonja mira la luz del semáforo. Ahora cambia. Ella avanza. El furgón avanza y gira a continuación metiéndose delante de Sonja. Está prohibido torcer a la izquierda desde un carril de giro a la derecha. Sonja lo sabe perfectamente y Jytte también. Ella ya ha bajado la ventanilla y sacado una mano que muestra el dedo corazón mientras ha estirado la otra hasta el volante para tocar el claxon. A un mismo tiempo pita y mueve el dedo, paradas en el cruce en plena luz verde. El furgón se ha detenido a su vez en el cruce y ahora baja su ventanilla.

—¡PAKIS! —chilla Jytte.

—¡JODIDA PUTA! —grita el furgón.

Sonja piensa en los primeros ministros enterrados en el cementerio. Es tan agradable llevarse allí una manta. Así tumbada mira a Hans Hedtoft mientras los patos graznan y el tejado de la gran capilla reluce con el sol. Semeja la celestial Jerusalén, o un cachito deslindado de Dinamarca. El sonido de los coches se oye lejano. Huele a tejo y boj, prácticamente es como estar aislada

en mitad de la nada. En teoría, un ciervo podría pasar por allí, además ha comprado una pastita para el café, ha robado hiedra de las matas. Los muertos no meten ruido, y si tiene suerte alguna rapaz planeará por encima. Así tumbada puede evadirse.

2

—Tengo molestias en nuca y brazos —dice Sonja.

Es jueves y hace un bochorno de tormenta. Se halla tumbada sobre el banco de masaje con la cabeza hacia abajo dentro del pequeño flotador. Su mandíbula tensada contra el cuero, le dolió al ir a cepillarse los dientes. Parece como si la articulación estuviera oxidada, pero justo ahora la masajista ha comenzado con las nalgas. Al cabo de un momento se desplaza hacia arriba y dice que algo se pasea desde el estómago de Sonja ascendiendo a través de su cuerpo. Seguro que es ira. Y está a punto de escapársele por la boca. Ella no tiene más que dejarlo salir, dice la masajista

—Sácalo y ya está —dice.

El suelo de la clínica de la masajista, que se llama Ellen, ha sido acuchillado. Los lugares donde una vez las ramas se hallaban unidas al árbol aparecen nítidamente perfilados. El dormitorio de los padres de Sonja estaba forrado de madera. Se destacaban nudos de ramas por todos lados. Mientras la mamá de Sonja leía la *Revista Ilustrada* y papá hacía crujir el periódico, ella, tumbada, daba vida a las tablas. Era capaz de lograr que un simple nudo pareciera diversas cosas: pájaros, automóviles, los que salían en la publicación *Pato Donald*. Del mismo modo también cobra vida el suelo de Ellen, quien se ha aferrado a su culo. Dice que Sonja camina tensando, y cuando llegó hace veinte minutos estaba entreabierta la puerta que da a la cocina americana. Sonja quiso echar un vistazo al interior, pero no tuvo tiempo de ver más que una labor de punto sobre la mesa de la cocina. Sonja no sabe demasiado de Ellen, aparte del hecho de que es buena masajista y de que se atisba cierta melancolía en sus ojos.

—Tus nalgas están duras —dice Ellen—, y eso te pasa porque vas por ahí apretando el culo, como suele decirse. Uno «aprieta el culo», igual que

«aprieta los dientes», ante situaciones difíciles. ¿Ves como todo está en el lenguaje?

Sonja lo sabe bien por el trabajo que tiene. El lenguaje es poderoso, casi mágico. El mínimo cambio en una frase puede elevarla o acabar con ella.

—Me parece que deberías pedir mayor sosiego en el coche —dice Ellen.

Los problemas con la autoescuela es un tema recurrente en la clínica, y Ellen aconseja indefectiblemente el enfrentamiento. Sin embargo, hace mucho que Sonja ha renunciado a pedir mayor sosiego. Si Sonja solicita que haya calma, bien puede ser que Jytte lo intente, pero no durará mucho. El solo hecho de que un alumno le dé directrices amenaza con hacer estragos en el interior de Jytte. Lo peor crece en Jytte cuando hay silencio. Igual que en Kate el peligro surge a partir de las superficies pulidas, de manera que hay que rasparlas continuamente con charla monótona, recetas de tarta y el pelo de los perros.

Las manos de Ellen han agarrado bien a Sonja, y no es frecuente tener a Sonja entre las manos. Se imagina que las manos de Ellen son más fuertes que las de mayoría. Desde luego sí que traen y llevan continuamente, y tampoco es seguro que la totalidad de los clientes sean capaces de subirse a la camilla. *Todo el mundo necesita encontrarse con su cuerpo*, en palabras de Ellen, y Kate tiene también manos fuertes. En la residencia donde trabaja usan grúas para los ancianos y los enfermos. Pero de todas formas no se libran de tener que alzarlos a pulso, en ese sentido son fuertes ambas, Ellen y Kate, y Ellen ya ha llegado desde las nalgas a la parte posterior del corazón.

La parte posterior del corazón es el espacio que queda entre los omóplatos. Ellen lo llama la parte posterior del corazón porque es ahí donde a uno lo apuñalan cuando es apuñalado por la espalda. Se trata de un lugar sensible en Sonja. Tan sensible que fija la mirada en un nudo de la madera del suelo, mientras Ellen fricciona. El nudo recuerda a Mickey Mouse con esas orejas un poco grandotas, de pie con las manos en jarras. Lleva guantes en las manos y botones dorados en los pantalones. Llama a Pluto, pues el perro debe venir, y debe hacerlo ahora. Duele, y también le duele la parte superior de los brazos; los siente como si fueran enormes moretones.

—Ay, jooo...lines —dice Sonja.

—¿Por qué crees tú que tienes los brazos tan doloridos? —pregunta Ellen.

Sonja dice que bien podría ser por haberse visto envuelta en la riña del

cruce junto al Vestre Kirkegård. Pensaba que ya se lo había contado a Ellen junto con la otra queja acerca de Jytte, pero no era así. Ahora se siente mejor al exteriorizarlo y además le cuenta a Ellen cómo fue el regreso a la autoescuela de Folke después. De qué manera se había encendido Jytte. En un momento dado Sonja probó a cambiar de marcha ella sola, cosa que no debería haber hecho, porque entonces Jytte la culpó de querer romper el coche.

—Estuve a punto de echarme a llorar —dice Sonja.

Ellen pone sus cálidas manos sobre la parte superior de sus brazos.

—Fue del todo injusto.

Sonja nota que los músculos del brazo derecho se distienden un poco. Son las manos de Ellen que le dan palmadas y sus dedos masajean un punto detrás de la oreja, además Sonja es una mujer en mitad de la vida, ya es adulta. No tiene que intentar continuamente que la gente llegue a entenderse entre sí, tampoco puede hacerlo. La gente no quiere reconocer nada, no quiere abrirse. Así, por ejemplo, Kate ya no descuelga el teléfono.

—¿Estás lista para darte la vuelta sobre la espalda? —pregunta Ellen, y Sonja intenta asentir.

No es fácil con la cabeza en el flotador, y además esos giros son arriesgados; determinados ángulos desencadenan el vértigo posicional. Así, resulta terrible tener la cabeza en la denominada postura del dentista. Ellen piensa que el vértigo de Sonja es la expresión de un estado psíquico y Sonja le ha explicado que en tal caso se trata de un estado psíquico que poseen la mayoría de las mujeres de su familia, pero no le apetece hablar de su familia con extraños. En general, la manera en la que Ellen lee el cuerpo de las demás personas recuerda a las clases de análisis de texto que Sonja seguía en la universidad. Las cosas han de poseer otro significado, estar en vías de elevarse, separarse del papel para ascender a un sentido superior. Tienen que salir del lugar en el que se encuentran. Ellen no puede ocultar dicho anhelo, y a juzgar por los muchos ángeles que ha puesto por toda la clínica, tampoco lo pretende. Se ven figuritas de ángeles sobre el escritorio y la ventana, incluso en una cadena en torno al cuello de Ellen, quien ya está en camino de rodear la camilla. Va en busca de los pies, que tienen una mala curvatura. *No quieren agarrarse a la tierra*, le dijo Ellen. *Terapeuta del masaje*, aparece en la página web de Ellen, así que Sonja pensó que sería alguna forma de

fisioterapia, sin embargo en la clínica de Ellen su hombro no es un hombro sino una sensación. Sus manos no son simplemente manos sino expresión de estados psíquicos. Como terapeuta del masaje, Ellen cree que su tarea radica en leer a Sonja, y en respuesta Sonja no puede hacer otra cosa que leer a Ellen. Se trata de un circo de interpretación mutua. Si Sonja siente dolor en las muñecas Ellen dice que a lo mejor ella «tira con fuerza de las riendas», se refrena en exceso. Cuando Sonja apunta que también podría ser porque la novela policíaca de Gösta Svensson de la que se está encargando ha puesto a trabajar duramente sus manos sobre el teclado, Ellen dice:

—Entonces seguro que las manos muestran cierta oposición a Gösta Svensson.

No es en absoluto imposible, si bien no son las manos de las que se ocupa Ellen en este momento: los pies de Sonja asoman un buen trozo fuera de la camilla. Su cuñado Frank la llama «Masái», pues él viajó a África una vez. Fue allí para hablarles a los negros acerca de los aerogeneradores y Sonja se lo imagina en medio de la sabana. Allí de pie mirando las rótulas de un masái. En camiseta, pequeño, al lado de un hombre cuya altura superaría la suya con creces, así que se le ha ocurrido que sería divertido burlarse de Sonja por su excesiva longitud. Tan excesiva que Ellen se ha visto obligada a correr hacia atrás su pequeño taburete para poder hacerse cargo de los pies adecuadamente. No hay ninguna duda de que Ellen posee habilidad para dar masajes. Pero en lo relativo al análisis corporal Sonja se lleva más de lo que había pagado.

—Sí que es un bonito colgante —dice Sonja mirando el ángel.

Ellen lo palpa un poco y le cuenta que lo compró en unas charlas.

No dice nada más, pero Sonja sabe desde hace tiempo que hay algo de lo que Ellen no quiere hablar, algo aparte de lo material. Ha estado enganchada a lo sobrenatural, igual que estuvo enganchada a ese tipo de cosas Molly, la amiga de Sonja. Desde que Sonja tiene memoria, Molly se veía gobernada por inquietudes de tipo geográfico y cósmico. Durante todo el tiempo que duró el instituto hacía planes sobre el modo en el que podrían marcharse. Y no era que Sonja no compartiese la idea. Pero lo decisivo fue que Molly continuamente la potenciase, la verbalizase. Un período especialmente febril de sueños de futuro las llevó a un camión de mudanzas en 1992. Papá al volante sacando el labio inferior, y Sonja y Molly con decidida determinación de ir hacia el este.

Primero un piso compartido, después la vida en Copenhague, y hace unos años asistió a una fiesta en la casa de Molly en Hørsholm. Donde había una adivina. Mientras Sonja tomaba en pie una cerveza apoyada en el frigorífico, la adivina vestida con una túnica amarillo curry, y que solo bebía agua, vio cosas en el futuro de Sonja. Aunque papá siempre la precavió contra todo lo que oliera a creencia, permaneció allí pensando que la adivina no debía de estar muy sana, así que como papá también le enseñó que es una iniquidad mostrar rechazo hacia los enfermos, dejó que la adivina prosiguiera. Además, con el transcurrir del tiempo se demostró que la adivina llevaba razón respecto a que se enamoraría de forma infeliz. Primero conoció a Paul. Entonces ella se enamoró. Después él escogió a una chica de veintitantos que aún se hacía trenzas, y el resto del vaticinio lo ha reprimido. ¿Cómo podría vivir si no?, piensa, a la vez que intenta recordar. Pero el recuerdo se resiste.

—¿Duele? —pregunta Ellen.

Sí que le duele, pero no se lo dice a Ellen porque no quiere que la interpreten por los pies, y también en otra ocasión se encontró con alguien que podía ver fantasmas en Jutlandia. Fue hasta allí a un centro de traductores jutlandés porque le resultaba demasiado solitario sentarse en su casa con Gösta Svensson. El centro se halla en un antiguo monasterio, así que no pasa demasiado tiempo antes de que se escuchen ruiditos en la buhardilla. Las tablas del suelo crujen, hay puertas que se abren sin que nadie entre. Por la noche, las lechuzas sobrevuelan el edificio, y los traductores, que son unos cuantos, se han inventado a partir de esos signos un fantasma. Las noches transcurren mientras charlan tomando vino tinto, y el fantasma sale en las conversaciones de forma recurrente. Para contribuir al juego, Sonja le ha atribuido al fantasma algunos rasgos de Gösta Svensson —perilla de chivo, chaqueta de tweed, zapatos que rechinan—. Lo puede hacer a la perfección, ya que Sonja ha traducido todas sus novelas policíacas al danés y se han encontrado en varias ocasiones. Pero sucedió que se tropezó con una de las empleadas del centro. Sonja se la topó en la escalera de incendios, ella bajaba y la camarera de habitaciones iba hacia arriba. *Ah*, dijo Sonja, cuando la camarera apareció de repente, *creí que eras el fantasma*.

Lo dijo en broma, pero la camarera no se rió. Contó que ella podía ver fantasmas. Se llevó la mano hasta el ojo izquierdo, Sonja lo recuerda con toda claridad; la forma en que sus dedos vibraban delante del ojo izquierdo. Dijo:

Puedo ver fantasmas con este ojo. Así se quedó plantada de una manera peculiar, y lo peculiar se vio subrayado por lo gestual. Realmente no quería dejar pasar a Sonja. Tenía mucho más que contar. Entre otras cosas afirmó que el monasterio se hallaba en una zona de energías especiales. Durante siglos las fuerzas cósmicas habían caído vigorosamente sobre el territorio. En las colinas al oeste del monasterio había un lugar que funcionaba como un teléfono sagrado. Si uno deseaba hablar con el universo no tenía más que situarse allí. No fue parca en detalles la camarera, y así tampoco omitió que Copenhague constituía el ojete espiritual de Dinamarca. Copenhague succionaba las energías oscuras de la nación.

—Pues yo vivo en Copenhague —dijo Sonja.

—Bueno —dijo la camarera.

—¿Alguna vez has probado a cruzar Balling?

—No —dijo la camarera.

—Porque al decir de muchos es también un bonito ojete danés —dijo Sonja, sin que volvieran a hablar más entre ellas durante dicha estancia.

Sonja observa el ojo izquierdo de Ellen, es de color ceniza. Tiene un rictus melancólico en torno a la boca y ha dejado de teñirse el pelo. Sus manos son fuertes, sin embargo percibe algo oscuro en el ángulo de los ojos, además ella reconoció hace tiempo que podía ver el aura de Sonja. Incluso extendió la mano tesa por encima de Sonja en la camilla para enseñarle el radio que alcanzaba su aura. *Tu campo de energía se ha debilitado*, dijo Ellen con rápido movimiento de la mano. *Has de tomar nueva energía a través de la coronilla*, dijo mostrándole a Sonja cómo debía formar un embudo con sus manos sobre la cabeza. La energía tenía que gotear en Sonja igual que el agua hirviendo en el embudo de una cafetera.

—Precisamente este domingo... —Ellen estruja de forma extraordinaria los pies de Sonja para indicarles que ha terminado con ellos—, algunas mujeres damos un paseo.

Sonja asiente.

—Quedamos en la estación de Klampenborg y luego caminamos hasta el Dyrehave para meditar en un claro del parque. Durante el trayecto a pie tratamos de ejercitar los sentidos. ¿Qué te parece? ¿No te apetece acompañarnos?

Me lo dice porque comenté que su ángel era bonito, piensa Sonja, a quien

no le apetece acompañarlas, aunque tampoco tiene nada especial que hacer el domingo. Y justamente es esto lo que dice.

—Puedes venir conmigo en el coche —dice Ellen.

—También puedo ir en tren —dice Sonja.

—Qué bobada, y puedes venir perfectamente en el coche. Saldré a las diez.

Sonja se sienta sobre el banco de masaje. Se abrocha el sujetador y contempla al gato que se ha sentado en la abertura de la puerta. Tiene la cara plana, es viejo como las montañas y mira escandalizado los pies de Sonja, aunque no tiene ningún motivo: los pies son chepudos, pero Sonja lleva plantillas para compensar. Después paga a Ellen, que le da un recibo asegurándole que puede deducir el masaje en Hacienda.

—Porque eres autónoma, ¿no? —dice Ellen.

—¿Autónoma?

Sonja se ha quedado en pie, completamente tiesa y nota que algo pugna por salir de su boca. Lo masca, lo siente seco y pegajoso. Se le ha adherido a la encía. Parece pan blanco casero con azúcar moreno, pero, independientemente de lo que sea, obstruye la libre circulación de la palabra.

3

Sonja se ha detenido frente a su espejo. Hacía un momento cruzaba su dormitorio con una sandalia en la mano y vio un reflejo de sí misma en el espejo situado en la parte interior del armario. Le pareció al mismo tiempo que era Kate quien se hallaba de pie dentro del armario. Es extraño, piensa Sonja. Kate y yo jamás nos hemos parecido. No obstante, ha vuelto hasta el espejo para comprobarlo.

Kate tiene dos hijos, está casada con Frank. Cuando vienen a Copenhague se apresuran a ir al Tivoli, pero por lo demás van por ahí intentando ocultar que son de Jutlandia. Salir con Kate a comer fuera es complicado. No hace falta demasiado para que tilde la comida de pretenciosa, y si Sonja les propone disfrutar de la ciudad en su compañía, Kate prefiere entrar en Georg Jensen y Frank ir al Planetario.

Pero hace ya unos años que no me visitan, piensa Sonja. Y tampoco nos parecemos.

Se acerca un poco más, porque quizá tenga algo que ver con los ojos. Con los pómulos y la boca, aunque Kate no tiene el cuerpo tan alargado. Ella es más bonita, más femenina. En su infancia, Kate le daba mucha importancia al hecho de que ella era la mayor. Incluso era condescendiente, pues perteneció al grupo de las que se desarrollan temprano. De trato fácil. Eso decía siempre mamá, y después le acariciaba a Sonja la mejilla, para que no se entristeciera por el hecho de ser complicada. De sus complicaciones podía sacar partido si se esforzaba, eso creía entender Sonja de lo que su mamá decía.

Kate seguía siendo simple y de trato fácil, como cuando escarba en el jardín frente a su casa. Simple de un modo neurótico, pero simple, y a Sonja también le gustaría ser simple en ese sentido si fuera capaz de expulsar a los demonios de su cuerpo igual que Kate. Sin embargo, porque Sonja guarda para

sí sus sentimientos, en lugar de hacerlo, como Kate, detrás del garaje, en el porche cerrado y la buhardilla, ella acude a los masajes de Ellen. Ellen pondrá sobre ella sus cálidas manos, deshará los nudos y conseguirá que note que su cuerpo está ahí, que vive y se lo puede tocar. Por ese motivo hay quien se busca un novio, o hay hombres que van con prostitutas, sin embargo Sonja ha elegido una masajista en Valby. De cálidas manos y cierta querencia por otros mundos que sustituyan a este. Así interpreta Sonja a Ellen, porque Ellen interpreta a Sonja, pero uno se hace vulnerable al hallarse en una relación en la cual se busca siempre otro significado a lo que uno es. Y no obstante sigue yendo donde Ellen. Resulta agradable que la recorran a una en profundidad, piensa Sonja, y Kate tampoco es capaz ya de darle un abrazo en condiciones. Solo de echar los brazos flojos o como máximo del leve roce de una mejilla húmeda. Parece como si Kate percibiera algo que no va bien en Sonja: esas miradas huidizas. De cuando en cuando intercambian mensajes de texto, pero en ellos no se trasluce verdaderamente nada de Kate. La mayor parte son caritas sonrientes, y si Sonja llama al teléfono fijo, es Frank quien responde. Si a Sonja se le ocurre llamar al móvil de Kate, siempre la encuentra plantada en los grandes almacenes Kvickly. No tiene tiempo. Va camino de algún sitio. Está palpando los aguacates. Comprobando fechas de caducidad, llamando a un dependiente. Tiene la sensación de que Kate tuviera miedo de algo en Sonja, pero Sonja no cree que en ella haya nada que temer. Si temo a alguien es a Gösta, piensa Sonja mientras observa el manuscrito sobre el escritorio. Me dan miedo sus violaciones y sus cifras de ventas. En cambio, Kate no teme a Gösta. El criminal sexual que podría estar escondido detrás de la puerta del portal cuando Kate llega a casa después de una guardia nocturna en la residencia, lo espera gozosa en los libros de Gösta. Si hay algún punto de encuentro de Kate y Sonja ese es Gösta Svensson, pues solo gracias a Sonja Kate, ahora también en danés, puede desaparecer en la maldad como un universo ordenado. Con Gösta, Kate puede oler la muerte sin que a ella le afecte realmente, y el odio que debe de sentir por ella misma es desfogado con creces en los asesinatos que constituyen siempre el prólogo de las historias de Gösta. Kate también le ha dicho a mamá que se enorgullece de que Sonja conozca a Gösta. *Kate ESTÁ ilusionada contigo*, le dijo su mamá por teléfono. *Piensa que es estupendo lo del tipo ese de las novelas policíacas.*

Sin embargo, Sonja rara vez habla por teléfono con Kate.

Se separa del espejo. Es domingo y ha llegado el momento de marcharse. Le habría gustado inventarse una excusa, pero qué iba a hacer de todos modos con ese calor. Hay árboles en el Dyrehave, árboles y otras personas, una especie de vida popular, así que Sonja sale ya al calor inmóvil con una botella de agua en la mochila.

Ellen vive en una ciudad jardín de Valby. No está lejos de Sonja, pero se nota que la gente del barrio tiene recursos. Así, construyen para los niños escondites en los árboles igual que se hacen para ellos porches cerrados que diseña un arquitecto. Sin Paul, su ex, es decir, sin un hombre, o sin que le toque la lotería, Sonja jamás llegará a vivir en un barrio como ese. Sabe que puede deberse a que las uvas le parezcan verdes, pero se siente a disgusto en el barrio por esos desmesurados cobertizos para el coche, edificios anejos, por el modo en el que las antaño honestas pequeñas viviendas unifamiliares han sufrido brotes para convertirse en palacetes de clase media. Sonja se percata con cierto alivio de que Ellen no tiene cobertizo para el coche. Espera en la calle.

El coche es de color plateado, y Ellen lleva ropa cómoda y zapatos de andar.

—Caramba. Qué bien que te apetezca acompañarnos.

A menudo el interior de los coches huele un poco agrio, pero no el de Ellen. Parece aspirado.

—¿Es nuevo? —pregunta Sonja.

—Depende de a qué llames nuevo —dice Ellen.

Sonja mira fugazmente la parte de atrás del coche para verlo entero. Hay una mantita y un cojín, entonces Ellen tuerce abandonado el bordillo sin volverse para mirar el ángulo muerto. Se ponen en camino y hace bochorno. Ellen le cuenta que con este tiempo es difícil elegir el atuendo. En cierto sentido hace un calor que perfectamente podría acabar en lluvia. Un crucifijo recubierto de pedrería falsa cuelga rodeando el retrovisor y se columpia siguiendo a los movimientos del coche.

—¿Hace mucho que te sacaste el carnet de conducir? —pregunta Sonja.

—Uf, andaba yo por los treinta —responde Ellen.

—¿Y te resultó fácil sacártelo?

—Sí, no fue demasiado difícil.

Aumenta la velocidad del vehículo, están descendiendo por una rampa a la

vez de incorporación y salida, las más peligrosas, contó Folke en la clase de teoría, así que Sonja guarda silencio. Mira los pies de Ellen en el suelo del coche así como sus hábiles manos, y no parece que haya nada que temer. Ellen está dotada para lo práctico, recuerda Sonja: es de las que se dan maña con lo tangible, y si tomamos en consideración que piensa que yo tengo que poner mis manos a modo de embudo encima de la cabeza de forma que el universo gotee energía en mí, entonces se maneja tangiblemente también con lo intangible.

—Yo creo que es difícil aprender a conducir, pero eso ya lo sabes —dice Sonja—. Por ejemplo, no soy capaz de cambiar de marcha.

Ellen está obligada por el secreto profesional, así que Sonja se siente desnuda y nerviosa. En realidad, Ellen no debe repetir fuera de la clínica ni lo más mínimo de lo que haya oído dentro de la clínica, de modo que ahora ambas procuran fijar los límites entre lo íntimo y aquello de lo que se puede hablar sin más en una charla corriente. Ellen ha jurado secreto profesional, cosa de la que alguien como Jytte podría tomar nota, sin embargo se trata de algo difuso. Sonja no sabe de qué podría hablar en este momento. Saca la botella de agua de su mochila, Ellen parlotea y adelanta a los camiones. No resulta fácil hacer de paciente en sus relaciones privadas. A Sonja nunca le ha entusiasmado que la tomen de la mano para prestarle ayuda. De hecho siempre ha procurado apartarse de las exigencias de adaptación por parte de los demás. Especialmente atareada estuvo Kate cuando eran más jóvenes. *Deja ya de quejarte*, decía al tiempo que arrancaba pelos de las cejas de Sonja, porque las cejas debían estar arriba junto a la línea del cabello, la línea del cabello debía tener hecha la permanente, así como los zapatos y pantalones tenían que ser semejantes a los del resto de la clase, y entonces llegaba Sonja con sus zuecos amarillos o peor aún: Sonja desaparecía con sus zuecos amarillos para ir a lugares donde no debería estar. *Ha vuelto a sentarse entre la mies, papá*, decía Kate mientras arrastraba tras de sí a una Sonja larguirucha hasta la cocina. A continuación la reprimenda, pues ni por todos los demonios puede uno sentarse entre la mies. La mies no es sitio para jugar, la mies espera a ser segada, y sería peligroso si además Sonja se durmiese entre el cereal porque de pronto podría encontrarse con la cosechadora ya encima de ella. *Pero si yo no duermo allí*, se defendía. *¿Qué es lo que haces entonces?*, preguntaba Kate.

Eso es algo que Sonja nunca pudo explicar. Ni a papá ni a Kate, y siempre

tuvo el presentimiento de que eso la convertía en un caso aparte.

Sonja chupa de la botella de agua, Ellen no deja de hablar y detrás de ellas la autopista desaparece a chorros. El nublado se ha agrupado en el sur, parece una borrasca tormentosa. *El trueno del sur jamás pasa*, decía papá, y llevaba razón. Sonja no comprende su lógica, pero está claro que se trata de algo de tipo meteorológico. De lo que más sabe en este instante es de cómo se arrojan cadáveres a las zanjas. Los cadáveres se arrojan en zanjas, en el interior de bosques frondosos, en caleras y vertederos. En el norte, mujeres y niños mutilados yacen pudriéndose esparcidos por el espacio público. De vez en cuando, Sonja toma el tren que cruza el Øresund para dar una vuelta por Suecia, pero nunca se ha tropezado con un cadáver allá arriba. Resulta chocante cuando uno considera todos los que mueren violentamente solo en Ystad.

—¿Así que tú lees también novelas policíacas? —pregunta Sonja durante la inquietud de una pausa.

Sí que lo hace, admite Ellen. Le encanta una buena novela policíaca. Se ha leído todas las de Stieg Larsson, y también le ha hincado el diente a una de Gösta Svensson.

—Prefiero a Stieg Larsson —dice Ellen, pero eso se debe únicamente a que Sonja le ha contado durante el masaje que culpa a Gösta de destrozar su muñeca. Porque desde luego que a Ellen la vuelve loca Gösta. Gran parte del éxito de Gösta se basa en el tirón que tiene entre las mujeres. La chaqueta de tweed y la forma en la que siempre se hace fotografiar con tiempo lluvioso.

La mandíbula de Sonja se tensa. En especial le cuesta relajar la parte derecha. Y Ellen charla demasiado, fundamentalmente sobre lo que cenó ayer y qué fruterías hay que evitar en Valby. Dice también que los conductores kamikazes, de cuya presencia en la autopistas se tiene noticia de vez en cuando, son en el fondo suicidas. Lo mismo que aquellos que conducen sin cinturón de seguridad para meterse con violencia a toda velocidad en viaductos y pilares de hormigón. Los conductores kamikazes pertenecen a la clase de los que huyen de la responsabilidad, no quieren cargar con ella. La muerte sobrevendrá por un fallo, no se trata de una opción, y si arrastran consigo a un par de inocentes, Dios sabrá. Así es como piensan, y Sonja se masajea un poco el maxilar inferior. Bebe agua, se enjuaga bien la boca. Suele ayudar algo de agua y un caramelo mentolado, pero se le han agotado todos y

tiene que conformarse con mover la cavidad bucal. Sirve para calmar el dolor, además el viaje ha pasado rápido y, antes de que caiga en la cuenta, Ellen da un giro para meterse en el aparcamiento de la estación de Klampenborg.

—Bueno, ya hemos llegado —dice Ellen saliendo al asfalto—. Las demás esperan junto al Café.

No es preciso que Ellen señale. Sonja conoce perfectamente la estación de Klampenborg. Siente una secreta predilección por Bakken. Hay una pastelería donde se pueden comer por un precio razonable grandes porciones de tarta. Llega un leve olor a pis de los servicios situados en la parte posterior de la pastelería, pero no importa porque Bakken posee una atmósfera hogareña. Cosa que Sonja no podría explicarle a Ellen, nacida en Vesterbro antes de que fuera «in», y cuyos padres, abuelos y bisabuelos nacieron, todos, en el corazón del entramado de calles y casas de la capital.

Fue a Ellen a quien se le ocurrió la idea de los paseos meditativos. Una amiga y ella organizaron la coreografía y acordaron activar su red. Ahora parece una examinanda, piensa Sonja, y siente ganas de tomar la mano de Ellen para acariciarla un poco, de decirle que no debe temer ni a los aparecidos ni a otras mujeres, sin embargo se limitan a cruzar oblicuamente el aparcamiento con las mochilas balanceándose, y quién es Sonja para dar consejos. Ella misma siente mariposas en el estómago. Y las piernas en fuga. Podría incluso llorar un poco. La inseguridad de Ellen es la que hace que todo se tambalee. La gente que tiene la mano en la parte posterior del corazón de uno no debería sufrir inseguridad.

4

Después de que Sonja llevara viviendo un año en Copenhague hizo un descubrimiento. Durante un fin de semana de visita en su casa de Balling, le pidió prestada la bici a su mamá. Iba en busca de los ciervos, el cielo y la línea del horizonte. Salir al punto más extremo. Pero cuando llegó al exterior, el paisaje se le antojó vacío. Era como si estuviera desnuda dentro de una piscina sin agua, en un lugar con eco, y no un espacio ecoico cualquiera. Entonces vio claramente que tenía que ser su cerebro el que se burlaba de ella, pues cuando en su momento se mudó a Copenhague, la ciudad le causó un efecto desmesurado. Los sonidos, los rostros, los olores eran caóticos, y se acordó de cómo descansaba en la cama con tapones en los oídos y antifaz en los ojos. A su lado, Molly dormía en todo su esplendor, pero ella no tuvo más remedio que desconectar. Giró cierto botón del cerebro para aminorar la sensación de un mundo repleto, y cuando hubo girado ese botón casi por completo, la landa, el plantío de árboles y el cielo sobre ellos parecían vacíos de contenido. Así pedaleó hasta casa; con su pérdida y una esperanza: los botones que ha girado para bajar la intensidad también podrán girar para subirla.

¿O no podrá?

¿Puede hacerlo?

Ya están aquí Sonja y las demás mujeres. Aguardan junto a la cafetería de la estación de Klampenborg. Todas van con ropa de verano ligera y calzado adecuado. En algún lugar tras ellas el cielo se está cerrando. Sonja mira los altos árboles que se extienden y penetran un buen trecho en plena naturaleza al norte de Selandia. Se ven pararrayos por todos lados hasta donde alcanza la vista. La hierba está seca, demasiada gente y sin fuentes públicas. Sonja vacía su botella de agua. A lo lejos puede oír los fuertes alaridos de alguien que se

precipita hacia los cielos.

—Y aquí tenemos a Sonja, que es nueva.

Decididamente Ellen está nerviosa, cosa que a Sonja no le agrada.

—Primero caminaremos hasta el Dyrehave, y una vez que hayamos llegado allá arriba, os daré instrucciones —dice Ellen.

—Hoy me ayudará Anita.

Una mujer pequeña y rubia de mejillas redondas levanta la mano. Se ha situado detrás del rebaño, dispuesta a arrearlo para que avance.

—¡Entonces vamos!

Y así lo hacen. Caminan charlando y riendo desde la estación hasta el comienzo del Dyrehave. Ellen les hace señas aquí y allá entre boñigas de caballo, y después de un par de cientos de metros las guía hacia un sendero menor. Allí se detienen.

—Bueno, ahora vamos a pasear en silencio —comienza diciendo Ellen—. Anita irá detrás de vosotras para que no os quedéis rezagadas; mientras, yo marcharé delante de manera que veáis adónde nos dirigimos. Entre tanto sentiremos la naturaleza. Debéis tocar el musgo. Recoged hierba, oled la corteza y así sucesivamente. Creo además que deberíais intentar sentir pesantez en la pelvis. Traslada todo el peso corporal hacia abajo, a la pelvis, y cargad con él desde ahí. Tiene que ser como si estuvierais sentadas sobre vosotras mismas y andando al mismo tiempo.

Las mujeres se sientan sobre sus pelvis y mueven los brazos en grandes círculos, como los que describe Ellen en el aire. Los brazos de las mujeres navegan y bailan, parecen los cuellos de los cisnes cantores que veía Sonja en el punto más extremo. Alzaban sus picos, los cisnes, mientras los tubos de órgano en sus gargantas sonaban llenos de melancolía. No como la llamada del avetoro, más parecida a cuando el viento silbaba en la botella verde que Sonja había colgado del cerezo aliso. Era como si el sonido procediera de un lugar ignoto bajo el ave, debajo de Sonja, al tiempo que los cisnes cantores elevaban el paisaje con ellos hacia lo alto. Esos largos cuellos, piensa Sonja rotando sus muñecas, más no va a ser capaz de hacer. Podría incluso llorar un poco si estuviera sola, pero el caso es que no lo está. Se halla presa de la situación, y ahora Ellen sacude los brazos para indicar que el ejercicio ha terminado.

—Anita y yo hicimos un reconocimiento de la zona —dice Ellen—. Hemos

encontrado un claro idóneo bastante dentro del Dyrehave. Cuando lleguemos allí, os conduciré a través de una meditación. Espero que hayáis traído algo para el culito.

Las mujeres señalan sus mochilas.

—¿Alguna pregunta?

A Sonja le gustaría saber varias cosas, pero primero tiene que hacerse con el control de sí misma y ahora comienzan a caminar. Todas se adentran en el Dyrehave. Ellen a la cabeza, Anita al final, en medio siete mujeres, también Sonja. Intenta apartarse un poco hacia el lateral, pero es difícil formar parte de un grupo sin parecer que se es parte de él. Además las mujeres ya se han puesto de lleno a la tarea. Las que van en primer lugar se han agachado para recolectar palitos. Una mujer de pelo corto ha desprendido corteza de un árbol y la huele. Las mujeres se inspiran unas en otras. Las formas de sentir la naturaleza se propagan. Han andado doscientos metros y ya han raspado la tierra, olido los dedos y apretujado bayas y arbustos.

Hasta Sonja ha encontrado una almohadilla de musgo. Va por ahí con la almohadilla en la mano, así parece que participa. Siente el musgo mojado por abajo, nota la humedad en la palma de la mano, también se pone a oler la almohadilla; le parece que huele a sexo. Sí, huele a inodoro de compostaje, campamentos escolares y escondrijos secretos. Huele a la tapicería de coches viejos hechos chatarra, a botellas de refresco de tapa agria y niños con la ropa interior manchada. Le viene a la mente el camino de grava que transitaba entre los abetos. En su mitad crecía el musgo mientras que por donde iban las rodadas había piedras diseminadas en la arena. No resultaba fácil andar por allí sin perder el equilibrio. Pero sí por el centro, entre las pajas secas y los manojos de brezo, eso lo recuerda. Así camina, puede que fuera invierno. Primero cruzando el plantío de árboles, para salir después al amplio espacio donde el cielo adquiere el protagonismo. Sobre la cabeza se abre el universo y a través del paisaje trota con sus zuecos amarillos. Papá los compró para ella al hombre que los hacía en Balling. En el fondo ella habría preferido unos rojos, pero todos los demás habían comprado zuecos rojos, de modo que al hombre solo le quedaban los amarillos. En su taller de Balling metía caramelos entre los dedos de los niños. *Pon la mano sobre la mesa*, decía el artesano, y entonces uno tenía que separar los dedos. El hombre prensa los caramelos, que había comprado baratos en Alemania, entre los dedos. La piel

que queda en medio se vuelve tensa y blanca. Hay caramelos amarillos, verdes, rojos en las separaciones de todos los dedos, pero hay diferencias entre los adultos. Y hay diferencias entre los niños. A menudo Sonja se sentaba sobre un montículo en medio de ninguna parte. O también se sentaba entre el maíz. Había algo allí dentro. Algo que no era capaz de explicar a ningún ser humano en Copenhague, ni tampoco a Kate. Para Kate, Balling no significa una disculpa para largarse, sino un buen argumento para no mudarse jamás, y en el punto más extremo estaban los cisnes cantores. En invierno se reunían con el fin de cantar. Quizás habían volado sobre el plantío de árboles hacia el interior, no obstante siempre regresaban, y cuando regresaban, las aves que habían permanecido en tierra les cantaban a aquellas otras, y Sonja redondeaba la boca porque ella quería cantar también con ellas.

Pero ahora es adulta, y es el recuerdo el que se abre ante ella. El paisaje se niega.

Sonja tira la almohadilla de musgo, necesita mear. La botella de agua del coche ya ha circulado por su interior, y Sonja prueba a despistarse del grupo. Por lo general, prefiere separar las piernas detrás de un tronco de árbol, de un arbusto; sin embargo Anita no tiene por qué saber si Sonja es de las que tienen que mear en un aseo. Da a entender que tiene que hacer sus necesidades y Anita le señala los arbustos más cercanos. Sonja sacude la cabeza; no puede mear al aire libre.

—Pues inténtalo —murmura Anita.

—Prefiero no hacerlo —murmura Sonja, y propone en lugar de ello subir de una carrera hasta Bakken.

Anita dice que no van a poder esperarla. Sonja dice que no pasa nada, que ella las alcanza fácilmente.

—Pero hemos encontrado un claro recóndito en el bosque.

—Conozco el Dyrehave como la palma de mi mano.

Anita duda sin saber qué hacer, pero Sonja no puede perder tiempo.

—Bueno, tengo que ir —murmura, y hace un regate para pasar a Anita.

Entonces corre, corre en dirección a Bakken. La mochila se balancea en la espalda. Posee miembros largos. Las piernas son delgadas, los brazos lo mismo. Mide casi un metro ochenta. Tiene el pelo corto, los pechos pequeños. Es alta pero no armoniosa. Los ojos son grandes y azules. *Tú sí que eres combativa*, le decía siempre su madre como si fuera un consuelo. Y lo es

porque Sonja es capaz de mantener el ritmo, eso es justo lo que hace. Lo mantiene todo el camino hasta entrar en Bakken. Precisamente junto a la entrada hay un aseo, pero Sonja continúa de todos modos hacia el interior del parque de atracciones. La envuelve el olor a palomitas. En el aire flota pringoso el helado suave y ella pone rumbo hacia La Cafetera Azul. Tiene que ir esquivando a los alegres visitantes dominicales. Lucen tatuajes en la parte superior de los brazos, en los tobillos y en los riñones. Hay globos, hay hamburguesas y fachadas de cartón piedra. Los visitantes se lanzan, chillan. El cielo cruje y rechina. Todo ello compone un cliché popular. *Un espantoso batiburrillo*, al decir de Molly. *El único motivo para venir a Bakken no es sino reírse de la categoría social número cinco*, dice, pues ahora se ha elevado tanto sobre los perdedores que vive en Hørsholm, pero no es así: Sonja no viene a Bakken para distanciarse de los demás. Viene a Bakken para sentirse en casa. Tuerce para entrar en la pastelería que ostenta una gran cafetera azul y se inclina sobre el mostrador.

—Sí que voy a tomar algo, pero antes tengo que orinar, ¿puedo?

Obtiene permiso y Sonja va hasta el fondo del salón de la pastelería. Se agacha bajo guirnaldas de hojas de haya artificiales. Entra en el WC laminado. Encuentra un compartimento cuyo cierre funciona. Tenían compartimentos similares en la Escuela Central de Balling. A menudo iba con Marie al servicio. Entonces se sentaban cada una en su compartimento y meaban. Algunas veces Sonja se hacía la graciosa. Cantando: *¡Mana una fuente, corre un arroyo!* Hasta que al lado se oía una risita nasal de Marie. En una ocasión en que habían de acudir a la puericultora, Marie olvidó traer la muestra de orina de casa y le dieron una bandeja de estaño que había contenido foie-gras junto con la orden de orinar allí. Sonja la acompañó al servicio. Recuerda claramente el enojo de Marie con la bandeja de estaño entre las piernas. Anda que no resultaba embarazoso que su mamá hubiese olvidado que ella se llevara el pis de casa, refunfuñaba.

Y mira que había pis en Balling, recuerda Sonja, mientras ella misma está sentada en la taza. Había pis en los campos, en las camas de los niños, en la parte posterior del local del club y en los arbustos detrás del área de descanso, y cuando los perros meaban en el suelo, los dueños se ocupaban de restregarles la nariz allí. Así lo hacían. Era un tipo de pedagogía de la que se podía aprender bastante, piensa Sonja. Y sí que aprendió algo de ella, se

limpia y le vienen a la mente las mujeres del Dyrehave. Sus cuerpos se balancean por los senderos revestidos de grava, pero Sonja ha escapado. Ellen ya se ha puesto a buscar un claro en el bosque de seres humanos (Sonja no está), y ahora se sientan en postura de yoga, sí, Ellen se encuentra allí sentada; el pelo gris cercano a las sienes aparece humedecido de sudor, los ojos anhelantes, está sentada sobre un trocito de tejido polar. Le ha explicado al resto que tienen que respirar desde el abdomen. Todas deben cerrar los ojos y notar la respiración. El silencio es beneficioso para ellas. La presencia consciente abre el ahora. Sin embargo, es difícil estar presente en el ahora. Hay siempre algo que te saca de él. Que te pica en un sitio, o temes que haya garrapatas. O ciervos. En breve los ciervos entrarán en celo. Entonces salen y andan por la zona del Eremitageslottet bramando y hediendo. Se revuelcan en hoyos de fango y buscan a quien montar. Pueden llegar a ser violentos, no, violentos no, brutos. No, agresivos. No, territoriales.

Los ciervos son territoriales.

Sonja se lava las manos y abre la puerta de un empujón con el pie. Cruza oblicuamente la pastelería. Junto a la vitrina donde se hallan las porciones de tarta de pisos elige el trozo que lleva más nata montada. Para acompañarlo un café, gracias, y se sienta en una esquina. Saca el teléfono móvil y comienza a escribir un mensaje: *Hola, Ellen. Necesitaba ir al servicio. Después no he logrado encontrarlos. Sí que soy zoquete. Regreso a casa en tren. No hay problema. ¡Lo siento!*

La tarta sabe mejor después de haberlo enviado. Delante de la pastelería se agrupa gente sudorosa con sus botellas de agua. El cielo presenta ya el color del azufre, mientras en el lado opuesto de la calleja que hay entre la pastelería y el tiiovivo un niño ha tenido suerte. Le han permitido montar en el helicóptero. El pequeño helicóptero azul sube y baja, sube y baja, sube y baja.

Deus ex machina, piensa Sonja, y bebe para pasar la tarta.

5

Se avecina una gran comunicación entre cielo y tierra. Suena música de organillo. Un parloteo electrónico sale de la máquina tragaperras, pero Sonja acierta a oír un murmullo de fondo. El cielo amarillo azufre adquiere un color violáceo. Los árboles detrás de la montaña rusa lucen enardecidos bajo el último sol y entonces aparecen brazos relampagueantes. Primero uno muy al norte. Después un par de ellos caen sobre el estrecho de Sund. De vez en cuando los rayos se alargan para tocarse unos a otros y disparan a través del cielo. Bakken chilla y busca cobijo bajo los tejadillos. Es difícil no obstaculizar el paso a alguien con sus patatas fritas, y la pastelería se llena rápidamente de gente. Se sientan a las mesas con tartas y pasteles. Dicen que vaya bochorno y que hay demasiada agua en el cielo.

No hay nada tan agradable como reunirse para tomar café mientras truena, piensa Sonja. En Balling bebían café cuando tronaba y miraban afuera por la buhardilla, además en su casa era especialmente emocionante porque vivían en el lugar más alto del término municipal. Papá decía que estaban muy expuestos, pero de todos modos los rayos caían también más abajo en casa del vecino. Abajo vivía Marie, su familia pertenecía al movimiento para la evangelización en Dinamarca Indre Mission. Indre Mission era una especie de secta y papá le decía que se mantuviera lejos de todo aquello que oliese a religión. Las religiones van de cadáveres que se levantan de la tumba y de prohibir bailar o jugar a las cartas, decía papá, mientras miraba a Kate y Sonja sacando el labio inferior, indicio de que se había puesto serio. En una ocasión, Sonja quiso acompañar a Marie a la escuela dominical, al principio no le dieron permiso, pero al final papá cedió por no generar desavenencias con el vecino. Luego, sentadas en el local de la misión, miraron estampas satinadas de Jesús. También asistió el papá de Marie, él, que no hablaba demasiado

cuando en la cocina de casa apretaban el azúcar moreno sobre el pan. En el local de la misión habló elevando la voz. Cuando Marie y ella jugaban con Kate en la cantera, Marie colgaba a menudo cabeza abajo de un árbol. *¡Se te ven las bragas!*, decía entonces Kate soltando desdeñosa el aire por la nariz, sin embargo, cuando Marie se colgaba de esa forma no le importaba si el vestido no estaba donde debía. En cambio, mientras cantaba en el local de la misión, olía el linóleo desinfectado de la cocina de su mamá. Pero entonces papá se zambulló en un conflicto de lindes con el papá de Marie. Discutieron por el campo hasta echar espuma por la comisura de la boca. De pronto a Sonja no se le permitió ir más a la escuela dominical, y no le pareció mal. En el fondo encontró acertado que papá saliera en su defensa. Y tampoco era tan divertida la Indre Mission.

La gente afluye al interior de la pastelería. Dentro de poco no habrá sillas suficientes y las miradas empiezan a caer sobre la mesa de Sonja. Una pareja algo cansada se aproxima. La mujer lleva el pelo corto con permanente y pendientes de oro y el hombre, algo gordo, va en camiseta. Él tiene insertado en el oído algún chisme del móvil. Apunta hacia su boca como un pequeño miembro. Camina hablándole al aire y Sonja no acierta a saber si charla con su esposa o con alguien por teléfono.

—¿Podemos sentarnos aquí? —pregunta la mujer.

Tiene la voz rasposa y la piel dorada a causa del autobronceador y la nicotina. Es clavada a Jytte, piensa Sonja mientras asiente con la cabeza:

—En realidad yo ya he terminado, pero no hace tiempo como para salir —dice.

—No, bien puedes afirmarlo, desde luego —dice el marido al aire.

Sonja no reacciona a pesar de que el hombre la está mirando.

—¿Me dices a mí? —pregunta ella mientras se señala a sí misma.

—Pues claro que es a ti a quien me refiero —dice el hombre dejándose caer sobre el asiento.

También tiene una voz rasposa, y alarga el brazo para alcanzar el café que lleva su esposa en la bandeja.

—Ya lo estábamos viendo cuando salimos de Ballerup —dice la mujer—. Le dije a Verner que iba a tronar, pero Verner contestó que la tormenta casi siempre descarga en Suecia.

—El trueno del sur jamás pasa —dice Sonja.

—¿Qué has dicho? —pregunta Verner.

—Allí de donde yo vengo se dice que el trueno del sur descarga. O sea, cuando la tormenta viene del sur.

La pareja de Ballerup contempla desarmada a Sonja.

—En cualquier caso hace un asco de tiempo —dice Sonja.

Ballerup asiente. Entonces le cuentan cómo fueron las enormes precipitaciones del 2011 y cuánto les cubrió el seguro. Es demasiado intrincado para entenderlo, y Sonja mira hacia fuera, al tiiovivo de la calleja. Está vacío pero no se ha detenido. Los niños han saltado de él y ahora los caballos silban solos dando vueltas en pleno aguacero. El tiiovivo es una plancha giratoria para espíritus que puedan aprovechar la ocasión. Sonja no tendría ningún inconveniente en dar una vuelta en ese instante. Resulta agradable hacer cosas uno solo, volverse lúcido y ser fiel a uno mismo.

Sonja contempla el tiiovivo. No se ha subido a uno desde que tenía seis años, puede que siete. En aquel tiempo hablaba jutlandés sin ironía. Ahora no sabe en qué idioma habla, lo que sí percibe es que la mirada de la esposa de Ballerup mariposea por el establecimiento. No encuentra reposo, y los ojos de Sonja no pueden dejar de seguirla. De manera que sus miradas desasosegadas revolotean en torno a los rostros de La Cafetera Azul, mientras la mujer narra cómo la compañía de seguros intentó estafarlos.

—Guardábamos los instrumentos musicales de Verner en el sótano —dice la esposa—. Quedaron destrozados, pero por supuesto el seguro te lo cubrió.

Verner tiene tarta en la boca, así que afirma con la cabeza, y Sonja pregunta qué instrumentos se dañaron.

—El órgano Hammond y la batería —dice la mujer mientras se seca la boca con la servilleta. Sonja ha estado con frecuencia en fiestas donde alguno como Verner tocaba sentado en una esquina cuando traían el helado. Y Sonja aplaudía al helado y se admiraba de las bengalas que habían sido embutidas en el helado y cantaba a coro los estribillos de Verner acerca de aquella vez que ardió el gallinero y el gallo no quería salir. Durante un tiempo Kate trabajó atendiendo en el local de festejos, y por lo que se ve lo sigue haciendo si les falta alguna mano. Pero en aquella ocasión en que Verner tocaba en honor del helado, ella permanecía en pie con su camisa blanca almidonada, sonriendo tímida, mientras su rostro se iluminaba desde abajo. Kate era tan bonita.

Bakken resuena, la pastelería está rodeada de agua.

—De todos modos me parece que voy a probar —dice Sonja—. En realidad he venido con más gente. Se han adentrado bastante en el bosque, y puede ser peligroso, así que creo que debería.

—Sí, bien puedes afirmarlo —dice el hombre, y por lo que se ve alguien le llama—. ¡Sí! ¡Hola!

Puede ser peligroso llevar un teléfono tan pegado al cerebro cuando truena. Una vez, el papá de un chaval de la clase de Kate estaba hablando por teléfono mientras tronaba. Ocurrió en el tiempo anterior a que los cables de teléfono se enterrasen y entonces les cayó un rayo. Una gran cantidad inimaginable de voltios pasó a través del auricular y entró en el papá del chaval, que se desplomó de manera fulminante. Lograron reanimarlo antes de que llegase la ambulancia, pero madre mía. Kate fue novia del chaval durante un par de semanas en octavo. Sonja cree recordar al chaval sentado con Kate en una esquina del sofá de casa. Kate con una blusa rosa (era tan bonita), pero ahora los cables están bajo tierra, caso de que quede alguno.

Todas las cosas van desapareciendo, cada vez que Sonja lee algo que tenga que ver con sus orígenes, está en vías de extinción. Ese tipo de vida se ha acabado. Copenhague no para de crecer, eso escriben los periódicos. Låsby-Svendsen, especulador inmobiliario, aparece en la pequeña pantalla para darnos una idea de la situación. El duende marino, un matadero desmantelado. Los periodistas proporcionan una visión degradante, y por todos los parques de Copenhague pululan cochecitos de bebé. Madres con añoranza de su tierra en la mirada van empujando de aquí para allá y llevando perros con correa. Alguien tendría que iniciar la tendencia inversa, piensa Sonja. Cubrir de vergüenza a todas las provincias no es sino una forma velada de deportación.

Sonja ha llegado a la puerta y le resulta complicado salir por las personas mojadas que quieren entrar. Fuera se une a los que se encuentran apiñados bajo el tejadillo. La calleja que baja al teatro de variedades Bakkens Hvile se ha convertido en un río. Una mujer con un par de alpargatas que han absorbido gran cantidad de agua se tambalea sobre los adoquines. Los niños sin vigilancia han tirado sus zapatos y chapotean, también lo haría Sonja si no fuera adulta. Mejor dicho, Sonja lo haría si sus pies no fueran defectuosos. *Tus pies no quieren agarrarse a la tierra*, le dice Ellen continuamente, pero en este momento Sonja se dobla hacia abajo. Se quita los zapatos y los mete

dentro de la mochila. Agita los dedos de los pies sobre el pavimento mojado. No son pies lastimeros. No son pies que no quieran. Sonja sabe que también pueden, y sus pies se agarran a la tierra. Han logrado agarrarse bien, así que se marcha descalza hacia Bakken. Cae en abundancia de arriba, y las alcantarillas se han dado por vencidas. Pero Sonja camina. Le parece maravilloso, casi descarado, andar descalza. Pasa junto a ruedas de la fortuna y puestos de peluches, tiendas de tiro y vitrinas con golosinas gigantescas. Las avispas se han quedado pegadas al azúcar y la chica que está al cargo se ha ocultado bajo un chubasquero. Sonja únicamente es capaz de verle los ojos, que miran a otro sitio. Detrás de la chica, justamente detrás de ella, están los autos de choque.

Si yo fuera Frank no me contendría, piensa Sonja. Pero soy una mujer que pasa de los cuarenta. Sola en Bakken. Descalza, y además no sé cambiar de marcha.

Sonja clava la mirada en los autos de choque. Dan vueltas descarriados por la pista cubierta. Todos los coches están ocupados, y los padres contentos, mientras las madres ponen los premios a cubierto.

No sé cambiar de marcha, piensa Sonja.

6

Sonja está sentada en la oficina de Folke. Le ha llevado mucho tiempo llegar hasta aquí, pues no hacía más que tomar un desvío tras otro. Cruzó el Parque de Frederiksberg, y siguió a lo largo de Gammel Kongevej para volver sobre sus pasos hasta dar con la bocacalle donde se encuentra la Autoescuela Folke. Ya han dado las cinco y quiere pillar a Folke en ese intervalo de tiempo que va desde que Jytte se marcha a casa hasta que aparecen los alumnos de las clases teóricas. Ha tenido que guardar cola durante un rato junto a la oficina. Casi siempre hay alguien con Folke. Los jovencitos olvidan el dinero y las firmas. En cuanto a los que se les ha retirado el permiso, prefieren mostrar su vergüenza en horas extemporáneas, así que se siente como un camello buscando el ojo de una aguja por el que pasar. Pero ahora Sonja está sentada en una silla enfrente de Folke. Ella le ha pedido que la conversación se desarrolle en privado, de manera que Folke ha cerrado la puerta tras ellos.

—No sé cambiar de marcha —dice Sonja, aunque no quería empezar diciendo eso.

—Vaya —dice Folke—. ¿Qué es exactamente lo que te ocasiona problemas?

—Todo. Bueno, Jytte, principalmente.

—¿Jytte?

—Sí, estoy segura de que es una profesora ideal para los jóvenes. Pero no creo que ella le vaya tan bien a alguien mayor como yo.

Folke se ha inclinado sobre su escritorio. Es un hombre alto de coronilla pelada y una vistosa barba. Tiene un rostro vivaz, abierto, y se ha currado bien la barba. Baja en punta desde el mentón y además está muy poblada. Parece como si el pelo que Folke tuvo un día en la cabeza se hubiera deslizado bajo

el mentón y ahora apuntase hacia otros pubis. Estira las piernas bajo la mesa. Son largas y el vientre del profesor de autoescuela abomba el suéter con capucha. Folke parece una cigüeña gorda de pie o un satisfecho vikingo sentado. O también parece él mismo, y a Sonja eso le gusta.

—¿Qué ocurre con Jytte? ¿Es por la boca que tiene o por qué? — pregunta Folke.

—Hay algo más que su ira. No me permite cambiar de marcha, ¿y cómo voy a aprender entonces? Me siento tan agotada después de haber estado conduciendo con Jytte que cuando llego a casa necesito tumbarme en el sofá. Y encima las horas de clase cuestan su dinero.

—Jytte tiene la boca de un estibador y un corazón de oro —dice Folke inclinándose hacia atrás—. No debes tomártela tan a pecho.

—Pero además está el capítulo de las peleas.

—¿Peleas?

A continuación viene la historia acerca del encuentro intercultural en el cruce de Vestre Kirkegård. Es ahora o nunca. Sonja intenta acordarse de todos los detalles, el modo de usar el claxon por parte de Jytte. La ansiedad, la adrenalina, el ataque de cólera y la acusación de que ella iba a romper el coche de Jytte. Todo. Folke tiene que saberlo y ahí sentado su rostro refleja preocupación. Parece alguien que escucha a Sonja, y aunque en realidad ella no lo ha pensado con detenimiento le dice:

—Preferiría conducir contigo.

Folke pasa sus dedos por la barba de líneas perfectas. Le explica que en realidad ya no sale a conducir con demasiados alumnos. Se ocupa de la teoría y la parte administrativa. Además, rara vez está en la escuela cuando a los alumnos les viene bien dar clase de conducir.

—Pero yo traduzco novelas policíacas suecas —dice Sonja.

—No te entiendo.

—Quiero decir que en cierta medida yo soy mi propio jefe, de manera que puedo conducir cuando te venga bien.

Folke no titubea, sonrío y abre un cajón. En cuyo fondo guarda una agenda.

—Pues así lo haremos y no te preocupes por Jytte. Yo la llamaré. No debes romperte la cabeza con ese asunto. Es mi negocio, mi responsabilidad. Y yo te enseñaré a cambiar de marcha —dice.

Sonja está a punto de llorar. Ha sido repentino, el llanto se agolpa en la garganta y pugna por salir. Las manos de Folke se mueven eficaces sobre la mesa, tiene ganas de aferrarle una de ellas. Estrecharla, darle las gracias de modo entrañable. Sonja no deja de percibir que se ha puesto colorada, porque no le ocurre con frecuencia. Tampoco ocurre prácticamente nunca que alguien sea su benefactor. Suele resolver las cosas por sí misma, y no se le da del todo mal, pero que Folke eche mano del cajón y agarre el toro por los cuernos no lo había esperado Sonja. Y no porque ella planee cuál va a ser la deriva del sentimiento. No lo hace. La idea de sacarse el carnet de conducir no consiste precisamente en buscarse a alguien que conduzca por ella. Al contrario, y por otro lado Folke está casado con una doctora, eso ha oído. No acierta a comprender cómo lo ha logrado. Pero está casado con una doctora, lo cual es buena señal, piensa Sonja, y ahora él ha levantado la vista para mirarla, sonrío:

—¿Dices que novelas policíacas? Entonces has traducido las de Stieg Larsson, porque son buenas. ¿O ese Gösta Svensson? A mi esposa le apasiona Gösta Svensson.

Sonja abre la boca. La piel ha dejado de arder y de todas formas no tuvo consecuencias. Además Folke ya tiene un papelito amarillo con la fecha de la próxima clase de conducir.

—Será el jueves —sonríe—. Yo me ocupo de Jytte. Tú simplemente ve a casa y descansa.

Como una torre, Folke se levanta en la oficina de su autoescuela. De pie dentro de su suéter con capucha se revela más alto que Sonja.

—¡Ven aquí! —dice abriendo los brazos.

Sonja desaparece en los brazos de Folke, que la aprietan contra sí como los de un padre. No es capaz de hablar porque está al borde del llanto. Además se encuentra cohibida. Ha dejado pasar la oportunidad de aclarar lo de Gösta y ahora ya no es momento, mientras Folke la ha alejado otra vez de sí.

—El jueves —dice él.

—El jueves —repite Sonja, y decide que cuando se vuelvan a ver le va a traer un par de libros de Gösta.

Eso le alegrará, y a su mujer también. Así todo claro y meridiano. Sin nadie aturullado en el coche.

Un achuchón; había sido un poquitín íntimo, pero también agradable. Le había pillado desprevenida por completo. Ahora no sabe cómo debe comportarse y le punzan las mejillas. Se siente como una confirmanda, mientras fuera espera la cola para entrar. Una larga fila de jovencitos con documentación del curso y pasaportes. Folke deja la puerta abierta y les pide que se acerquen más, más cerca. Sonja se apresura a través de la sala azul cobalto destinada a la parte teórica. Puede oler a Jytte en el mobiliario, y precisamente dentro de muy poco Jytte sabrá que Sonja la ha rechazado en favor del jefe. No parece muy halagüeño. A Sonja le va a caer una buena reprimenda. Saldrá a relucir que el médico estatal no dio el visto bueno a Sonja, *y ella afirma que es algo del oído, pero eso suele significar otra cosa.*

¿Otra cosa?

Sonja sale a la escalinata y se ve envuelta en una nube de humo de cigarrillo. Los alumnos más rudos se fuman un pitillo de pie antes de la lección. Lo mismo que hace Jytte en las horas diurnas, pero justo en ese instante un alumno está relatando una clase de conducir. El alumno muestra cómo giró el volante demasiado bruscamente. Hace un movimiento exagerado, de modo que Sonja tiene que apartarse con rapidez para no ser alcanzada por el cigarrillo. Y ya lo tenemos ahí: el vértigo posicional.

Se dispara en la postura del dentista y al inclinarse deprisa hacia delante, y Sonja se ve obligada a colgarse del pasamanos hasta que la cabeza vuelva a su lugar. Una vez que ha vuelto a su lugar el mundo se endereza. Está donde tiene que estar, pero estremecido. Sonja da un par de pasos más allá en la acera. No quiere que alguno de la escalera vea que le pasa algo, porque tampoco el vértigo es como tal un problema para la conducción. En cuanto Sonja pone la cabeza en un ángulo diferente al que desencadena el mal, recupera por completo la orientación. Lo único es que no enfoca del todo durante las dos horas siguientes. No es lo más deseable al volante, pero tampoco algo malo. Su abuela materna conducía, mamá también. Cuando mamá se mareó por vez primera acudió al otólogo, él la tumbó sobre una camilla e hizo rotar su cabeza. Eso le provocó un violento ataque. Los ojos de mamá centrifugaban, los brazos aferraban el aire mientras el médico la mantenía echada. Le dijo que debía quedarse tumbada unos minutos para «dejar que las piedras se asentaran».

Fue eficaz durante un tiempo, hasta que, por supuesto, el vértigo regresó.

Regresó cuando mamá se golpeó la cabeza con la puerta del coche el día que Kate y Frank iban a casarse. Sucedió en el aparcamiento que hay junto a la iglesia, y afortunadamente llegaban con tiempo más que de sobra. Mamá hizo que papá la llevara a casa con la disculpa de que habían olvidado algo. Por ejemplo, Sonja jamás descubrió que hubiese pasado algo, pero es posible que fuera el vestido en el que Kate la había embutido: amarillo limón y de tubo. Entre tanto mamá pensaba solucionar por sí misma lo del vértigo posicional. Se le ocurrió que la maniobra que el médico había empleado con ella podía de hecho ejecutarse en casa. Mamá quitó el mantel de la mesa del comedor y después tomó carrerilla para saltar sobre la mesa con la cabeza ligeramente hacia atrás. La cuestión estribaba en el lanzamiento del cuerpo. Si fallaba se golpearía la cabeza contra el tablero de la mesa. O, peor aún, podía continuar por encima de la mesa aterrizando al otro lado en el suelo. En cambio, *si* lo lograba, se trataba de dejar que la cabeza echada hacia atrás se balanceara por fuera del borde de la mesa. Entonces mamá tomó carrerilla, mamá tomó carrerilla dentro del vestido color brezo, se elevó por encima de la mesa y aterrizó perfectamente. El vértigo la invadió por completo, pero *las piedras tienen que asentarse*, explicaba mamá cuando de pie, en el interior de la iglesia, veía cómo Kate avanzaba al encuentro de Frank.

Sonja ha recorrido con cautela un tramo de la calle. Ya no la pueden ver desde la Autoescuela Folke, así que se sienta en una escalera. Durante mucho tiempo creyó que se había librado del vértigo. Incluso por una temporada se imaginó que el hecho de mudarse a Copenhague significaba un antes y un después. Que el vértigo era algo de tipo social, casi una tradición que se podía romper. Pero entonces tuvo que atarse los zapatos cuando se encontraba en el portal de su casa. En el mismo instante en que se inclinaba hacia delante la asaltó el vértigo posicional. Se precipitó contra el marco de la puerta, llegando hasta la cocina y los quemadores antes de que lograra ubicarse y la nevera dejara de moverse.

El trastorno, pensó Sonja, y fue al otólogo, quien le dio unas vueltas. *No es nada peligroso*, dijo, como era de esperar. *Simplemente algunas piedrecillas que se desprenden en tu interior.*

Y las piedras tienen que asentarse.

Sonja se queda sentada hasta que la sensación de haber perdido el rumbo desaparezca. Lo que ha hecho por sí sola no está nada mal, aunque a partir de

este momento deba evitar a Jytte. Ahora Sonja es gasolina para la hoguera de Jytte. El mínimo atisbo de conflicto con Sonja y Jytte le echará encima al médico estatal. Si por Jytte fuese, a Sonja no habría que permitirle cambiar de marcha jamás. Y mucho menos conducir un coche. Se le privaría del derecho a... bueno, Sonja no sabe en realidad a qué derecho, pero en cualquier caso tiene que ver con un derecho, y detrás de los ojos de Sonja aparece un parpadeo igual al de un tubo fluorescente defectuoso, se imagina a mamá en mallas de gimnasia rítmica. El traje es brillante y azul, y los pies de mamá se desplazan velozmente; es la mejor del equipo. Puede abrirse de piernas y girar como un carrusel. Es tan bonita que papá no puede apartar los ojos de ella. Nunca se cansaría de mirar a una chica como esa. Papá toma carrerilla, toma carrerilla para atravesar corriendo la sala del gimnasio. Lleva sus enormes manos extendidas hacia delante. Quiere llegar hasta mamá y lo hace. La chica del luminoso atuendo ya está al alcance de su mano. Parece un martín pescador, piensa papá, y esas aves son raras. Chillan cuando atraviesan el aire disparadas como una flecha, y mamá chilla también en el momento en que la agarran por la cintura las manos rojas de papá. Entonces mamá se hunde, él es la mismísima fuerza de gravedad. *Tienes unos brazos fuertes*, le dice mamá a papá.

Y los tenía, piensa Sonja levantándose de la escalera. Brazos fuertes y espermatozoides sanos, de manera que ahí está Sonja en medio del enorme anchuroso mundo.

Se encuentra mejor y decide ir caminando despacito a casa. Marcha con tal calma por Gammel Kongevej que se queda parada junto al escaparate de una peluquería. En el escaparate hay dos cabezas decapitadas, una de hombre y una de mujer. No les han cambiado la peluca desde mediados de los ochenta. La montura de sus respectivas gafas resulta desagradable. Detrás de ellas en el interior se ve a una señora de pelo plateado con permanente moverse alrededor mientras corta. Ha puesto un café frente al cliente. Su bata es floreada de color naranja, y Sonja puede ver que la peluquera charla. La tijera está atareada y la lengua también. Quedan dos días hasta el jueves. Dos días para que Folke le enseñe a Sonja a cambiar de marcha.

¿Me va a dar un achuchón cada vez que salgamos a conducir?, piensa Sonja. ¿Acaso en todas las tiendas hay que llevarse más de lo que uno ha pagado?

7

Una senda se adentra en el campo de mies. El cereal llega hasta por encima de la cabeza, es centeno. Algunas pajas se han tumbado sobre la senda. Queda oculta y comenzó como una rodada de fumigación. Un pie podía hallar fácilmente el camino y así lo hizo. Después se trataba únicamente de seguir el cereal. Había que ir solo por donde el cereal se había inclinado previamente. Andando exclusivamente por allí se logra trazar una senda tan oculta que apenas es posible verla. Con el tiempo habrá quizás algunas otras pajas inclinadas que permitirán hacer una senda para adentrarse mucho más en el centenal. El centeno posee largas espigas. Los nudos quedan tan altos que te dan en la cara, y mucho más abajo: el suelo cubierto de arena. Es dura, prácticamente tierra pedregosa, y resulta fácil andar por ella. Un zueco amarillo delante del otro. La cantimplora rellena de refresco encajada en la pretina. Sonja da vueltas entre el centeno como un ratón de campo. Ella misma es quien ha trazado la senda, cosa que llevó su tiempo. Sobre su cabeza un cielo infinito. Las nubes se desplazan hacia arriba, el águila ratonera cuelga temblona. Es capaz de cernerse en el aire como un helicóptero, colgando con la vista puesta en tierra. Solo el extremo de la punta de las alas vibra, y con cierta periodicidad rectifica la posición de las alas. Parece un dibujo suspendido sobre Sonja, que se dirige al escondite. El escondite es un cauce pisoteado. La lluvia ha hecho un hueco en la vegetación. Ni siquiera la cosechadora sería capaz de levantar las pajas, y Sonja se sienta en el cauce. Ahora ha desaparecido el mundo exterior y Sonja permanece sentada con las piernas cruzadas. Se quita los zuecos amarillos de madera y se queda en calcetines. Entonces saca la cantimplora mientras el dulce olor del cereal la envuelve. A decir verdad podría perfectamente cantar una canción en ese instante. Una cancioncilla de nada si no fuese porque papá podría oírla y ella

no debe estar entre el cereal. El cereal hay que cosecharlo, cada paja constituye una parte de la producción. El único momento en que los niños pueden entrar entre el cereal es cuando se busca ballueca. La ballueca es una creación del diablo, dice papá, aunque él no cree en esas cosas. Pero hay que suprimir la ballueca, si no surgen enemistades con los vecinos. Especialmente el papá de Marie lleva mal la semilla de las malas hierbas, y los niños poseen la altura correcta, sobre todo para los campos de cebada. La avena se balancea con sus cascabeles sobre la cebada, y Sonja avanza igual que un tiburón por la superficie del cereal. Papá camina encogido detrás de Sonja, porque ella es buena mirando. Desde un extremo del cebadal puede ver la ballueca en el otro extremo, entonces grita: *¡Aquí papá, mira!* Papá se desliza entre el cereal igual que un bailarín de ballet que Sonja ha visto en la televisión. Cada paja es dinero, y parece como si la ballueca fuera a escaparse. *Mía*, ya la tiene hasta con la raíz, y la mete con precaución en el saco. Después sonrío a Sonja. Es una especie de dicha, y una vez que salían del cereal, papá decía: *Qué hábil eres*, y Sonja respondía: *Soy como un ratoncito de campo*, y él le ponía su mano cálida sobre la cabeza.

Tal forma de bendición no se da todos los días, y Sonja sentada en Vesterbro no recuerda cuándo fue la última vez que alguien le puso la mano sobre la cabeza. Pues la cabeza es el único sitio del cuerpo con el que Ellen no trata propiamente. De vez en cuando masajea algunos puntos del rostro de Sonja, pero no es lo mismo. No, no es lo mismo, pero Molly ya ha aparecido en la silla frente a ella. La silla está coja y Molly se ha puesto a meter cartón bajo una pata. Se ha tomado esa tarde libre lejos de su familia, dice. La población de Hørsholm deberá apañárselas solita durante un par de horas, pues Sonja y ella van a sentarse bajo el sol de agosto a tomarse una buena cena.

En realidad Sonja no tiene hambre. Si presta atención siente un regusto a náusea. No se trata de un embarazo tardío, ¡ja! Ni de una gripe estomacal. Son las enormes cantidades de café que ha ingerido durante un capítulo de Gösta especialmente violento. Toda esa carne en descomposición. Las eyaculaciones acaloradas, las vaginas mutiladas y la forma en que el mal se realza con el ritual. Cada verano los periodistas preguntan a los diputados qué lecturas se van a llevar de vacaciones. Y se llevan a Gösta. Los políticos no leen otra cosa. En ese sentido se parecen a Kate. Tanto Kate como los políticos se

jactan de la cantidad de novelas policíacas que leen. A pesar de que Kate anda por Balling sin tener la intención de ampliar miras, se imagina que las novelas policíacas la elevan. Por esa razón le dice a mamá que está orgullosa de que Sonja se encuentre metida en ese tipo de cosas. *Gösta arroja luz sobre la sociedad vista desde abajo*, dice la gente. *Es lo mismo que resolver un sudoku*, dicen los políticos. Un crucigrama de esperma y larvas, y se lo llevan de vacaciones. Hundidos en una silla de mimbre leen sobre cadáveres descuartizados dentro de bolsas de plástico negras. Se untan con factor de protección solar 50 y celebran el mal igual que una fiesta. Soy un parásito del descomunal cadáver de la cultura culta occidental, piensa Sonja, siente náuseas. Náuseas y muñecas doloridas, se le tensa la mandíbula, como si algo pugnara denodadamente por salir pero no pudiera hacerlo. Quizá sean restos del naufragio de la propia Sonja. ¿Por qué Kate no me dice nada? ¿Qué le pasa conmigo? Podría llamarme simplemente, joder.

Entonces Molly aparece tras su misión debajo de la mesa. Su pequeño rostro en forma de corazón registra un cuarto más de siglo en su recorrido. No se trata de que Sonja ya no sea capaz de ver en ella a la estudiante de segundo del instituto, porque sí lo es. El fervor y la impulsividad que constituían la singularidad de Molly permanecen muy en el interior, ardiendo como un fuego antiguo. Es más bien que sus reglas han cambiado y Sonja no las respeta.

Hace mucho que los caminos de la relación se separaron; no obstante, ninguna otra persona en Copenhague recuerda cómo eran entonces. Nadie capaz de alimentar sus orígenes excepto la otra. Sonja es una de las pocas personas que conoce que el papá de Molly era quesero en Skjern, y Molly sabe por entero que Sonja es el producto de los comités electorales del partido liberal Venstre de Jutlandia occidental. En verano jugaban fuera al balonmano, en invierno iban a gimnasia. No había más donde elegir, a no ser que además uno quisiera hacerse scout, pero Sonja y Molly tenían capacidades para algo distinto. Decirle a mamá y papá que deseaba ir a la universidad en Copenhague es una de las cosas más difíciles que Sonja ha hecho. La luz en los ojos de su mamá, la sombra en los de papá, y desde entonces Sonja se dedicó a sus estudios de idiomas y Molly se dedicó al viaje transformador al interior de la psicología. Molly siempre se ha preocupado por hallar vías de escape. En los demás, en ella misma, en Tisvilde Hegn, pues allá arriba acudió durante un tiempo a una curandera y fue aquella curandera quien llevó a

la adivina a la fiesta. De forma que a Sonja, de pie apoyada en el frigorífico, le auguraron su futuro. La adivina vestida con una túnica amarillo curry y los ojos grandes, y por supuesto el marido de Molly lo desconoce, pero hubo una época en que Sonja sirvió de tapadera para la relación con un belga que afirmaba ser chamán. Molly corría pegada a sus talones por todo el bosque de Hareskov, en el norte. Recorrieron sendas estrechas, abrazaron troncos de árboles, se replegaron y desplegaron el uno con el otro. Él, el belga, le lanzaba salvia, y Molly le lanzaba cualquier cosa. Pues el drama existencial crea en su ánimo fecundos puntos de quiebra, y el marido de Molly, el abogado, es de naturaleza amable y leal, y está cautivado por Molly. Sus hijos ya van por su cuenta y parece como si Molly se hubiese puesto en el rostro una reja de esas que se ven delante de las joyerías. Ella puede bajar la reja rápidamente de modo que nadie entre y se sirva. A Sonja la espeluzna la técnica.

—Te he traído algo —dice Molly.

Ahora la silla permanece quieta, y en revancha Molly rebusca en su bolso. Del fondo saca una pequeña maceta. Es un aloe vera. Incipiente todavía, pero Sonja debía tenerlo, y Molly le ofrece además un cigarrillo del bolso, aunque sabe perfectamente que Sonja no quiere fumar. En realidad Molly tampoco fuma, pero esa tarde algo va a ocurrir. He pasado esa edad, piensa Sonja, y recuerda a aquella mujer de Bakken con las alpargatas mojadas. Desde luego estaba borracha. Borracha y con las suelas de los zapatos enormes como balas de paja.

—Una plantita muy elegante —dice Sonja mientras gira la maceta.

—Es un vástago de una de las mías —sonríe Molly, y le empieza a contar del marido y los hijos. Tienen montones de ocupaciones, sobre todo los hijos no hacen más que entrar y salir, y en una ocasión Molly le dijo que a su papá no se le daba bien eso del cariño.

Él podía remover la leche, pasteurizarla y disponerla para hacer quesos que luego maduraban en la lechería convirtiéndose en algo maravilloso, pero cuando llegaba a casa tan solo olía a suero de leche. Pasaba de sus hijos, pasaba de su mujer y toleraba a duras penas al perro, aunque al menos se lo llevaba a dar una vuelta por el barrio para que meara antes de la hora de acostarse. Pero simplemente lo que Molly había dicho hacía daño: que él estuviera dispuesto a dar un paseo con el perro pero no con ella. *Eso era*

porque no podía amar, dijo Molly, y en Balling muchos adultos tampoco amaban a sus hijos. No empleaban la palabra «amar». Cuando la cosa era intensa, en Balling se decía «sentir afecto» por alguien. Sin embargo eso no significaba que *no* hubiese cariño. Tampoco significaba que *hubiese* cariño. Por ejemplo, el papá de Kalle era socialista. Era el único socialista en el término municipal. Todos los demás votaban a Venstre, partido liberal, o a Fremskridtpartiet, partido progresista, en último caso a Anker, partido socialdemócrata, pero el papá de Kalle trabajaba en una fábrica y era socialista. Y además violento. Pegaba a Kalle hasta que tartamudeó tanto que hubo de ir a clases especiales. No era fácil que a los profesores de la escuela les pasaran desapercibidas las marcas azules. De vez en cuando el profesor de gimnasia le daba vueltas a Kalle en el vestuario. Pero eso no cambiaba nada: el papá era socialista, una orientación política que invocaba el amor al prójimo del mismo modo que Indre Mission y la psicología moderna. No obstante, pegaba sin cesar a Kalle hasta que hizo añicos su lenguaje. Nadie le dio excesiva importancia. Era mucho peor que el papá fuese socialista. Sin embargo claro que la gente amaba a sus hijos. O bien sentía afecto por sus hijos. Nadie afirmaba otra cosa, pero esto es lo que Sonja sabe del amor: que en la práctica no abunda, aun cuando siempre haya gozado de estimación en la boca de la gente.

—Por toda la cara —dice Molly.

—¿Qué has dicho?

Sonja se encontraba muy lejos.

—El aloe vera —repite Molly, y añade que alguna vez le apetecería saber: ¿cuál es ese lugar donde Sonja desaparece?

Sonja coloca la servilleta en el regazo, así parece que tiene la intención de ponerse a cenar.

—Realmente no lo sé, dice.

En el fondo le gustaría contarle a Molly que aquella adivina de su fiesta le privó del derecho de gobernar sobre el día de mañana, pero Sonja tiene miedo de iniciar a Molly en la historia de la adivina. A pesar de haberse licenciado en psicología, Molly siente atracción por las concepciones adornadas de la realidad. Mientras Sonja necesita desmontar todo aquello que la adivina dijo, se arriesga a que Molly potencie la historia si llega a tener conocimiento de ella. ¡Clarividencia! ¡Qué emocionante! Un sabor a fantasmas y cuentos

inquietantes antes de dormir, y ese tipo de cosas entroncaban con ese suero que constituye la experiencia fundamental de la vida de Molly. Pero a Sonja no le va nada de eso, de manera que no quiere informar a Molly de la sesión del frigorífico. Ni siquiera sabe cómo se llamaba la adivina, y por Dios que tampoco quiere saberlo. Molly toma un buen sorbo de vino. Molly le ha traído una planta crasa. O bueno, una de esas que toman la humedad de ellas mismas, y de pronto el camarero ha aparecido con la comida. Sitúa justo bajo la nariz de Molly y Sonja patatas en gajos y bistec. Una mayonesa casera suda en el borde del plato de Molly. Sonja lo intenta, pero no tiene apetito.

—Pienso mucho en los de casa —dice al fin Sonja—. En Kate por ejemplo.

—¿Le pasa algo a Kate?

—No, creo que no —dice Sonja.

Molly levanta la copa de vino y la pone contra la mejilla. Ahora contempla a Sonja como si fuera un caso, pero a Sonja no le apetece ser una paciente en sus relaciones privadas, se niega.

—¿Recuerdas cuando nos vinimos aquí? —pregunta Sonja entonces.

Por supuesto que Molly lo recuerda. Asiente de todas formas.

—Mientras atravesábamos Fionia dijiste que el ferry del Storebælt significaba un «point of no return».

—¿Dije eso? —sonríe Molly—. Bueno, por aquel entonces no sabía demasiado inglés.

Después se come una patata y Sonja mira el bistec de su plato. Está encajonado entre dos trozos impracticables de pan. El cocinero ha atravesado con una brocheta de madera tanto el bistec como el pan para sujetarlos, así que no va a resultar fácil hacer trozos más pequeños, piensa Sonja, y entonces Molly se echa hacia atrás.

—Pero bien pensado es muy cierto —dice—. Y, de todos modos, quién quiere regresar a Skjern.

La cara de Molly se transforma en una máscara y Sonja se dobla hacia abajo en busca de su bolso. El teléfono móvil. Quiere ver qué hora es, pero se endereza demasiado rápido. Sus ojos no enfocan y allí se sientan dos Mollies al otro lado de la mesa: una posee el rostro en forma de corazón. El de la otra parece sellado con silicona.

Cierra los ojos, los vuelve a abrir: aún dos. Entonces inspira el aire

profundamente pues puede que tenga algo que ver con el oxígeno. Un sorbo de refresco de cola, mientras Vesterbrogade vibra de sol. No hay nada que hacer, piensa Sonja, y le cuenta a Molly que el nuevo Gösta marcha según lo previsto. No quiere hablar de lo otro con Molly. Sería como hablar con Marie de la misión. Todo eso resulta una pérdida de tiempo, y Gösta está diseccionando la Suecia que nadie conoce con un fino escalpelo y es tan diligente como para esparcir las partes de los cadáveres siguiendo una pauta legible desde el círculo polar para bajar prácticamente hasta Bornholm. Sonja es parte de ese proceso en desarrollo, está metida de lleno en sus manifestaciones lingüísticas, e igual que la editorial de Gösta trabaja duro para lanzar a Gösta cada vez que escribe algo nuevo, también Sonja trabaja duro traduciendo a Gösta, de manera que los mirlos evocados en la página diez no se transformen en herrerillos en la página catorce.

—También es fundamental en una novela que un personaje mantenga el mismo nombre durante toda la obra —dice Sonja—. A no ser que el cambio de nombre sea parte de la trama, claro.

—¿No podrías intentar traducir a otros? Alguien que despierte tu interés. Porque tendrá que haber escritores suecos que le den al lector algo que no sea violencia y sangre —dice Molly.

—El libre juego de las fuerzas de mercado —dice Sonja cambiando de postura las piernas, que apenas caben bajo la mesa del café.

El aloe vera se tambalea una pizca, y Molly comienza a contar cosas de sus clientes. Sonja sabe con certeza que eso no está permitido, pero el secreto profesional ha dejado de ser una norma que se estile. La esfera privada es tan trivial y manida de todos modos, *who cares*, así que ahí sentada mira a Molly al tiempo que ella ofrece una interpretación de la desgracia ajena. Molly tiene en sus manos la vida de la clienta que se ha ido convirtiendo en un enorme caos. Y la clienta ya no sabe prácticamente por dónde salir, así que ahora se ha puesto a régimen. También ha empezado a ver a otro hombre, y en este momento los nervios de la clienta están hechos trizas, pero afortunadamente tiene a Molly, que posee la visión de conjunto propia de una clínica. Visión de conjunto y una reja que puede bajar delante de la joyería. La falta de capacidad para amar del queso pertenece al pasado. Skjern y el largo canal mortífero que en su día fue el río Skjern pertenecen al pasado. Hoy el río vuelve a retorcerse como un gusano en dirección al fiordo de Ringkøbing. Una

vez Sonja se alejó en su bici tanto como pudo y entonces vio que allí yacía un ciervo. Probablemente ahogado, aunque en cualquier caso se había echado sobre el costado y estaba en franca putrefacción. Ahora el ciervo ha sido arrastrado mar adentro, el quesero está muerto, pero se siguen encontrando agricultores a la caza de un metro cuadrado más de maíz, y al lugar del que uno procede no se puede regresar jamás. Se ha transformado y hasta uno mismo es un extraño.

—¿Cómo va el carnet de conducir? —pregunta Molly.

—Así así —responde Sonja.

Le cuenta la manera en que Folke la atrajo hacia sí en la oficina de la autoescuela.

—¿Crees que tendré problemas con él en el coche?

—Creo que ya tienes problemas con él en el coche —dice Molly.

Empapa una patata. Después mira a Sonja y dice que también podría probar suerte. Ver todo lo que Folke puede aportar.

—Oh Dios —dice Sonja, pero las imágenes se han presentado ya:

Sonja y Folke en el asiento trasero. Una pierna por encima del reposacabezas, la planta del pie en el salpicadero. Los brazos descuajeringados, colocados donde mejor pueden, mientras el pequeño culito de Folke no tiene más remedio que asomar por la puerta del coche. Los vientres chasqueando el uno contra el otro, penetraciones y las manchas sobre la mantita del coche.

—Y adónde conduciría eso —dice Sonja mientras piensa en Paul, su ex, cuyo culito también era relativamente pequeño.

—A animar un poco la calle —dice Molly.

—Está casado con una doctora.

—¿Y qué?

A Molly la trae sin cuidado qué hombres pertenecen a qué mujeres. Hay que mantener la vida en ebullición, dejar cocer los dramas, y, bajo ese amor que uno no ha logrado jamás, hacer que crepiten ramitas que puedan arder con facilidad.

—Eso no va conmigo —dice Sonja, y desliza la vista por Vesterbrogade.

Aparece un helicóptero que sobrevuela la calle en dirección a la Avenida de Frederiksberg, punto en el que gira para abandonarla. Es amarillo y

naranja, parece uno de esos en los que los médicos recorren las áreas escasamente pobladas. Pero eso no es lo mejor. Lo mejor de él es que puede elevarse y descender recto entre asfalto y cielo, piensa Sonja, y entonces comienza a canturrear. Molly se ha entregado a su bistec y una larga explicación acerca de los caminos derechos y los rodeos en el amor, pero Sonja está sobria y canturrea. Tararea esa de la alondrita. Tararea esa parte en la que el pájaro levanta el vuelo. *Sigues el camino derecho desde la tierra al cielo*, tararea.

8

Querida Kate:

Te preguntará si vamos a empezar a escribirnos tarjetas postales. Pero solo ha sido porque he visto esta tarjeta que lleva brezo y pensé que deberías tenerla pues seguro que la landa está ahora floreciendo. Además, el otro día me vino al pensamiento cuán a menudo me encontrabas entre el cereal. Tiene gracia, ya que hacía muchos años que no pensaba en ello. Desde luego no he sido fácil de gobernar, ¡ja, ja, ja, ja, ja! Espero que estés y te vaya bien. Por aquí creo que Copenhague se encuentra en su momento de bochorno. El carnet de conducir avanza (de nuevo ¡ja, ja, ja, ja!) y el trabajo también va bien. Por supuesto, en cuanto reciba el nuevo Gösta Svensson lo aparto para ti. Así te lo doy cuando nos veamos. O también puedo enviártelo. Como tú quieras. Saludos para todos. Ya hablamos.

Abrazos, Sonja

Sonja ha cerrado la tarjeta. También la ha introducido en el sobre. Ya solo hay que encargarse de la dirección y el franqueo, pero no está convencida del todo. En el fondo no había pensado enviarla. Si hubiese de enviar algo que suene a ella, sonaría de otro modo, pero Sonja no está segura de que a Kate le guste oírlo cuando suena a ella. Decide que no va a enviar la tarjeta postal. En lugar de ello debería haber escrito a mamá, piensa Sonja. Mamá adora el brezo.

Sonja vuelve a sacar la tarjeta del sobre. Tira a la papelera que está bajo

el escritorio la tarjeta con el elegante diseño del brezo. Después toma una hoja de papel A4 y el rotulador negro que prefiere para escribir:

Querida mamá:

Estaba pensando en ti. También pensé en ti el otro día, pues me acordé del campo de cereal. A menudo me sentaba allí porque me sentía a gusto. Algunas veces Kate venía a sacarme. No sé si lo recuerdas, pero yo sí, que tú me llamabas al abrigo del viento detrás de la hilera de árboles. Era bonito que tú supieras dónde me encontraba a pesar de que fuera un sitio donde yo no debía estar. ¿Cuál es la verdadera razón de que yo no debiera estar allí? ¿Por qué Kate y papá estaban tan en contra de ello? Por un par de pajas, Dios del cielo. Pero, en cualquier caso, echo de menos esos lugares. Mi piso no puede suplirlos. Algunas veces voy hasta el cementerio para obtener un efecto similar. El otro día estuve a punto de enviarte un SMS diciéndote: «Hola, mamá, estoy descansando en el cementerio (¡ja, ja, ja, ja!). Por supuesto que no. No de esa forma. Ni tampoco tú afortunadamente. Aún no. ¿Pero qué va a ser de mí cuando ocurra? Pienso con frecuencia en ello. Que llegue un día en el que me falte la familia, la que me comprende, y sería maravilloso que pudiese hablar con Kate. Sé de sobra que te entristece el hecho de que no nos avengamos. A mí me gustaría. Y lo intento, además. Pero dejemos eso, pues espero que papá y tú estéis bien. Porque tenéis todavía muchos años por delante. Por lo demás no tengo novedades, aparte de que el carnet de conducir va fatal. No puedo cambiar de marcha. Me haces sentirme muy dichosa, mamá.

Abrazos de tu, Sonja

Sonja mira la carta. Entonces la arruga y la tira a la papelera. De modo que descansa encima de la tarjeta postal. Sus letras negras se retuercen sobre la imagen del brezo. Es difícil encontrar ropa adecuada para el cuerpo concreto, y es difícil conseguir que el lenguaje sea adecuado para las personas que uno quiere, piensa Sonja mientras contempla la planta de aloe vera que Molly trajo en el bolso. *Arranco una hoja cada mañana y la troceo, contaba*

Molly. *Después me paso los trozos por toda la cara. Hidrata y calma.*

Sonja resbala el dedo por las agudas y pesadas hojas. Con la otra mano se palpa los lugares del rostro donde la piel está blanda y empezando a aflojarse.

Intenta recordar el augurio. Escarba y rebusca en su mente lo que la señora de la túnica amarillo curry dijo como si Sonja estuviese allí apoyada contra el frigorífico. ¿Qué le esperaba a Sonja como mujer? ¿Más de lo mismo o una pausa? Naturalmente el desgraciado amor con Paul, ¿pero además de eso? ¿Una tragedia? ¿Un lanzamiento, un final feliz?

Sonja no es capaz de acordarse. Lo ha alejado de su conciencia y aparcado. Le asusta que se cumpla si llega a recordarlo, o bien le asusta igualmente que pierda su fuerza si lo trae a la luz. Teme no creer y teme creer, entonces se acuerda de cuando hace algunos años entró en la iglesia de su localidad. Solo quería sentarse un momento a hablar acerca de ello con algo superior. Fue agradable dejar a un lado lo cotidiano y apostar por que Algo Superior escuchaba y no se chivaría a papá, pues él tenía miedo de Algo Superior, ya que este fenómeno lo separaría de la realidad que él conocía. Ningún miembro de la familia de papá debía separarse de la realidad que él conocía y abandonarlo a él solo en ella, no obstante Sonja se sentó en la iglesia de Balling. Junto a la pila bautismal, en el primer banco. Frente a ella, en la bóveda del coro, colgaba un Jesús pálido y luego, además, el retablo retrataba al redentor resucitado con la pierna izquierda defectuosa, porque lo más complicado de dibujar son los escorzos. Lo sabe todo aquel que haya intentado dibujar una persona desde abajo; los gigantes se tornan enanos, pero ahí estaba Sonja sentada hablando con Algo Superior acerca de la sensación de no poder colmar la vida como es debido. Fue bonito, recuerda Sonja. Proporcionaba una especie de tranquilidad sentarse allí confiando en otro que no fuera uno mismo.

También sintió como si en su interior alguien le hubiese respondido: que no perdiera la fuerza porque había alguien que se iba a sentir dichoso con ella. Un día acudiría en auxilio de alguien, sí. Debía creerlo. Para terminar rezó el padrenuestro tal y como Marie le había enseñado a rezarlo cuando eran niñas; poniendo énfasis mediante un soniquete en las palabras, y a continuación venga, a la sacristía, antes de que alguien descubriera que se hallaba allí cual santurrona. Además tenía que hacer pis, pero entonces se encontró la puerta trabada. La puerta de la sacristía estaba pegada. Ella tiró y tiró con todas sus

fuerzas, pero no cedía. Era como si su pavor a las capillas junto a los caminos —que alguien le cerrase la puerta por fuera— se hiciese realidad. La comunidad con Algo Superior se transformó en un pánico silente. Fue bonito haber hablado con Jesús y los demás, pero no quería quedarse encerrada con ellos. Además tenía que hacer pis, tenía que hacer mucho pis, y allí estaba el cepillo, allí la pila bautismal, allí su sacrilegio, entonces tiró y tiró con todas sus fuerzas del tirador hasta que se le despellejaron los huesos de las manos, y finalmente cayó en la cuenta de que llevaba su teléfono móvil en el bolsillo. En el tablón aparecía la información para contactar con los empleados de la iglesia. El sepulturero de la iglesia se llamaba Niels Jørgen y a ella no le resultaba fácil ubicarlo en la topografía de Balling; sin embargo, lo que hizo fue telefonar a Niels Jørgen. Recuerda perfectamente la conversación del mismo modo que ahora se restriega un pedazo de aloe vera por toda la cara.

Niels Jørgen, dijo Niels Jørgen al teléfono.

Soy Sonja Hansen. He entrado a la iglesia y no puedo salir.

¿No puedes salir?

Estoy en la sacristía y no logro mover el pestillo. Acababa de entrar para sentarme un momento en la iglesia. ¿Me has encerrado tú?

En el preciso instante en el que Sonja le preguntaba, la puerta se abrió. Había agarrado el tirador una vez más a modo de ejemplificación para indicarle a Niels Jørgen que se encontraba en una situación sin salida. Aunque finalmente no era una situación sin salida.

Durante mucho tiempo después le pareció que si contaba la historia a alguien perdería su fuerza. Porque la historia poseía una fuerza, contenía algo importante a lo que resultaba difícil ponerle palabras. Lo mismo le pasa con el augurio. No se lo cree pero tiene un peso que podría desaparecer si dejara que la luz cayese sobre él, así que lo mantiene en la oscuridad: en las profundidades oscuras junto al porvenir mientras se da el aloe vera por toda la cara.

¿Pero Kate y ella? ¿Cuándo comenzó a hacerse patente la grieta en la superficie? Tras algunos años de vivir separadas, una casi imperceptible quiebra en el correo electrónico. Ella había notado el resquebrajamiento y Kate seguro que también, pero Sonja apenas puede recordar cuándo lo vio claramente. Sería otoño. Sí, fue en octubre de algún año, seguro, habían ido a dar una vuelta por los alrededores de Balling, Kate y ella. En el extremo

oriental de la pedanía se erigía la granja del este, Østergård. Sonja se acordaba de aquella época en la que la granja tenía el aspecto de una granja corriente, pero desde que Bjarne la adquirió asomaban delgadas naves por todos lados. Durante todo el camino, mientras se acercaban a la granja, se centraron en la cotidianeidad de Kate, su miedo a los atracos de viviendas y el dolor en la rodilla.

Hasta que en un cierto momento llegaron a Østergård. La escasa parte destinada a la vivienda desaparecía en medio de una ciudad en miniatura de largas naves. En el interior de los establos se oían roces de cuerpos contra el metal, y al tiempo que Kate explicaba sus miedos cotidianos Sonja se fijó en las diminutas franjas de tierra que separaban las pocilgas. Ningún arquitecto había reflexionado sobre la mejor forma de dividir la granja ni sobre cómo la armonía podía introducirse en los planos. Los establos fueron levantados a lo bruto sin pensar. Por todos lados se veían esas diminutas fajas de espacio muerto entre las naves.

Fíjate, interrumpió Sonja a Kate. Eso de ahí representa el espacio negativo. Si el diablo tuviera que vivir en algún lugar, elegiría uno de estos apéndices intestinales.

Kate se había detenido de golpe y miraba fijamente el interior de la larga y oscura garganta que separaba una pocilga de una nave para maquinaria. Al final del tramo, un muro gris de hormigón celular, y asomando del suelo mustios hierbajos de especie indeterminada. La tierra apestaba a amoníaco.

¿No lo ves?, dijo Sonja. Solo el mismo diablo podría vivir en un intestino como este. De su interior ha escapado todo lo que significa vida, cualquier forma de estética, comunicación o amor. Esto no es sino el antipaisaje definitivo.

Kate no despegaba la vista del interior del pequeño tramo entre el establo y la nave de maquinaria. Los ojos completamente abiertos bajo la luz crepuscular, una mueca infantil en la boca. Silencio.

Ni siquiera las gallinas sobrevivirían ahí dentro, dijo Sonja. Ni siquiera un par de hileras de patatas, dijo. Es paisaje muerto.

Entonces Kate comenzó a caminar aprisa. Sonja casi tuvo que correr tras ella, y le habría gustado preguntarle qué era lo que pasaba. Pero cuando la alcanzó no hubo manera, todo era lomos de cerdo que había que meter al horno para asarlos, recoger del fútbol a Frank, y su chándal no se lavaba solo, ¿no?

Sonja contempla el pecíolo desgajado del aloe vera. Del cabo brotan pequeñas gotas. Serán los aceites esenciales, de efecto calmante. Después alarga el brazo en busca de la maceta que da la impresión de ser buena, cálida. En cualquier caso podrá usar la maceta, piensa, e introduce la mano en el mantillo hasta abajo para desenterrar la planta entera. Su mano nota pegajoso el contenido de la maceta. Las hojas de la planta crasa asoman entre el mantillo como cuchillos. O lenguas. O dedos que quieren alcanzar el rostro de Sonja y meterse en su boca. Es una planta muy vulgar, piensa, y la tira a la papelera. De tal manera que descansa sobre el brezo, sobre las cartas, sobre las cosas para las que ella no encuentra un lenguaje con el que decir las y las personas a las que más le gustaría decírselas.

9

Como Folke es grande en todos los sentidos, tiene un coche en consonancia. Sonja no había pensado lo que traía consigo el cambio de profesor; que iba a pasar del Hyundai de Jytte a un Audi Q5. Es del tamaño de una caravana, negro como un Batmobile, y Folke se sienta en él con la barba apuntando hacia fuera.

—Hoy te voy a testar —dice él.

—¿Testar?

Sonja mira de reojo la bolsa con Gösta que acaba de dejar en el asiento trasero. Quiere que Folke se lleve los libros a casa para su mujer.

Forma parte del plan de Sonja que hablen tanto como puedan de la mujer de Folke. Ha de ser como si ella les acompañara en el coche. La esposa además de Gösta, Folke y Sonja.

—Claro, tengo que ver lo que has aprendido con Jytte, así que vamos a conducir por un barrio con preferencia de la derecha.

—¿Pero tú me ayudas con la palanca de cambios?

Folke señala hacia abajo entre los asientos.

—Está aquí.

—No se trata de dónde se encuentra sino del manejo —dice Sonja, aunque no debería haberlo dicho.

O no tendría que haberlo dicho de ese modo. Ahora Folke se ve obligado a fruncir las cejas. Se ve obligado a decirle que entonces ya es una niña grande. Sonja hace como si no se hubiese percatado de las connotaciones sexuales. No paga cuatrocientas coronas la hora por las connotaciones sexuales.

—Es estupendo que tu mujer lea —dice Sonja poniendo el coche en primera.

Lo hace perfectamente. Igual de bien tuerce la cabeza hacia atrás en busca del ángulo muerto. Pone el intermitente y gira el volante para alejarse del bordillo; segunda.

—Muy bien —dice Folke, y la dirige directamente hacia el barrio con preferencia de la derecha.

A Sonja le producen pavor los barrios con preferencia de la derecha. No solo porque nadie sabe quién tiene que ceder el paso a quién, sino también porque la gente aparca junto a los bordillos. Eso estrecha tanto las vías que resultan agobiantes y aparecen llenas de coches cuyas puertas de repente se abren violentamente. En muchas ocasiones los coches aparcados sirven de escondite a los niños y la vida infantil se rige por impulsos.

Además cuando iba con Jytte oía a menudo decir a Jytte: *¡DEJA YA DE METERTE EN LAS OREJAS DE LOS DEMÁS COCHES!* Y Sonja no tenía ni idea de qué significaba aquello. Pero las orejas eran los retrovisores laterales de los coches, por lo que Sonja no debía conducir metiéndose en ellos, y ahora Folke y Sonja están solos en el coche. Sonja se aprieta los machos en todos los sentidos. Tanto Folke como ella han retirado los asientos hacia atrás para que les quepan las piernas. Los pies de Sonja pulsan los pedales, los dedos de las manos aprietan el volante. Aprietan de tal manera el volante que automáticamente se desvía a la izquierda al soltar la mano derecha para cambiar de marcha. Es difícil encontrar la tercera. La conducción se vuelve inestable, y el Audi de Folke es demasiado grande con respecto a la calle por la que van.

—Maneja el coche, utiliza el cuerpo, ¡utiliza el cuerpo! —dice Folke.

Pero el cuerpo de Sonja no es capaz de pasar de segunda a tercera. Y ya se le ha calado el coche dos veces.

—Bueno, vamos a parar a un lado —dice Folke con voz suave.

Además él la ayuda a girar el volante y en alguna parte al fondo del lugar donde él se sienta frena por completo el Batmobile, de modo que ahora se han parado perfectamente detrás de un Toyota.

—Dame la mano —dice Folke, y aunque ella no quiere, le da de todas maneras la mano a Folke.

Él toma la mano y la pone encima de la palanca de cambios.

—¿La notas?

Cómo no, y después Folke pone su mano sobre la de ella. Sonja nota

entonces tanto la palanca de cambios como la mano de Folke. A continuación él empieza a mover las manos colocadas una encima de la otra: la palanca de cambios se pone en funcionamiento.

—Tienes que imaginarte una H con dos rayas saliendo del centro, y entonces hacemos así:

No se pueden hacer diagonales con la palanca de cambios, le explica Folke. *No* se puede pasar de segunda a tercera tomando un atajo. Hay que seguir el diseño de la caja de cambios. Sonja lo entiende pero le cuesta concentrarse con la mano de Folke sobre la suya.

—Así —dice y levanta la mano—. Vamos a intentarlo en la práctica.

Espejo, hombro, intermitente: Sonja procura usar el cuerpo pero el coche es demasiado grande.

—Lanza el coche, venga, ¡lánzalo! —dice Folke. ¿Pero es posible lanzar un coche? ¿Es posible lanzar un coche desde dentro? Esa jerga de profesor de autoescuela produce inseguridad en Sonja, y ya estaba ella lo bastante insegura; por el coche, por la palanca de cambios y por el lado social de la situación. Su inseguridad se debe a la angustia que subyace en ella de no hacer lo que se espera de ella, diría Molly. Decepcionar es malo tanto ante uno como ante los demás y Sonja lo soluciona hablando. El lenguaje posee energía propulsora y direccionalidad. Mediante él puede lograr aquello de que no es capaz con el coche: puede lanzarlo, si se lanza a hablar será una persona para Folke.

—Olvidé decirte que soy yo quien traduce a Gösta Svensson al danés —dice ella.

—¡No me digas! —dice Folke.

—La bolsa que hay en el asiento trasero es para ti. Dentro tiene libros. Se los puedes dar a tu esposa.

Folke gira su corpachón y agarra la bolsa de libros. Por detrás del asiento delantero pesca de inmediato los libros contenidos en ella. La novela policíaca de Gösta Svensson *Sangre negra* salta al salpicadero. Lo mismo sucede con *La chica de Riga*, un «libro sobrecogedor acerca de la trata», como reza en la parte posterior la cita de una crítica. Folke está entusiasmado. Se olvida de hacerle advertencias a Sonja relativas a la conducción. No pasa nada porque ha mejorado con las marchas, mientras tanto Folke hojea los libros. Él quiere saber si traducir es difícil. También quiere saber si se saca

dinero con esa porquería, y quiere saber ¿dónde ha estudiado sueco Sonja? De esta manera le da pie a contarle que ella es la primera en su familia en ir a la universidad. Su hermana es cuidadora a domicilio y el marido de ella trabaja en una fábrica de aerogeneradores. Además Sonja le cuenta que su papá es agricultor y que procede de un municipio situado tan al oeste que seguro que Folke nunca ha estado allí.

No, nunca me he alejado tanto de Copenhague. He ido a Croacia, a Alemania y a muchos lugares de Francia. Pero nunca más allá. Solo voy a sitios donde se pueda llegar con coche. Tengo miedo a volar.

—Me encanta volar —dice Sonja.

Desde su asiento Folke simula temor, y Sonja leyó en una ocasión que los hombres que no son fieles tienen un singular miedo a volar. Proyectan en la propia tesitura del vuelo el miedo a ser pillados en sus mentiras. Se trata del hecho de no poder escapar. De hallarse en las manos de otro, el piloto. No tienen demasiados reparos en mentir aquí abajo en la tierra. Sin embargo, a gran altura ven de otra manera las consecuencias. Se dan cuenta de que no tienen suelo firme bajo los pies, de que pueden perderlo todo. Y desde luego que podría suceder; uno se arriesga a perderlo todo cuando miente.

Sonja evita algún bolardo. Folke le da palmadas sobre la mano de la palanca de cambios.

—Pero, en fin, en el lugar de donde yo procedo —dice Sonja volviendo a poner la mano en el volante— las cosas ya no son lo que eran.

—¿Ah, no?

—No, las explotaciones agrícolas se han vuelto gigantescas —dice Sonja—. Acaparan todo a su alrededor. La granja de mis padres fue comprada por uno que cría cerdos, ellos lo llaman «Bjarne Cochino». Ahora mis padres viven en un chalé en Balling. Mi hermana también. De ese modo las granjas más pequeñas se quedan vacías y cuando se quedan vacías ninguna familia con niños vive en ellas, y si no hay niños nadie va a la escuela, entonces cierran las escuelas, y cuando cierran las escuelas cierra todo. A Bjarne Cochino le da lo mismo, mientras pueda pagar sus monstruosos préstamos hipotecarios no le importa en absoluto que la infraestructura se colapse. Mi papá siempre ha dicho que los humanos somos unos bichos bien raros y tiene razón. Sin embargo, los ciervos siguen allí. Hay tal cantidad de ciervos que hacen cercados disuasorios.

—¿Cercados disuasorios? —pregunta Folke haciendo gestos con la mano para decirle que conduce demasiado cerca de las orejas de los demás coches.

—Es la idea opuesta a los cercados que se usan para las vacas —responde Sonja.

Está bien hablar y conducir a un tiempo.

—Se trata de mantener a los ciervos fuera de los cultivos. Pueden arrasar un campo entero de cereal. Imagínate dos o quizá tres centenares de animales tan grandes como caballos que de repente irrumpen en el cereal. Pues lo pisan y tiran todo, y una vez que las pajas se han doblado... Ese tipo de cosas constituye la preocupación fundamental de los agricultores. De manera que hacen cercados disuasorios. Existen peluqueros que venden a los agricultores el pelo que le han cortado a la gente de la comarca. Después, los agricultores meten el pelo en sacos de patatas que cuelgan de postes junto a los cercados disuasorios. El pelo de las personas espanta a los ciervos. No les gusta el olor, así que se marchan a otro lado, pero de todos modos sigue habiendo ciervos. En los plantíos de árboles, o fuera, en las landas, a veces se ve un ciervo solo caminando fuera de la manada. Dentro de no mucho entrarán en brama. Entonces se les puede oír durante el crepúsculo.

Folke emite un profundo sonido gutural desde el asiento del pasajero.

Suena a gruñido. Sí, Folke gruñe y Sonja sorte a un ciclista.

—Por lo demás, tampoco mi idea era ser traductora —dice ella—. Me hubiera gustado escribir mis propios libros, pero eso lo quieren todos.

—No se puede vivir de ese tipo de cosas —dice Folke, y le muestra sus dedos. Son largos—: Guitarra. Pero si todos tocaran heavy metal no habría nadie que te enseñase a conducir, y aquí presta por favor atención a las normas de preferencia de paso.

Folke la conduce hasta una plaza de aparcamiento perteneciente a un supermercado en Hvidovre. En torno a ellos se desplazan pacíficos compradores matutinos. Folke y Sonja conducen despacio, despacio, y mientras circulan Sonja adquiere cada vez mayor dominio de la distancia que hay que cubrir entre la segunda y la tercera marcha. Folke le explica la preferencia de la derecha en Dinamarca, y Sonja le cuenta que Gösta no es demasiado alto. También es algo calvo, pero tiene una casa en Gotland con enormes ventanas panorámicas. Gösta puede ver el mar. Que se extiende como una poderosa planicie hasta llegar al mismo continente. Algunas noches Gösta

sueña que camina por él. Camina, corre y trota hasta llegar a Oskarshamn, lugar en el que comienza la auténtica Suecia. La Suecia donde se hallan los bosques, las canteras y las cacerías de alces. La Suecia bajo la que subyace la efervescencia de la industria armamentística Bofors. La Suecia que él quiere describir, y Gotland es un buen lugar desde el que hacerlo.

—Una parte de mi sueldo se dedica a costear ejemplares gratuitos — explica Sonja, y cede el paso a un carrito de la compra que se acerca por su derecha.

—Tengo el cuarto trastero lleno hasta arriba de novelas policíacas e históricas y cosas así.

Folke dice que está seguro de que a su esposa le va a gustar esa bolsa. Es podóloga en Roskilde y en su tiempo libre no le apetece pensar.

—¿Es podóloga?

—Una ortopeda de primera —sonríe Folke, y baja sus gafas de sol con una palmada.

El coche rueda tranquilamente con Sonja y Folke mientras él toquetea el sistema de aireación.

—¿Y qué tal Jytte? —dice Sonja.

—Deja de calentarte los sesos con Jytte.

—Vale, pero no le sentaría muy bien, ¿verdad?

—Eso ya es agua pasada.

Sonja no está muy segura de ello. Bien puede ser que Folke no tema a Jytte. Sonja no las tiene todas consigo, aunque es probable que la explicación esté en que Folke, como hombre que es, va cerrando asuntos, mientras que las mujeres siguen con lo mismo. Sin embargo, papá todavía le guarda rencor al papá de Marie porque en 1979 cortó ramas del manzano silvestre por el lado de la linde de papá, y a su vez el papá de Marie no puede perdonarle a papá que echase unas semillas de dedalera en su lado de la torre del transformador. Así que ahora levantan sus gorras cuando se cruzan por Balling llenos de rencor, y ese es el tipo de gente del que procede Jytte. Jytte y Sonja.

Folke baja un poco su ventanilla.

—Bjarne Cochino —dice, y se ríe.

—En una ocasión fue novio de mi hermana —dice Sonja.

—La gente tiene gracia, ¡qué narices! Había un tipo en Sønder Boulevard

al que llamábamos «Chimeneo». Y yo pensaba que era una buena ocurrencia. Pero Bjarne Cochino...

—Ese no es especialmente gracioso en realidad.

—No, y quién lo es —suspira Folke mientras saca la mano por la ventanilla—. Vaya agosto. No veas si se jodió el domingo.

Folke ríe de nuevo. Y Sonja también un poquitín, aunque Folke no debe decir «joder». No, no debe decir «joder». Pero Sonja apenas puede gobernar el coche, así que cómo podría gobernar a Folke. Baja la vista y mira su mano. Entonces constata, como un hecho objetivo, que su mano por propia iniciativa ha pasado de tercera a cuarta. El trayecto de tercera a cuarta es una línea recta de arriba abajo. Una distancia fácil de cubrir. Sin diagonales.

10

Sonja ha llamado a Kate pero es Frank quien contesta. Desde luego no es nada nuevo. Y eso que Kate pertenece a la clase de personas que les encanta hablar por teléfono. Cuando era adolescente se la veía colgada del auricular continuamente. Mamá se enojaba con Kate a causa de toda esa charla. *Vosotros y vuestras charlas, las tuyas y las de papá también*, decía mamá. *¿Qué es eso tan importante?*

El mundo de mamá se hallaba en su interior. No necesitaba hablar por teléfono con el entorno. Solo si alguien había muerto o estaba en el hospital, mamá desenrollaba el cable de teléfono. Es un rasgo que Sonja ha heredado de mamá, pero el silencio puede llegar a ser excesivo, y de tanto en tanto hay que llamar a la familia. Así, Sonja llama a veces a su casa. Mejor que papá no descuelgue el teléfono, porque se ha subido encima de muchas máquinas agrícolas. Los protectores auditivos son para campesinos procedentes de la ciudad y tipos flojos. Toda una generación de hombres duros lleva pilas detrás de la oreja. Arman ruido en los vestíbulos de los teatros y los compartimentos del tren, que exigen silencio. Hacen crujir el periódico y acaparan las conversaciones. Papá tiene dificultad para oír lo que Sonja le dice por teléfono. Ella precisa gritarle al aparato. Eso la supera y se da por vencida. De tal manera que papá se queda en un aislamiento majestuoso gritando sobre Jutlandia. No es muy digno, y, claro está, a mamá no le apetece demasiado llamar por teléfono.

Pero en este momento Sonja ha llamado a Kate. Llama aunque Kate no descuelga el teléfono. A lo mejor ahora le ha puesto identificador de llamadas entrantes. A lo mejor Kate va hasta el teléfono y mira la pantalla: «Es Sonja», le dice entonces a Frank. «¿No te importa contestar?»

Si Sonja y Kate fueran manzanas se diría que cada una cayó a un lado del

tronco. Eso es verdad. Otra cosa distinta es que además parezca que alguien le dio una patada a la manzana Sonja enviándola mucho más allá entre la hierba alta. Sin embargo así es; la manzana Sonja se encuentra algo desplazada en la hierba. Ahora Kate no sabe qué decirle, así que menos mal que tiene a Frank. Él puede hablar con cualquiera, y nunca cuelga. Se enfrenta a la gente y no le asusta ir directo al grano con Sonja.

—¿De modo que pronto saldrás a mirar coches? —dice Frank.

—Bueno, primero tengo que sacarme el carnet —dice Sonja.

—¿Todavía no lo tienes?

—He cambiado de profesor.

—Antes conducías con una mujer, ¿no?

—Sonja no puede negar que Jytte es una mujer. Frank emite un sonido que ella puede suponer perfectamente lo que indica, pero no se da por aludida.

—Sí, he cambiado de profesor de conducir, así que muy pronto puede que haya algo —dice Sonja, aunque no está del todo segura.

Porque ¿y si no sucede nada? ¿Y si con Folke le fuera exactamente igual? Quizá Sonja es de esas personas que no *pueden* conducir un coche. La cuestión no radica solo en médicos estatales y la privación de ciertos derechos existenciales. Se trata además de las dotes espaciales. Lo sabe porque lo vio en un programa acerca de un profesor de psicología. Se llamaba igual que una ciudad de provincias danesa y le gustaba meter mujeres en una centrifugadora. Había encargado hacer una centrifugadora expresamente para sus investigaciones. Dentro, las mujeres se sentaban en el centro bien amarradas, a Gösta le habría encantado ese aparato. Si Gösta supiera de la existencia de un aparato como ese, lo habría introducido de inmediato en algún punto de sus libros. Una mujer bien amarrada, mejor desnuda y con algo en la boca. Pero dejemos a Gösta, porque el profesor psicólogo estaba centrifugando mujeres. Las mujeres giraban alrededor, arriba y abajo. Rotaban describiendo elipses, por supuesto bien atadas mientras giraban. Después, una vez que la centrifugadora se detenía, se les pedía a las mujeres que hicieran unas pruebas. En las pruebas tenían que orientarse en el espacio. Debían controlar distancias, resolver problemas matemáticos o caminar sin salirse de una raya pintada con tiza. Las mujeres lo hacían fatal y el psicólogo concluía de ello que a las mujeres no se les daba bien orientarse en el espacio. Después puso a un hombre negro dentro de la centrifugadora. Centrifugó al hombre negro

durante largo tiempo y llegó al mismo resultado: los hombres negros se orientaban pésimamente en el espacio. De hecho solo había una clase de personas que se orientaran aún peor, eran las mujeres negras. Las mujeres negras eran un caso perdido, constató el profesor psicólogo. *Por el contrario, los hombres blancos*, concluía tras haber dado una vuelta él mismo en el columpio, *son claramente los mejores*, y todos se hicieron cruces. *¡Como canta el abad responde el sacristán!*, gritaba la gente, y la propia Sonja se unía a los gritos, pero ¿quién era ella para airarse? Ella y su cambio de marchas y el vértigo posicional.

—¿Has pensado ya qué coche te vas a comprar? —pregunta Frank.

Como Frank trabaja en una fábrica de aerogeneradores, es él quien sabe algo de técnica en la familia. Kate y él conducen un coche familiar, sin embargo piensa que Sonja tiene dinero. Todos los que han ido a la universidad tienen dinero. Pero por otra parte Sonja no tiene un trabajo como es debido, luego entonces no puede tener dinero. Esa duda que atormenta a Frank aparece con frecuencia en las conversaciones entre ellos. Si por un momento Frank piensa que ella debe comprarse una villa en Jutlandia del Norte, al momento siguiente opina que estaría mejor en una urbanización de chalés en algún pueblo que comienza a despoblarse. Entonces lo que le conviene es un Citroën plateado.

—Y, en cualquier caso —piensa él en alto—, quizá lo mejor sería un coche de segunda mano.

Sonja piensa en Folke, en la fuerza centrífuga y en que a lo mejor no va a ser capaz de aprender a conducir un coche.

—Muchos que tienen más de cincuenta mil kilómetros siguen rodando bien —dice Frank—. Con hacerles algún arreglillo...

Sonja guarda silencio en su extremo de la línea. En el extremo de Frank ladra el perro.

—¡Haz que no arme tanto ruido el perro! —grita en el espacio a sus espaldas.

Luego sí que hay alguien en casa, piensa Sonja, en un primer momento continúa el barullo, después se hace el silencio.

—¿Y qué clase de perro tenéis ahora? —pregunta Sonja.

—Un golden retriever —responde Frank.

—Vaya, un verdadero perro familiar.

—Sí, a Kate le encantan los golden retriever —dice Frank, aunque parece como si hubiese dado un suspiro.

—De hecho los golden retriever aparecen siempre en las películas —dice Sonja—. Durante una temporada vi tal cantidad de golden retriever en las películas de Hollywood que parecía sospechoso. Por lo general Tom Hanks no salía jamás sin uno. Pero lo bueno era que los norteamericanos negros de las películas nunca tenían un golden retriever. El golden retriever era un perro familiar de blancos. Los negros tenían perros que cabían en el bolsillo. O bien perros tan grandes como garajes. Era o lo uno o lo otro con los perros de los negros.

Ahora ha perdido a Frank y mira fijamente el dibujo que ha trazado en el papel que hay junto al teléfono. Es un garabato. En el interior del garabato ha surgido una forma definida. En el interior de la forma va sentada una figurita que saluda. La figura saluda a Sonja, se trata de un precioso helicóptero. Dentro de un momento sacarán la escala. En breve saldrán los cables que vienen en mi auxilio. Y ya será cosa mía trepar hacia arriba. Sin temor. Bien enganchada y dejar que me lleven. Surcando el aire, para salir a la landa, los plantíos, las dunas del interior. Abajo, en algún lugar, Balling junto con los municipios aledaños. Frank en el jardín trasero con un golden retriever. Kate embutiendo su angustia en los sándwiches, la fosa séptica, el termo del agua para continuar dentro de la cocina con la batidora y el fondant. Un ultramarinos, un comercio de forraje, un manzano del que se han desprendido las manzanas. Una senda se adentra en el campo de mies.

—También puedes comprarte un Jaguar —dice Frank—. Puedes conseguirlos baratos en Alemania, si trapicheas con las placas.

Resulta chocante que diga eso porque él jamás trapichearía con nada. Puede que algo de trabajo en negro, pero Frank es un hombre como es debido. Esas turbinas eólicas no suben allí y se cuelgan ellas solas. Sonja lo sabe perfectamente, y Frank le cuenta cómo ellos elevan las turbinas en el aire. El modo en que las colocan en la base del molino. Es un número de equilibrista.

—Algo similar a como los chinos hacen girar sus platos sobre una varita —dice Frank—. Pero prueba a multiplicarlo por un par de toneladas.

Sonja ya se lo imagina. Gruesas columnas con gigantescos platos girando. Las hélices de las turbinas eólicas forman elipses, tan pronto arriba como abajo.

—En realidad las turbinas se parecen un poco a los helicópteros —dice Sonja.

Nunca antes había reflexionado sobre ello, pero se parecen. Frank se queda en silencio al otro lado del auricular.

—Kate tiene miedo de que se caigan mientras estoy arriba —dice por fin—. O debajo de ellas. Sin embargo, estar allí arriba me resulta a menudo de lo más satisfactorio. De ese modo se entretiene uno bregando con algo. Pero Kate teme que tengan algún defecto o que me electrocute estando arriba o cualquier otra cosa. Bien sabes, Sonja, que, por poder, pueden pasar muchas cosas, así que compramos el perro. A Kate le gusta eso de ponerse a cuidar de alguien.

Es verdad. A Kate se le da bien ponerse a cuidar de alguien, pero no se pone al teléfono cuando Sonja llama.

—¿No la tienes por casa? —pregunta Sonja con cautela.

—Ha salido con el perro —dice Frank.

Y seguro que es cierto, piensa Sonja. Ha salido con el perro mientras yo me estoy saliendo de mis casillas, aunque tampoco es así. Porque Sonja piensa que se halla anclada. Una curiosa paradoja. Se siente como un preso evadido que lleva enormes pellas de cemento bajo los pies. Cuesta andar de esa forma. Tampoco debe de ser lo ideal para el equilibrio, piensa, pero ya van a colgar, Frank y ella.

—Saluda a Kate —dice Sonja.

—¡Eso está hecho! —dice Frank.

Y ella está sentada en el sofá junto a él, piensa Sonja. Está sentada allí sin saber qué decirme.

La conversación ha terminado, y no obstante continúa suspendida en Sonja como lluvia violenta que la azota. Un sentimiento de pesadumbre la atraviesa hacia abajo, se filtra dentro y fuera de los órganos internos, arrastra consigo gravilla y guijarros. No llora puesto que no puede permitir que acuda el llanto, pero le parece que dentro de ella hay un ruido de rozamiento; de piedrecillas, de paja, de días en los que nunca cesa. En su interior el cielo se descarga lentamente de forma insoluble, y tampoco hay nada digno de mención en el frigorífico. Así que echa un vistazo abajo, al patio trasero. Tampoco hay nada significativo en el patio trasero aparte de las lechuzas. Hay lechuzas allí para mantener alejadas de los balcones a las palomas, y son de plástico, las lechuzas, pero eso no lo saben las palomas, claro, y en todo caso: ¿quién les

ha dicho a los vecinos que las lechuzas son un método preventivo? Ya que los vecinos han huido de la naturaleza para sentarse a beber cerveza en los balcones. Han puesto una lechuza de plástico sobre la barandilla y la lechuza tiene que asustar, intimidar. Posiblemente se les haya ocurrido la idea gracias a los folletos de control de plagas. La mayoría han olvidado cómo era, piensa Sonja, y recuerda los colores del musgo entre las filas de abetos. Las piedras resacas, la hierba, los caminos de grava. Los neumáticos gastados y el ensilado. El olor dulzón del ensilado, sí, y los cochinillos muertos en el muladar. Gallinas con las mollejas llenas de guijarros. Enormes balas de paja bajo la lluvia y escondites por todos lados con sus correspondientes niños, y a menudo, en la tienda de Dawli-Aage, la esposa se hallaba plantada detrás del mostrador. Allí huroneaba las compras de la gente. Interpretaba los carritos de la compra, iba en busca de indicios y aconsejaba, y sabía quién estaba menstruando. Sabía quién había dejado de menstruar. Quién bebía. Quién ponía demasiada gelatina en la mousse de limón. Las malas costumbres de los fumadores, las preferencias en los crucigramas. Todo lo sabía la esposa y no fiaba golosinas a los niños. Cualquier golosina del mundo entero costaba únicamente cinco céntimos, pero la señora no regalaba nada, y fuera de la tienda Kate esperaba el autobús, recuerda Sonja. De pie, al otro lado, junto a la parada, con unos vaqueros nuevos. A su culo siempre le han sentado bien los pantalones ajustados. Está con Bjarne Cochino, aunque ese nombre lo adquirió después. Se acuesta con él dos veces por semana. Lo dice ella misma y Sonja lo cree, pues les ha oído arriba en el desván. Ahora se encuentran en la parada del bus con los dedos entrelazados. Kate no puede tener más de quince, pero no quiere perder el tiempo, y Sonja está allí con su bicicleta. Quizás es sábado. No tienen nada que hacer en especial. O, bueno, Sonja no tiene nada que hacer en especial, entonces llega el autobús. Bjarne y Kate desaparecen en su interior y Sonja conduce la bicicleta fuera de Balling, a casa. Va por el camino por el que suele pedalear cuando vuelve de la escuela. Es un camino aburrido para ir en bici. Sonja juega a que no puede mirar a otro lugar más que justo delante de la rueda. Conduce con la mirada clavada en el asfalto. Qué emocionante ver por cuánto tiempo es capaz de hacerlo. El neumático de la bici gira, los radios destellan. Sonja oye el roce de la cadena. Cantan algunos pájaros, y hay máquinas agrícolas. Sonja tiene los ojos encadenados al punto delante de la rueda. Quiere pedalear así todo el camino hasta casa. Es una especie de valentía, pero de repente ahí está. Junto al

viaducto: el coche aparcado en el arcén. Sonja va a dar justo en él. Alcanza la parte posterior del coche y sale volando por encima del manillar. Sonja aterriza en parte sobre el maletero. Lo primero que le cruza el pensamiento es que jamás hay que dañar los bienes ajenos. Lo segundo que le cruza el pensamiento es que le duele. Entonces oye a alguien reírse. Hay dos hombres y una mujer en el arcén. Se trata de la pareja que vive en la casa junto al viaducto y otro hombre que Sonja no conoce. Se ríen y bromean, mientras levantan la bici de Sonja. Tiene sangre en la mano y la esposa le pregunta brevemente por ella, pero la vergüenza le hace subirse a la bici. Conduce a casa con una mano sobre el manillar, baja por el camino de grava, penetra en el patio de la granja, entra en el recibidor, nadie en casa, afuera otra vez, se mete en el campo de cereal, avanza más y más en el cereal, se tumba con la mano alzada. Lloro.

Ahora Sonja llora. Está sentada en el alféizar de la ventana mirando las lechuzas manufacturadas. No comprende el llanto, pero el culo de Kate junto al bus se ha quedado pegado a él. Una especie de felicidad al pasar, piensa Sonja sobre él, y arranca un trozo del rollo de cocina. Ha tenido todo lo que ella quería tener en el orden en el que lo quiso tener, piensa Sonja. Kate jamás se ha desviado del camino, piensa, porque ahora se compadece de sí misma. El llanto lo siente como un preocuparse de sí misma, y el preocuparse de sí misma llega hasta su estómago. Se desata en la mandíbula, en cierto modo le hace bien, así que podría perfectamente seguir así. Pero de todos modos no puede continuar. Sonja se ha quedado seca, y sentada en el alféizar se plantea acudir al cementerio. Unas gafas de sol, una manta y simplemente ir allí a tumbarse. Pero eso siempre es la misma rutina, piensa Sonja, y se mira la mano. Una mano corriente perteneciente a una mujer. Ya nadie puede rastrear en ella que una vez se rompió.

11

Querida Kate:

Bueno, intentaré de todos modos escribir una carta. No dejes que eso te desconcierte. Pues en alguna cosa hay que entretener el tiempo, ¡ja, ja, ja, ja! El otro día conduciendo (mi nuevo profesor se llama Folke, así que nuestro coche es un Volkswagen, ¡ja, ja, ja, ja!) justo hablamos de Bjarne, o sea, Bjarne Cochino. Es extraño que adquiriese nuestra granja. Te dio una bofetada el día que terminaste con él. Creo que todos nos acordamos perfectamente de eso, aunque sí, ya sé que ha pasado mucho tiempo desde aquello y Bjarne siempre ha tenido un ego muy susceptible. Pero verse en la obligación de oler la mierda del hijo de puta local cada día, Kate, y sin embargo poner buena cara, supone ser toda una mujer. Y todo un Frank. Si Frank lo sabe, claro. Por aquí lo que se estila más bien es encontrar cada uno su segmento y luego encajar, no destacar jamás, convertirse en un camaleón y por lo demás huir de todas las relaciones. Echo en falta pegarme a alguien. Como una lapa. Quiero ser inconvencible, como lo son las relaciones biológicas, porque están recubiertas de teflón, y siento mucho lo que dije del paisaje muerto arriba donde Bjarne. No es sino porque tú eres mi hermana...

Sonja ha llenado la hoja completa por ambas caras. Ahora debe decidir si merece la pena agacharse a pescar una hoja nueva de la impresora. Podría haber escrito una tarjeta postal. Eso le habría otorgado un límite natural. Había cuatro tarjetas con brezo en la cajita de oferta. Pero daría lo mismo. De todos modos Sonja nunca va a enviar lo que ha escrito, así que no hay ninguna razón

para estropear las tarjetas. De repente hay que ir a una fiesta y resulta que no tienes una tarjeta, piensa Sonja, aunque ya nadie celebra fiestas. En Copenhague, las fiestas se han transformado en recepciones. Gente con estiletos y mocasines, vino y pinchos oscilan en torno, entablando conversaciones minimalistas entre sí. Mientras sus bocas apuntan en una dirección, sus ojos ya están en busca del siguiente grupito. Si bien todos los invitados pertenecen al mismo segmento y las conversaciones son por ello también una sola, en la gilipollez hay jerarquías, y Kate no entendería cómo ese tipo de cosas desgastan a una persona.

La ventana está abierta. Hace calor, muchísimo calor. Algo arde lentamente en el horizonte, pero se va a quedar en nada. Dentro de un momento, la carta de Kate descansará en la papelera. Se trata más bien de sacarlo del cuerpo. Cuando las cosas se quedan mucho tiempo en el cuerpo producen confusión. Ellen lo entendería, Molly puede que también.

Sonja sigue escribiendo la carta. Toma otra hoja y añade un par de escenas de su vida cotidiana, algún que otro comentario sobre mamá y papá, para terminar repitiendo que siente que ya no hablen la una con la otra. *Abrazos y saludos cariñosos, tu hermana.*

Sonja mira la carta y duda de hasta qué punto Kate recuerda que terminó con Bjarne durante las fiestas, que él iba ya muy cocido y entonces ella recibió una bofetada detrás del local de club. Nada más, simplemente una bofetada floja. No salió un moretón apreciable, solo una de esas cosas que sin duda lleva aparejada la vida sexual. Pero demasiadas cosas de ese tipo —y solo el cielo sabe lo que la gente contrae con el tiempo— vuelven al cuartucho de máquinas cuando Kate está sola en casa. No tiene que ser fácil vivir a diario con ello, y esa angustia irracional hace que Frank trepe hasta las turbinas. Son las que le impulsan a meterse en los aviones que van a África para después llegar allí y sentirse solo. Podría sentarse entre los baobabs con una cantimplora, sí, podría sentarse y cantar. En la sabana le sería posible ver con claridad, pero Kate le ha metido en el equipaje ropa interior limpia y un miedo atroz al ébola. Ébola, malaria, gripe aviar. El miedo habita pegado a Frank en su tienda tropical, y otra cosa no va a admitir Kate. Que el pasado haya de contener las piedras con las que construir el puente hacia un futuro mejor, eso no va con ella. Y tampoco está mal, piensa Sonja, pues el obligarse a recordar entre la gente de a pie se puso de moda con Ellen y Molly. Entonces todo

habría de salir: las cutículas sangrantes, la frustrada depilación de zonas íntimas. Paradontosis, espasmos vaginales, miedo de no estar a la altura, los guantazos cerviceros flojos con sus correspondientes moretones: hasta lo más mínimo. ¡Que salga la porquería a la luz! ¡Que salga!

Pero ¿quién es Sonja para predicar? Ni siquiera es capaz de recordar las desgracias que la señora de la túnica amarillo curry le prometió, mientras ella permanecía de pie apoyada en el frigorífico. Si uno no cree en lo oculto, no podrá defenderse de ello, constata Sonja. Y si uno cree en ello, lo va a llevar crudo, pero ¿cómo pudo verdaderamente ocurrir que papá y mamá le dejaran adquirir su granja a Bjarne Cochino? ¿Cuán práctico tiene uno permitido ser? Porque si uno se lo traga todo al final explota, piensa Sonja acordándose de los cerditos que una vez abandonaron su pocilga y tomaron forraje concentrado: de cómo yacían fuera, en el pasillo del establo igual que pequeñas bombas de relojería muertas, pero esa época es historia. Los cochinitos ya no escapan de sus pocilgas, y las vistas que tiene Sonja ante sí son bloques de viviendas que se erigen como piezas de Duplo. Silba el metro en el subsuelo y ella siente dolor en la cadera, la nuca y en la articulación humeral.

Lo que necesito es acción, piensa Sonja. Necesito algo que salga por encima de la horizontal. Un cierto empuje, una catástrofe.

Sonja abre el cajón. Abajo descansa la cubierta del último libro de Gösta y bajo la cubierta se encuentran los sobres. Sonja toma uno y escribe en él la dirección de Kate y Frank. Se sabe la dirección de memoria, y después a meter la carta que ha escrito en el sobre. Y ahora el franqueo. Rápidamente pasará de hoja A4 a catástrofe potencial. Empuje, piensa Sonja. ¡Acción!

Solo poco después de haber llegado al centro, mientras está decidiendo qué quiere para cenar, entra en razón. No puede enviar esa carta. Y no por lo de Bjarne. Sino por *el modo* en que Sonja se ha expresado en ella, sí, el propio tono de la carta de Sonja aumentará la distancia entre Kate y ella. Igual que en aquella ocasión sucedió con el paisaje muerto entre la nave de maquinaria y la pocilga. Aquella ocasión con el diablo y las gallinas ausentes, ese es el problema: las cosas que dice Sonja y el modo en que las dice.

Sonja no puede evitar sonreír. Ese chisporroteo del lenguaje suelta la musculatura de la mandíbula, pero fuera, frente a la tienda de ropa para mujeres de tallas grandes, alguien ha aparcado a un niño. El niño va sentado

en un cochecito mientras su mamá está mirando ropa grande. Al niño, que no puede tener más de tres años, le han dado una bolsa de bollos con pasas y ya ha empezado a comer en serio. Se le ha quedado bollo en la cara y sobre todo en los dedos. Los bollos se pegan al pequeñín y se le junta con algo de resfriado. El niño mezcla las migas de la masa, el pringue de las pasas y las secreciones de la región buconasal. Se oye como si el niño no pudiese respirar a causa de los mocos y el pan. Un poco más allá, la mamá ha metido la cabeza en un cesto al lado de la entrada de la tienda que contiene lencería talla XXL, y un poco más allá, al lado de Sonja, el niño se ha quedado parado con un bollo a la altura de la boca. Ha visto a Sonja y la mira igual que Sonja lo mira a él, fijamente. No hay motivos para afirmar que es un niño precioso. Pero le ha recordado a los cochinitos en el pasillo del establo que Sonja no puede apartar de sí. La manera en que yacían allí caídos con sus blancos vientres hinchados. Que estaban muertos y Sonja no podía hacerlos volver a la vida. Preguntó a papá si no habría algún método para que revivieran. El momento en el que la muerte se presenta terrible sin ser uno capaz de comprender lo que conlleva el «para siempre». Ella le imploraba que le ocultase la verdad, pero papá le dijo que no podían hacer nada. El tiempo marcha hacia delante. *Hay que enterrarlos y ya está*, dijo él. Aunque no fue así. Porque no fueron enterrados. Los echaron simplemente al estercolero, donde Sonja pudo ser testigo durante un largo período de tiempo del modo en que el blanco se tornó negro y de cómo un par de ellos terminaron en realidad explotando, era fascinante, era insoportable. Los cochinitos metieron la pata al atiborrarse de forraje concentrado. Sin embargo las consecuencias de cometer el más mínimo error fueron horribles, y poco después a Sonja le hicieron la caridad de introducirla en la Indre Mission, pero eso no ayudó, piensa Sonja y entonces va hacia el niño. Se sienta en cuclillas junto a él. Permanecen ocultos gracias a unas barras de ropa de la talla 44 a 56 mientras el bollo del niño titubea ante la boca.

—¿Te acaban de dar unos bollos con pasas?

Los ojos del niño revolotean en busca de la mamá.

—Pues es una bolsa bien grande.

El niño se echa hacia atrás para ver a la mamá.

—Ten cuidado, no comas demasiados —susurra Sonja, y vuelve a levantarse y mira hacia la mamá.

—Qué chiquitín más rico tienes —le dice.

La mamá sonríe y se lo agradece.

—Precioso además —dice Sonja.

12

Sonja se halla tumbada en la camilla por cuyo final sobresale. Está desnuda excepto por las bragas, y ella misma se ha elogiado precisamente por venir. Después de lo que pasó en el Dyrehave, bien podría haberse comportado como el avestruz. Le habría resultado más leve cambiar de masajista que presentarse con un nudo en el hombro derecho. Pero si uno quita ese afán interpretativo, Ellen es una extraordinaria masajista.

—Simplemente no conseguí volver a encontraros —dice Sonja.

—¿Y no podrías haber hecho pis detrás de un árbol sin más? —pregunta Ellen.

—Sí, a lo mejor habría podido, pero el tiempo era tormentoso y no me va demasiado hacer pis al aire libre. Ya no puedo. Porque me da miedo que me pillen.

Sonja les dedica un pensamiento a los perros de Balling, a los perros y a sus dueños. Era habitual restregar la nariz de los perros en los percances de los que habían sido autores. Se pretendía que aprendieran la lección y evitar que hicieran ese tipo de cosas en el futuro. Pero la pedagogía se transmitía a aquellos que habían sido sus testigos, y Sonja se ha percatado de cómo recientemente comprueba dos veces el pestillo cuando utiliza inodoros ajenos. Por pánico de que alguien abra la puerta de repente. De que la vean sentada en mitad de la desafortunada situación. Y de hecho prefiere árboles y arbustos, pero eso no se lo puede decir a Ellen. No ahora.

—Ocurrió en Jutlandia al borde de un lago —relata Sonja—. Yo había estado en el monasterio con algo de Gösta, aunque lo que hice mayormente fue tumbarme en el embarcadero a leer poemas a hurtadillas. Pero entonces me entraron ganas de hacer pis y los servicios se encontraban muy arriba. A lo largo del lago discurría un sendero. La gente daba el paseo dominical por

dicho sendero, sin embargo, no pasaba nadie. Así que decidí agacharme detrás de la pequeña caseta del embarcadero y orinar de espaldas al sendero. En esa posición estaba mientras orinaba bastante. No era capaz de terminar, y la gente en Jutlandia es silenciosa cuando pasea. Especialmente si se trata de gente mayor en activo, y así sucedió en este caso. No podía parar de orinar, aunque mis reflejos no fallaron en absoluto. De manera que me subí las bragas y di un paso al frente. Y así estuve a punto de caer al lago, que se cuenta entre los más profundos de Dinamarca. Era igual que un fiordo noruego, el agua estaba helada dos centímetros bajo la superficie, para continuar a treinta metros de profundidad con cieno y oscuridad.

Sonja no puede ver a Ellen, pero percibe su sonrisa.

—Puedes afirmar que tengo pis traumático —añade Sonja, y entonces Ellen se ríe.

Al fin. Bien. Estupendo. Ya vuelven a estar en la misma onda; risa y masaje. Sonja se imagina además que lo puede notar en el modo en que las manos de Ellen se deslizan por su espalda y en cómo bajan hasta la articulación del hombro en tensión.

—¿Alguna idea de por qué tienes el hombro tan tieso? —pregunta Ellen.

—Seguro que es porque he cambiado de profesor de conducir.

Ellen se pone contenta. Estruja los dos hombros de Sonja y dice que considera el cambio de profesor como un antes y un después en su tratamiento.

¿Tratamiento?

—En realidad yo también pienso que significa un avance —dice Sonja—. A pesar de que Jytte sigue en la autoescuela claro, y mi nuevo profesor...

Sonja tiene la impresión de que Mickey Mouse se mueve por el enramado del suelo. Se trata del perro una vez más. Debe venir cuando lo llaman y no lo hace.

—Bueno, y qué pasa con el nuevo profesor...

—Simplemente que debe enseñarme, por supuesto, a cambiar de marcha, pero tiene que sujetarme la mano cuando me enseña.

Aunque en la clínica de Ellen se suele otorgar significado a cada cosa, Ellen le dice a Sonja que no le dé importancia porque eso no significa nada.

—Pero me queda la duda de cuál es mi papel como alumna —dice Sonja—. Si prescindimos de las connotaciones sexuales, Folke no es ni mucho

menos un profesor de autoescuela cualquiera.

—¿Te gusta? —pregunta Ellen mientras frota a base de bien.

—Me gusta el hecho de que sea auténtico —dice Sonja—. El resto de él me interesa muy poco.

—¿Y qué hay de tu vida amorosa, si se puede preguntar?

Verdaderamente Ellen no puede preguntar. Pues qué pasa con ella, por cierto, piensa Sonja. No parece que te tengan en palmitas. Tu mirada lánguida, tus intentos de huida cósmicos, eso es porque pasas hambre, no buscas sino que te cautiven y te lleven lejos, así que mejor abstenerse de tirar piedras. Es la opinión de Sonja, y también Molly se ha ocupado siempre de la vida amorosa ajena. Que preferiblemente ha de parecerse a la suya. Pero la vida amorosa de Molly es caótica, angustia, está muy centrada en desbaratar el statu quo sin que el statu quo desconfíe. Tiene rachas durante las cuales llama continuamente a obreros. Siempre hay un ir y venir de obreros en casa de Molly y el abogado. Sin olvidar a los chamanes, las pitonisas. Son las cosas que le permiten a Molly tomar atajos en la vida, mientras que, por el contrario, los clientes de la clínica de Molly han de tomar el camino arduo. *A los infiernos y arriba de nuevo, es saludable para el alma*, dice Molly, sin embargo no lo quiere para sí. Cada vez que la angustia existencial empieza a succionarla hacia abajo, al aletargado mundo de las bacterias del ácido de la leche, Molly hace que los carpinteros repasen todas las ventanas de Hørsholm. Fontaneros, pintores y deshollinadores para lo práctico y danzas rituales para lo demás. De este modo es posible manejar el teatro de sombras chinescas, pero, por la noche, el telón se aparta para que dé comienzo el segundo acto. Entonces Molly, tumbada, no puede recordar sus réplicas. Suda, quizás es angustia, o quizá la menopausia. En cualquier caso resulta desagradable, así que por la mañana, una vez que el abogado se ha marchado a la oficina, telefonea al fontanero porque el grifo no funciona. No puede gotear, de ninguna manera, y el rostro en forma de corazón debe estar intacto, entonces ya está lista para la clínica. Que se encuentra en el sótano del chalet de Hørsholm. En el preciso instante, en que atraviesa el umbral se hincha de visión de conjunto y fervorosa competencia. No necesita ir más allá de la entrada de vehículos y ver que a sus rododendros les hace falta tierra ácida donde medrar, para que la demencia se apodere de ella; sin embargo, en la clínica tiene pinturas de colores, velas olorosas y poder sobre alguien que sabe menos, según ella cree.

—¿No quieres hablar de ello? —pregunta Ellen.

—¿De qué? ¿Dónde estábamos?

—En tu vida amorosa.

—Ah —dice Sonja, y calla, cosa que puede dejar confusa a Ellen, pero así ha de ser.

En muchos sentidos, mi mamá me hizo un flaco favor al creer que podría ser perfectamente yo misma, piensa Sonja. Si no me lo hubiesen permitido, me habría quedado con el lote completo, pero ahora ese barco ha partido. Mamá tiene que saber mejor que nadie que se exige cierta adaptación para entablar relaciones íntimas. Kate también lo sabe. Y papá.

Sonja mira hacia el suelo, tampoco puede hacer otra cosa. Piensa en cómo Kate ha sido siempre buena currante. Al igual que Ellen, su ocupación consiste en hacer la vida más fácil a los inválidos. Tiene dos hijos mayores que han volado del nido. Es dueña de un golden retriever y miembro de la federación de gimnastas. Hornea roscos y teje calcetines de lana para los ancianos pies de mamá y papá.

—Te estás tensando —dice Ellen.

—¿Ah, sí?

—¿En qué piensas?

—En mi hermana, creo.

—¿Quieres hablar de ella?

Sonja se yergue un poco sobre los codos. Es la nuca la que se tensa, y mira fijamente a uno de los ángeles de Ellen. Este en concreto lleva puesto un cordel alrededor del cuello y se columpia en la ventana.

—Realmente no —dice Sonja—. Es solo lo de la palanca de cambios. ¿Has conducido alguna vez un coche por Jutlandia?

Ellen lo ha hecho, y Sonja ya se lo imagina; lo bien que se le da, tanto marcha adelante como marcha atrás y el aparcamiento en paralelo.

—¿No te has dado cuenta de que conducen con la polla?

—¿Qué quieres decir?

—No, de verdad, que conducen con la polla. Como los hombres, primero yo, primero yo, primero yo. También las mujeres. Pegados al culo del coche que va delante, y esperando el momento de poder adelantar. Conducen por las largas carreteras rectas de Jutlandia en pequeños racimos con una separación

de un metro entre cada coche. Hay sitio suficiente para todos, y sin embargo conducen en pandillitas en las que se van acosando mutuamente. Mis sobrinos conducen así, es decir, con la polla. Se pegan por completo, y se quedan ahí, sintiendo el aliento de los demás vehículos en la nuca. Hay más muertos por accidentes de tráfico en Jutlandia que en ningún otro lugar de Dinamarca. Una vez, a mi mamá y a mí nos adelantó en una carreterita una mujer que a todas luces era vendedora de Tupperware. Al menos ponía TUPPERWARE en el coche que tronó al pasar por nuestro lado. Mi mamá tuvo que detenerse en el arcén para reponerse. ¿Te molesta que utilice estas palabras?

—¿Qué palabras?

—Polla, por ejemplo.

—Puedes emplear las palabras que quieras.

Perfecto, piensa Sonja, cara a cara con el Mickey Mouse de las tablas del suelo. Polla, polla y requetepolla.

La articulación de la mandíbula se destensa un poco cuando se pone grosera. Las palabras feas son buenas para la musculatura de la boca, además se sabe unas cuantas. Podría dejar caer un chaparrón de tacos sobre la clínica de Ellen.

—Me parezco a mi mamá —dice Sonja—. Poseemos ricos mundos interiores muy dilatados. Somos inteligentes. Pero no estamos ajustadas del todo como mujeres.

Las manos masajistas de Ellen aflojan su presión en la nuca de Sonja. Es como si hubiera dicho algo que pudiera hacer caer hasta los alfileres. Ha dejado sin aire la habitación como el golpe de un rayo, y Sonja, tumbada, espera que Ellen se lance a una interpretación, pero por lo que parece ha dejado pasar el momento.

—¿Y dónde estuviste entonces durante la tormenta sobre Bakken?

Sonja omite La Cafetera Azul y los músicos de Ballerup. Ahora Ellen y ella vuelven a ser buenas amigas. No es necesario que hable de la tarta de pisos. Tampoco sabe si se lo pasó bien en Bakken, pero fue preferible a seguir a Ellen mientras se adentraba en el Dyrehave, pues el Dyrehave tiene poco de natural. Los ciervos están demasiado domesticados, no son como los de las grandes manadas que irrumpían en el extremo más alejado de la tierra de papá. Entraban en los silos subterráneos de remolacha y era estupendo sentarse allí fuera a verlos tascar. Sus enormes orejas, su naturaleza de gacela, y verlos un

día de invierno atravesar los abetos. Trotando para salir a la parte más exterior posible de la landa. Allí fuera había un asentamiento de cisnes cantores. Sus picos amarillos, los largos cuellos blancos y, en un lugar de la periferia, el puesto elevado de papá como una gran trona vacía.

Era un paisaje repleto de fuerza, piensa Sonja. Papá se sentaba allí con el pretexto de ir a disparar. Yo me sentaba allí porque era el mejor lugar para ser yo. Sin embargo, buscábamos lo mismo. Cuando sobrevenía la angustia, el aburrimiento, allí nos sentíamos vivos. Salir al sitio más externo. Eso hacía papá, mientras que mamá tenía ese lugar dentro de ella, y yo quería los dos extremos. Lo más interior. Lo más exterior.

Sonja contempla a Ellen a través de los ojos entreabiertos. Desde esta posición no puede verle la cara y esos ojos que pesan, solo el vientre. Probablemente ella no lo sepa, pero su garganta emite un tenue gruñido. Un grato sonido mientras fricciona a Sonja, y por encima del cuerpo de Sonja se halla esa fuerza, o sea, aquella que se halla en la parte más extrema y sobre la cual a alguien como Ellen le gustaría poner sus manos. Pero eso no hay que buscarlo en el Dyrehave. ¡Que solo tiene el nombre: Parque de los Ciervos!, piensa Sonja, cosa que no es capaz de explicarle a Ellen. Cómo iba a entender ella que algunos fenómenos necesitan un vacío, un desierto, un silencio en donde no puede hallarse el ser humano.

—¿Y qué tal os fue vuestra meditación? —prueba a preguntar Sonja.

—Nos ocultamos en un pequeño arbusto —dice Ellen.

—¿Visteis los ciervos?

—¿Se llaman ciervos los bambis mayores? —pregunta Ellen.

Así es, y ahora Sonja debe girarse para tumbarse sobre la espalda. Cada vez que tiene que girarse sobre la espalda, Ellen le dice que su vértigo es psicossomático.

—Se trata de un desequilibrio.

—Sí, justo —dice Sonja.

—Y ese desequilibrio tiene su origen en algo espiritual. Hay algo en tu vida que está patas arriba. Algo que en su incertidumbre no sabe sobre qué pata apoyarse.

—A mi médico le parece más bien que son unas piedrecillas en el oído que tienen que asentarse.

—Pero los médicos son médicos.

Y las piedras son piedras, piensa Sonja.

13

El cielo se ha cerrado por encima de la clínica de Ellen en Valby. Sonja, tumbada sobre la camilla, ha escuchado el lejano retumbar. Al final se dejó caer, pero ahora ya está en pie de nuevo.

—Es como respirar bajo el agua —dice Ellen, y le propone a Sonja que se quede a tomar té hasta que se le pase.

Pero el gato de Ellen ha entrado en escena. Tiene casi veinte años, el pelo vedijoso, la mirada cetrina. Debe de ser algún tipo de persa. En cualquier caso, su rostro es plano, y a veces, cuando Sonja hace oscilar las piernas al borde del banco de masaje, él la mira fijamente sentado en la abertura de la puerta. A Sonja le gustan los gatos. Bueno, los zalameros y juguetones, pero mientras que los perros son el espejo del ser del dueño, Sonja no se atreve a pensar qué es ese gato.

—Sí que es mayor —dice Sonja ya en la entrada.

—Sí, no va a poder seguir adelante —dice Ellen, y mira preocupada al gato, que ha venido tambaleándose pegado a los talones de ellas dos. Entonces Ellen vuelve a decirle que gustosamente le ofrece una taza de té—. Tengo que contarte que me voy a América. Al Sur de California.

Tras el rostro de Ellen se enciende una luz que Sonja no había visto antes. Como un árbol de Navidad en la oscuridad de diciembre.

—¿California? —dice Sonja.

—¡Yes! California —dice Ellen.

Olvida el té y le cuenta entonces que Anita, la del Dyrehave, y ella se marchan a San Diego. Van a visitar a una mujer con intuición medicinal, famosa por saber, simplemente con observar a una persona, lo que le sucede. Y no solo eso: además es capaz de decir por qué a la persona le pasa lo que le

pasa. Se le da especialmente bien encontrar las causas psíquicas del cáncer de mama.

—Si una mujer no habla de las cosas, entonces eso se le deposita en el pecho.

—Pero por lo general las mujeres hablan bastante de las cosas —dice Sonja.

—De las cosas importantes. La vida emocional, la sexualidad. La relación con la madre y el padre. Con los hijos y los maridos.

—¿La relación con todo?

—Sí, se podría decir así.

Sonja no puede evitar pensar en Kate y la carta franqueada en el fondo del bolso. Por nada del mundo la enviaría. Solo tonteaba con la idea, pero que el hecho de *no* enviarla repercuta en el desarrollo del cáncer de mama emponzoña el asunto. Hay también algo turbio en la mirada del gato.

—La mujer intuitiva trabaja el vínculo entre las historias vitales y los historiales médicos. Tenemos que sacar las cosas. Expulsarlo todo del cuerpo.

Ellen hace movimientos defensivos con las manos. Los repite a menudo. Como si pudiésemos lanzar lejos lo dañino de nuestro interior simplemente con que fuéramos capaces de apresararlo con las manos. Sí, simplemente con que fuera tangible.

—Una vez estuve con una adivina —dice Sonja sin realmente proponérselo.

—¿Sí? —se ilumina Ellen.

—Sí, aunque yo no creía en ella, pero después comencé a creer porque..., bueno, porque me preocupó el futuro, y porque tengo el presentimiento de que me auguró uno, pero justamente no puedo acordarme de lo que dijo. Pienso que lo he reprimido.

Aparece la estrella en lo alto del árbol de Navidad interior de Ellen; ella huele a verde claro de abeto. Sonja tiene que abrirle la puerta, han de compartirlo las dos.

—Parece importante —murmura Ellen.

—Quizá —dice Sonja—. En cualquier caso dijo que yo tendría un amor desgraciado y así fue. Pero el resto lo he olvidado. Algunas noches tengo miedo de que dijera algo espantoso y por ese motivo no lo recuerdo. Mientras

que en otras ocasiones espero ansiosa que dijera algo maravilloso, y que sea peligroso acordarse de ello ya que entonces no ocurrirá. No creo en las profecías. En absoluto. Pero si uno no cree en lo oculto no puede protegerse de ello. Es una singular paradoja. Un nudo gordiano más bien.

Ellen inclina su rostro hacia el de Sonja. Dice:

—La vidente es una figura muy antigua.

El gato prueba a enredarse alrededor del pie de Ellen. Él es también una figura antigua, y ahora sí que se oyen unos buenos encontronazos a lo lejos.

—Bien, pues sí que es un largo viaje —dice Sonja—. Quiero decir a San Diego. ¿Así que viajaréis un poco por la zona ya que estáis allí?

—Nos vamos el viernes y regresamos a casa el domingo por la noche.

Es evidente que Sonja no lo ha comprendido bien.

—¿Entonces algo más de una semana?

—No, desde el viernes hasta el domingo.

—¿Vais a San Diego un fin de semana largo?

—Yes.

Sonja no sabe qué decir. Tampoco tiene por qué decir nada. A juzgar por la expresión en el rostro de Ellen no le queda duda de que su postura es radical.

—Si uno desea verdaderamente algo, no le queda más remedio que ir a por ello —dice.

Para ilustrarlo, tiende la mano hacia delante y oprime la parte superior del brazo de Sonja. No le agrada que la toque, siente ganas de tirar del brazo bruscamente hacia sí, de defenderse.

—¿Pero tres días? —repite Sonja, y se acaricia el brazo después de que Ellen lo haya soltado.

—Si uno desea verdaderamente algo, ha de ir a por ello —dice Ellen una vez más, mientras Sonja da un pasito hacia atrás en dirección al marco de la puerta. Teme que a Ellen se le ocurra echarle los brazos alrededor, apretarla contra ella. Le da miedo la luz de los ojos de Ellen, la puerta que tiene tras ella, que puede abrirse en cualquier momento para revelar qué es lo que se cuece verdaderamente, y Sonja ni siquiera la conoce. Tampoco quiere conocerla. Quiere tener sus fuertes manos sobre ella, no en torno a ella; no, no quiere que la acorrale, y logra evitar que vuelva a tocarla. En lugar de eso, Ellen le cuenta cómo la mujer con intuición medicinal coloca a las personas en

un círculo a su alrededor y es capaz de leer en su tejido conjuntivo.

—¿Leer? —murmura Sonja.

—Sí. El tejido conjuntivo es una clase de red que se pliega y despliega entretejiendo todos los órganos, músculos, huesos y articulaciones. El tejido conjuntivo «une» todos ellos unos a otros. Se ha descubierto que el tejido conjuntivo se opone de manera muy competente a las células cancerígenas, pero a su vez la formación de los cánceres tiene su punto de partida en el tejido conjuntivo. Una sorprendente duplicidad, pero eso ocurre sencillamente porque los estados anímicos están conectados con el tejido conjuntivo. El tejido conjuntivo es como un trozo de papel en el que vertemos todo lo inefable, que después evoluciona por ejemplo en un cáncer. Los traumas se depositan en el tejido conjuntivo. Jamás abandonan el cuerpo. Así que cuando tú, por ejemplo, sientes vértigo, es porque el tejido conjuntivo quiere decirte algo.

Es una teoría sugerente, piensa Sonja conteniendo la respiración, mientras los ojos de Ellen la buscan. Sonja tiene que dejarse guiar por ella. De ese modo podrían elevarse de la tierra juntas, y hasta puede que Ellen llorase, del mismo modo que está ahí toda iluminada. Sonja no lo sabe, lo único que sabe es que no quiere verse involucrada. No paga cuatrocientas coronas la hora para verse involucrada.

Sonja agarra el picaporte. El alivio que le ha proporcionado decir polla en la camilla ha remitido; la mandíbula vuelve a tensarse.

—La intuición medicinal es el futuro —dice Ellen—. La medicina moderna ha entrado en crisis.

Sonja mira hacia abajo al gato de Ellen. Parece una espadaña a la que han comenzado a quitarle la pelusa.

—De manera que Anita y yo nos marchamos —continúa Ellen saliendo ya por la puerta—. Lo digo simplemente porque no tendrás masaje la próxima semana.

Retumba sobre Valby y el árbol interior de Navidad de Ellen llamea. Sonja dice que haya o no tormenta es ella la que ha decidido acudir. Ellen no va a convencerla de que se tome un té, no. Se despiden fuera, sobre las losas del jardín. Sonja le desea un buen viaje y al momento está encima de la bici. Pedalea a través del barrio de chalets cuando caen las primeras gotas. Poco después el cielo reacciona con violencia y se avecina una gran comunicación

entre cielo y tierra.

14

En alguna parte entre las avenidas de moda del barrio de Ellen, alguien ha levantado un refugio. En el refugio hay un banco. Para que los vecinos puedan sentarse allí a compartir una litrona. Pero el tipo de gente a la que le gusta sentarse al aire libre con una litrona no se puede permitir vivir en este barrio, así que vive en otros sitios. En este momento, la bicicleta de Sonja permanece apoyada contra el refugio, mientras ella se encuentra en el interior escuchando la tormenta.

Intuición medicinal, fuerzas cósmicas, piensa, y se siente un poquitín ensuciada. Como si se hubiera traído un charlatán a casa, sí, como si la soledad la hubiera hecho vulnerable al asalto de un vendedor. Ahora nota olor a incienso, pero también podría ser al ambientador del arbolito, agua de colonia barata, manta de coche y pringue entre los muslos.

¿San Diego?

Las cosas que mueven a la gente.

Aquel chamán detrás del que corría Molly durante una época era belga. Largo y blanco como una tenia y casi igual de voraz. Correteaba por el bosque de Hareskov, al norte, tocaba el tambor y lanzaba salvia. Hijo de un funcionario de Bruselas, estaba no obstante en plenas condiciones de echar maldiciones en los suburbios daneses. La angustia que puede generar en el mundo un pequeño margen de incertidumbre acerca de la verdadera naturaleza de todas las cosas, piensa Sonja, porque Molly quería que el chamán la penetrara por detrás. Tenía que acudir cuando ella lo llamaba para que le diera un meneo como es debido. El abogado era un buen padre, pero a Molly le iba más una polla hechicera. En ese momento lo denominaba pasión, sin embargo le entró miedo cuando terminó con la relación. Entonces cerraba las ventanas, o lloriqueaba sentada en el café con Sonja. Le extrañaba que el chamán

podiese haberla seducido. A ella, una psicóloga, y a Sonja también le parecía curioso. Pero quién soy yo para juzgar, piensa Sonja acordándose del personaje amarillo curry de la adivina en la cocina de Molly.

Desearía poder recordar mi futuro, piensa Sonja. Pero a la vez desearía poder olvidar que me auguró uno. Si es que me auguró uno.

El cielo se enfurece. Golpea una y otra vez, la tormenta viene rodando del sur. La lluvia golpea contra el asfalto, y el malestar relacionado con Ellen disminuye cuanto más llueve.

El trueno es una buena cosa. Cuando mamá y Sonja se sentaban a beber café arriba en la buhardilla, papá prefería correr abajo por el salón. Desenchufaba los aparatos de televisión y procuraba mantenerse lejos de las ventanas. No bastaba con sentarle en el coche y asegurarle que ahí estaba a salvo. *Pero seguimos tocando la tierra*, decía él. Desde el punto de vista puramente mental no significaba nada que hubiese cuatro neumáticos radiales entre la gran sacudida y él. En su cabeza, papá siempre tocaba el suelo. Con suerte, si él no estaba en casa, mamá y Sonja se descalzaban cuando tronaba. Entonces chapoteaban dentro del lago que la lluvia formaba en el patio de la granja, mientras Kate gritaba que pararan.

Desde luego parece realmente extraño que nos atreviéramos, piensa Sonja. Como si estuviésemos en riesgo de morir por ese tipo de cosas, aunque desde luego no fue nuestro caso.

Ahora el cuerpo zumba. Se liberan pequeñas dosis de endorfina. Es el masaje, que la aferra desde el interior. Tiene el hombro derecho caliente, vivo. Aún siente dolor, pero lo nota caliente, vivo. Como la sangre al correr de nuevo por una mano congelada, y el cielo hace lo mismo, se vuelca. Cuando llueve en esas cantidades no puede ver la ciudad en la que ella se ha extraviado. Ni siquiera puede oírla. Los ciudadanos han desaparecido, con los coches detenidos a un lado. La gente está en sus cocinas temiendo por los cimientos. Se colocan bajo los toldos para mirar con fijeza.

Sonja se saca los zapatos y estira las largas piernas. Qué grata sensación librarse de los mocasines. Piensa en el amor, pues Paul sigue siendo una parte viva de su conciencia. Qué rostro tan insinuante tenía, ahora que vuelve a pensar en ello. Causaba impresión, Paul, pero si no hubiese sido porque a Sonja le cuesta olvidar cualquier cosa —excepto el futuro, que ha desaparecido—, la impresión no habría durado tanto tiempo.

Allá en Balling se follaba con lo que uno tenía a mano. Pues no iban a ir a ninguna otra parte. Había que escoger entre la oferta, no demasiado grande. Pero uno aprendía a conformarse, aprendía a tolerar. Y a persistir. Aunque no en el caso de Sonja.

Una vez, cuando Sonja tenía dieciséis años, Kate le dijo que debía darles tiempo a las cosas. Que debía continuar saliendo con Kenneth. Kenneth no tenía nada en contra de las chicas altas, y tampoco era necesario estar enamorada de un tío para empezar con él. Si le daba un poco de tiempo, crecería en su interior el afecto. Como el musgo, más o menos, o las células de la levadura. En cualquier caso se extendería cuando se enredaran el uno en el otro. Porque el entorno se acostumbraría a dicha constelación. Bien puede ser que el papel por desempeñar fuera plano como una tortita, pero no exigía ningún esfuerzo personal, aparte de tener que seguir bailando en plan lento y agarrado con Kenneth. Seguir notando la lengua de Kenneth en la cavidad bucal. Permitirle a Kenneth que metiese su mano en las bragas y empujase hacia arriba con los dedos. Lo que se buscaba era eso: elegir o procurar ser elegido. Cuando la situación se hubiera consolidado ya no habría problemas. Todos respirarían aliviados. Uno había dejado de ser un extrañado en potencia o un traidor a su clase.

Y entonces Kenneth invitó a Sonja al cine para ver *Acusados*, con Jodie Foster, pero Sonja ya la había visto. Kate opinaba que eso daba igual, pues se trataba de hacer hervir la olla. Pero Sonja había visto *Acusados* y sabía que cinco o seis hombres violarían por turnos a Jodie Foster sobre una máquina de pinball como la que había en el local del club deportivo. Sonja no se sentía capaz de exponer la relación a eso, así que dejó a Kenneth esperando en vano delante del cine. Medía un metro sesenta y siete, el benjamín de la explotación hortícola. Un buen chico. Amable con los animales, y desde luego Kate no lo comprendió. Creía que Sonja había infringido el *modus operandi*.

No obstante, mantenerme alejada de Kenneth es lo más sensato que he hecho en mi así llamada vida amorosa, piensa Sonja, mientras el cielo estalla sobre ella. Y luego aquella vez en que Tonny, ese con el que se casó Marie, se plantó en la entrada trasera de la casa de Kate y Frank, habíamos hecho una barbacoa y la gente estaba bebida, y se sacó la polla.

Allí estaba junto a la secadora de Kate diciendo: *¿No quieres metértela en la boca?*, y parecía Mickey Mouse, sí, parecía Mickey Mouse, con las

enormes orejas, mientras que su polla parecía más bien un tulipán. Un tulipán blanco cuando empieza a germinar. Y de la misma forma que se revisten de poder las que pertenecen a la clase de las que siempre están dispuestas a meterse una polla en la boca, no se debe subestimar el poder que radica en no querer meterse la polla en la boca.

Sonja recoge los pies hacia sí. Repasa la lista de hombres. No es que haya sido apabullante, aunque en todo caso ha dejado su huella. Como los coitos cutres. Carne mollar, lanolina, sabor a goma. Palle Mikkelborg y las cabinas de ducha, y ya, en la temprana edad adulta, los intentos de conversiones, afianzamientos. Primero el catedrático universitario que estaba casado, luego el compositor, pero bebía, y cómo se le pudo ocurrir la idea de que iba primero a convertir a un narcisista y después a un alcohólico resulta inconcebible mientras está sentada ahí, liberada de sus mocasines. Sin olvidar la etapa de los hombres recién divorciados. Paul, por ejemplo.

Él se encontraba en el monasterio de la camarera de habitaciones visionaria en la lejana Jutlandia. Era una mañana temprano, y lo primero que Sonja vio fue la luz de su cara. Ahí lo tenemos, pensó: el amor desgraciado.

Paul afirmaba haber visto el fantasma en la habitación número 10. Echado en su cama, no era capaz de conciliar el sueño. Los sonidos de la carretera se extendían por el páramo. Parecía como si el paisaje en torno a él rejuveneciera. Miró hacia el escritorio y de él surgió una neblina. La neblina fue hacia la cama donde él descansaba y tuvo que sentarse para verla mejor. Porque se trataba de una mujer. *Ahora no me atrevo a volver a dormir en la habitación número 10*, dijo. *¿Dónde duermes tú?*

Sonja dormía en la habitación número 7 y creía que el fantasma era un hombre con perilla de chivo. Paul dijo que en eso se equivocaba: *El fantasma es una mujer no muy diferente a ti*.

Entonces Sonja se sintió sospechosamente aliviada en parte, y además pensó que estaría bien superar la fase del amor desgraciado. Así podría pasar página. Después, claro. Ella sonrió y automáticamente el rostro de Paul subió de temperatura. El calor se precipitaba por todos los orificios de su cara, y Sonja no tenía muy claro si sería la espectadora de un truco. Creía que *ella* motivaba el calor en el rostro de Paul. Pero se equivocó, pues la naturaleza ha querido que la mujer se entregue y bien que vio los signos. Pues no sería que Paul no le contase que le encantaba Gitte Hænning cuando era una estrella

adolescente. Y no sería que Paul evitase firmar sus cartas con alias chistosos. Ponía: *Saludos cariñosos, Paul Pedant*. Ponía: *Saludos cariñosos, Miss O'Gyne*.

Pero Sonja debía pasar por el enamoramiento. Fue duro, y ahora no es capaz de cruzarse con rostros que reluzcan demasiado, como las calabazas de Halloween por ejemplo, sin pensar en Paul. Paul y la chica de veintitantos a la que él prefirió en realidad. Una que lo admirara y quisiera casarse con un papi.

Tengo la desafortunada tendencia a amar a hombres que no me ven verdaderamente, piensa Sonja. No me ven, pero yo soy combativa, como dice mamá. Puedo lograr cualquier cosa, dice: *Yet I can't make you love me if you don't*, piensa Sonja, aunque no es capaz de acordarse de quién cantaba esa canción. Se ve forzada a desenterrar su smartphone del bolsillo de los pantalones cortos. De un vistazo rápido consulta la red. Bingo, Bonnie Raitt, pero ahora Sonja ha olvidado qué razón la ha llevado hasta ahí. Ya no es capaz de ir más allá porque se le ha cerrado esa vía, y el reflujó del agua de lluvia en el asfalto forma olas. Dentro de un momento aparecerán las ratas, piensa. Cuando el nivel del agua sube en las alcantarillas nadan hasta la superficie. Cuando el agua llena por completo las alcantarillas las ratas buscan las tapas. Cuando el agua llega también hasta ahí las ratas se ahogan, y eso está bien. Sí, eso está bien.

15

Si desde Balling se emprendía la ruta que llevaba bastante al sur, al río Skjern, para luego salir hacia el fiordo de Ringkøbing, uno se encontraba con una landa. En aquellos lugares nació mamá y el nombre de la landa era Lønborg. A diferencia de otras landas de Dinamarca, nunca se había dedicado al cultivo, contaba mamá a menudo. Se componía básicamente de grava y arena, y resultaba difícil hacer que allí germinase siquiera una brizna. Durante milenios se había mantenido intacta, sin que la tocara la mano del ser humano, vasta, enigmática y veleidosa. La gente relataba cómo se extraviaban en la landa. Afirmaban que, aunque poseyeran puntos de referencia fijos en el paisaje, el paisaje no era estático. Giraba, cambiaba de forma, hacía lo que le daba la gana. Cuando mamá era joven, se mudó a la zona un americano que no temía al paisaje. Todos los fines de semana iba a la landa, *Come rain, come shine*, y desaparecía regularmente. La esposa hubo de llamar varias veces al jefe de policía, pero el hombre siempre terminaba por aparecer. Entonces la esposa lo reprendía por no tener cuidado. Pero sí que lo tenía: el americano anudaba lazos rojos en ramas secas y pintaba con tiza cruces sobre las piedras, sin embargo las marcas para orientarse eran proclives a cambiar de sitio en la landa. *El tiempo y el espacio se comportan de manera diferente allí*, sostenía el americano, y sabía de qué hablaba, pues en Estados Unidos hay paisajes vírgenes tan extensos y de tal abundancia que han desarrollado conciencias propias. Todo americano del Medio Oeste sabía que las praderas, las montañas, los profundos bosques poseían mentalidades singulares. *Se han alzado por encima de las leyes a las que nosotros nos sometemos, o, mejor dicho, nunca se supeditaron a ellas*, decía el americano, y afirmaba que la pequeñez de la conciencia humana es ninguneada por completo en dichos parajes. La naturaleza se desplazaba hacia la derecha, hacia la izquierda, se

elevaba y curvaba igual que se curva el universo. Un minúsculo ser humano se extraviaba, y la naturaleza se expansionaba mientras él daba vueltas buscando la civilización. *Pero el americano, contaba mamá, se sentaba en una piedra y ahí se quedaba hasta que el paisaje se detenía. Entonces se marchaba a casa. Dichoso, afirmaba él, y el párroco local se ponía de su lado ya que invitaba a la gente a mantenerse alejada de la landa. Existen fuerzas allí con las que no se debe bromear, opinaba el párroco.*

¿Qué clase de fuerzas, mamá?

Fuerzas femeninas, supongo, decía mamá. Y Sonja salía al punto más extremo.

Atravesaba el plantío de árboles para salir al espacio abierto e iba más, mucho más lejos. Llegaba hasta donde estaban los cisnes cantores y se sentaba allí como el americano se sentaba en la Landa de Lønborg: ella cedía la soberanía, volvía a ser ella misma, dejaba atrás a las personas y era dichosa con sus zuecos de madera amarillos.

Pero la calle Søndre Fasanvej se introduce en Frederiksberg. Dentro de un momento, Sonja deberá bajar del autobús y no sabe qué pasará si Jytte se encuentra esperando frente a la autoescuela. ¿Qué pasará si se pone hecha una furia? ¿Cómo te escondes de aquellos que se enfadan para sentirse vivos? Los hay por todos lados, y además resulta difícil volverse invisible en un mundo plano como una tortita. El nerviosismo va palpando a Sonja por dentro. A causa del paseo en coche con Folke, pero también por miedo a una confrontación.

Sonja pulsa el botón de parada y se levanta cual jubilada. Teme marearse, así que se ve obligada a mantener la cabeza quieta al tiempo que se desplaza. Ahora ni hablar de escorarse. Bajar las escaleras del autobús, salir a la acera de la ciudad, con cuidado, con cuidado. Y no porque en este instante sienta vértigo. Sino para que no le sobrevenga. A Sonja no le gustaría sentarse junto a Folke sin estar en plena posesión de sus cinco sentidos. Las manos de él son diligentes, sus dedos largos, y Sonja lleva libros en la mochila. De cuando en cuando cuele una novela histórica en las pausas entre los Gösta, y puede que a la esposa de Folke le guste también este otro género, y ha de ser como si la esposa fuese en el asiento trasero.

Sonja se mueve a pie a través de Frederiksberg. Piensa en la carta que aún se halla en la mochila. Aunque sea bueno para el tejido conjuntivo no va a

enviarla. No, no quiere hacerlo, y al mismo tiempo tiene la esperanza de que Jytte haya salido a conducir con alguien. Desde que Sonja empezó con el carnet de conducir les dedica mayor atención a los coches de autoescuela. Debe de ser lo mismo que les sucede a las madres cuando ven a otras mujeres con cochecitos. Están en el mismo barco. Igual que las células de una organización guerrillera no necesitan ponerle palabras a su realidad. Son capaces de decirlo todo con una mirada. No hay motivo para gesticular, ya podría Jytte aprender algo de ello, piensa Sonja mientras baja por Gammel Kongevej.

Hay coches de autoescuela prácticamente en cada cruce. Detrás de cuyos volantes se sientan jóvenes concentrados. De vez en cuando Sonja ve también a una persona madura con mirada avergonzada, pero lo que Sonja vigila en este preciso instante es el asiento del profesor.

¿Jytte?

No.

¿Jytte? ¿Jytte...?

No.

Sonja gira para meterse en la calle de Folke. Se trata de una callecita guarnecida de coches. El coche de Folke es fácil de localizar. Parece la zapatilla deportiva de uno de esos altísimos afroamericanos, sin embargo Sonja no se siente segura según se va acercando a él. Detrás del coche ve vagamente que algo asoma. Teñido de henna y echando humo.

¿Jytte?

Sí.

Ha salido de su Hyundai para fumar y a esa distancia es posible afirmar que Jytte tiene por delante unos siete minutos de cigarrillo. Como Folke sostiene, puede ser que Jytte tenga un corazón de oro, pero su corazón ha sufrido un rasguño, y aquí llega Sonja la amotinada.

Sonja se halla en mitad de la vida, una mujer adulta que no se atreve a ir hasta donde está Jytte. La situación la bloquea de manera tan drástica que le parece que se desdobra en dos. Por un lado, está la Sonja que sabe que lo correcto sería comportarse de forma madura, pero por otro lado se identifica también con aquella que por nada del mundo querría verse enfrentada a su propia traición. Jytte tiene que haber recibido un fuerte revés cuando Folke le descubrió que Sonja era otra de la que había fingido que era en el coche.

Fingir fingir... Jytte la forzó a entrar en su mundo y dio por supuesto que Sonja formaba parte de él. Igual que si hubiesen tirado de ella para meterla dentro de la cabina de Jytte en la piscina, y una vez allí Jytte se hubiera quitado toda la ropa, desprendido de sus bragas tamaño grande y vertido su cólera sobre los conductores del globo. Mezcló a Sonja en las cuestiones de su familia y le reveló que se teñía las puntas.

Seguro que pensaría, Jytte, que difícilmente Sonja iba a emprender la huida con todo lo que sabe acerca de ella. Si la había hecho su confidente. Y aun así Sonja logró escabullirse de la cabina, y ahora Jytte está un poco más allá echando humo.

Con cautela, Sonja se refugia en el vano de una puerta. El portal pertenece a un club de ajedrez local que según parece solo abre en horario vespertino-nocturno. Cuando Sonja acudía a las clases teóricas con Folke, veía con frecuencia a los jugadores de ajedrez tras el vaho de los cristales deteriorados. Todos hombres y varios de ellos significativamente altos. Mientras ella peleaba con el candado de la bici, salían de vez en cuando a fumar en la oscuridad. Entonces allí, altos y con la coronilla rala, se ponían a discutir enroques. Sonja sentía que con ellos se estaba a salvo. Tenían algo de círculo protector, desprovisto de peligro, casi inspiraban confianza, pero ahora es por la mañana. El interior del local parece vacío y Sonja se ha escondido en el vano de la puerta. Tarde o temprano llegará el alumno de Jytte y entonces habrá vía libre.

No es sino una especie de miedo, piensa Sonja. De todos modos no deja de ser irracional, piensa. He adquirido un artículo en la tienda de Folke. Jytte es una persona adulta, en definitiva un tipo de educadora. No es posible que yo tenga miedo de lo que ella sienta.

Con precaución saca la cabeza del vano de la puerta. En el extremo derecho de la imagen solo es capaz de ver ahora a Folke. Se ha situado sobre la escalera que hay allí. Folke y Jytte charlan como si nada hubiera pasado, entonces algo se abre detrás de Sonja.

—Disculpe, ¿me deja pasar?

Un hombre en la escalera del portal quiere salir a la calle. Es alto. Semejante a uno de los ajedrecistas, delgado como una lombriz, solo que este lleva un cochecito. En el cochecito va sentado un niño disgustado. No quiere salir, y desde luego no en esa compañía.

—Por supuesto —dice Sonja echándose a un lado rápidamente.

El cochecito supera el umbral de la puerta. El ajedrecista está enfadado con el niño, el niño está enfadado con el ajedrecista. En el cochecito el niño se pone chulo y el ajedrecista reacciona también con cierta violencia sin tener en cuenta la losa de piedra. Entonces el niño pierde su peluche.

—Ya puedo yo —dice Sonja.

Se agacha de inmediato en busca del peluche y ya lo tenemos ahí: el vértigo posicional.

Un ataque en condiciones. Uno de esos que hacen que los ojos se pongan a centrifugar. En algún lugar de su cabeza se cierne la oscuridad y se ve obligada a echar mano al ajedrecista. Le agarra del codo, perdido por completo el control de sí misma se aferra firmemente al codo. Su cuerpo se abalanza, la mente se nubla, pero en plena sensación de perder el equilibrio Sonja alcanza a pedir disculpas.

—Me he mareado un poco —dice.

—¿No deberías sentarte? —pregunta el ajedrecista.

—Sí, gracias —dice Sonja, pero se trata de un ataque importante.

Tiene dificultad para sentarse sin estamparse al mismo tiempo contra el muro. El ajedrecista suelta el cochecito, Sonja echa mano de su pierna, después lo agarra con fuerza y él la agarra con fuerza, ella está a punto de llorar. Acontece repentinamente de forma inesperada. Sentir el tacto de los vaqueros del ajedrecista y debajo de ellos la dura espinilla, la piel.

—¡Vaya, hombre! —dice él.

El cochecito con el niño enojado rueda acera abajo, pero el ajedrecista es un hombre de hoy en día, así que agarra con una mano al enojado niño mientras con la otra mano sujeta a Sonja. En un lugar lejano Jytte apaga su cigarrillo, aunque Sonja no lo ve. Sus ojos se encuentran cerrados y aturcidos.

—¿Ya estás sentada?

—Sí —dice ella apoyando la cabeza contra la puerta que tiene detrás—. Así, ahora solo tengo que mantener la cabeza quieta un momento.

—¿Seguro que no quieres que telefonee a alguien? —pregunta el ajedrecista, quien sin duda ha de ser un papá que vive en ese portal.

Lentamente los mundos de Sonja se asientan unos sobre otros. Ahora puede ver al hombre que la ha ayudado. Lleva el malestar pintado en la cara, un niño

alterado en el cochecito y una mujer alrededor del tobillo. Sonja le suelta y el niño grita. No quiere, quiere salir, bajar y entrar de nuevo. Pone gran voluntad en no querer este niño. Es posible que su mamá se encuentre en algún lugar de allá arriba, dentro del piso, quizá después de peinarse se ha sentado con una taza de café. O quizá está de pie delante de la ventana, y mira a Sonja, al cielo, a las palomas que se elevan en grandes grupos.

—¿No debería telefonear a alguien?

El ajedrecista ha sacado su smartphone.

—No, solo necesito quedarme sentada un momento —dice Sonja—. Se trata de una dolencia denominada VPPB.

Demasiadas letras para el ajedrecista.

—Vértigo otolítico —intenta de nuevo.

Siguen siendo demasiadas letras.

—Un trastorno genético.

El niño, ahora Sonja puede ver que es un chico, se está desintegrando por momentos. Resbalan lágrimas de todos los orificios de su cara, y se niega a permanecer sentado.

—Te vendría bien un bollo con pasas para él —dice señalando.

—Si no crees que deba telefonear a nadie...

—No es necesario, mejor ocúpate de él —dice ella, pues a quién podría llamar.

Ellen está suspendida en el aire, Molly dibuja jirafas en la clínica, Kate no atiende el teléfono, y mamá y papá son mayores. No hay nadie que pueda acudir en su ayuda, además ya se siente mejor. Estira sus largas piernas que arrastra sobre la acera. Las manos descansan en el regazo mientras escucha al cochecito rechinar calle abajo seguido por los pasos del ajedrecista.

—¡Gracias! —grita Sonja tras él, pero resulta difícil saber si lo ha oído cuando él volvía la esquina.

Focaliza la vista sobre un mirador en el edificio de enfrente. En el mirador ve una planta y junto a la planta una jaula. Dentro de ella hay un pájaro, es de color amarillo. Parece alicaído, o a lo mejor no es un pájaro. Pueden comprarse pájaros de ceiba, muertos desde el primer momento. Y me enfrento a un posible conflicto con Folke, piensa Sonja, pues ahora sí que es tarde. No puede poner la excusa de que se ha mareado.

Jamás debe revelarle a Folke que le dan vértigos, en absoluto.

16

Jytte se ha marchado, vía libre, y Sonja se ha sentado con cautela en el interior del coche de Folke. Mientras Folke trastea con sus papeles de la autoescuela ella coloca la mano sobre la palanca de cambios. Quiere asegurarse de que sabe dónde está, pues es importante no mirar demasiado hacia abajo durante la conducción. Clava la cabeza de la palanca en la palma de la mano y repasa la estructura en H de la palanca. Sin diagonales, sin diagonales. Entonces nota la mano de Folke sobre la suya, es cálida y aprieta suavemente.

—En este negocio hay que llegar a tiempo.

Un suave calor emana de la mano de Folke, aunque no está segura de que le agrade. Le quiebra la garganta, no, no le agrada. En otro contexto a lo mejor, pero ella paga por aprender a conducir un coche, no para sentarse aquí a intimar.

—Es cierto, lo siento —dice Sonja mientras su mano se escabulle de la de Folke como una platija bajo una chancla de baño—. Pero te he traído unos libros, están en el asiento trasero. Son para tu mujer. Me pareció entender que le gusta leer.

Folke abate sus gafas de sol y vuelve a revisar los papeles de Sonja. Además saca de la puerta una bolsa de gominolas de osito. Son de un alumno que olvidó traer sus papeles a la clase de conducir. Así son las normas: cuesta una bolsa de Haribo si uno se olvida. Sonja agradece el ofrecimiento de un osito pero no quiere, y hasta que no tiene la boca llena Folke no se gira en busca de los libros. Ha tomado el sol en su calva coronilla durante el fin de semana. También parece que se ha recortado la barba. Así que es probable que hayan estado en la casa de veraneo, piensa Sonja. La podóloga se ha relajado junto a Gösta mientras Folke miraba el mar. Es de los que pueden sentarse mirando el mar durante largo rato, piensa Sonja a la vez que Folke mete un

dedo en la bolsa de libros.

—Te veo un poco rígida —dice él dejando en paz los libros del asiento trasero.

—Tortícolis.

Ella ha desplazado el asiento hacia atrás. Para mantener la cabeza recta. Durante la próxima hora no hay que matar, piensa. He de conducir con toda la tranquilidad que me sea posible. Gira todo el cuerpo cuando vayas a mirar el ángulo muerto, se dice a sí misma, mientras Folke le cuenta que el masaje tailandés podría serle de ayuda. Lo sabe por Jytte, que conduce con una tailandesa llamada Pakpao y a Pakpao se le da bien el masaje tailandés. Algunas veces, Jytte siente un dolor increíble en algún punto entre los omóplatos, y por otro lado Pakpao no dispone de suficiente dinero para las clases de conducir, de manera que se meten en alguna bocacalle.

—No es legal —dice Folke—, pero aquí en el mundo real resolvemos los problemas según van surgiendo.

Sonja fija la mirada en un punto, el letrero del supermercado Netto situado más allá en la misma calle. Si no fuera porque su mundo se limita a concentrarse en no matar a nadie, a lo mejor le habría dicho a Folke que no es razonable exigir a Pakpao que en cualquier tesitura pague en especie, pero Sonja no tiene que matar, además qué le importa a ella la parte trasera del corazón de Jytte.

—Hoy iremos por autovía —dice Folke.

Sonja mira fijamente el letrero del Netto. Luego su mirada se desvía al trozo azul de cielo sobre los tejados de las casas de Frederiksberg.

—Vamos a sacarlo para darle algo de avena —dice Folke.

Sonja ya ha probado antes la autovía, no es esa la cuestión. Las autovías le gustan porque son rectas, y hoy en particular le viene muy bien que sean así. Pero por lo que ella sabe también se hallan repletas de ángulos muertos. En una ocasión, conducía con Jytte el trayecto Folehaven-Vallensbæk, y a Sonja se le ha quedado grabada la sensación de estar cometiendo un suicidio cada vez que Jytte gritaba: ¡*Cambia de carril, joder, aiquer, aiquer!*

—Pero no he pasado de la cuarta marcha —dice Sonja.

—Pues hoy pasaremos a quinta, puede que incluso a sexta —dice Folke frotándose las manos.

Como si estuviera calentándose las.

Sonja arranca el coche y mira hacia atrás en busca del ángulo muerto, para lo cual gira todo el torso. Por nada del mundo la cabeza debe rotar sola.

—No es necesario un giro tan pronunciado —dice Folke.

—Bueno, tampoco pasa nada por hacerlo a fondo —dice Sonja asustada.

No, pánico. Le pitan los oídos. Las piedrecillas se han desprendido en su interior. Flotan girando en agua algo turbia igual que la nieve en una bola que compró una vez en Himmelbjerget. Fue durante una excursión en segundo de primaria. Papá no era partidario de que llevase dinero a la excursión. *Desde luego no a esta edad*, dijo, pero cuando papá no la veía, mamá metía de cuando en cuando dinero en el bolsillo de Sonja. *Compra alguna cosa en Himmelbjerget*, dijo mamá, y así compró una bola de nieve con el barco de vapor *Hjejlen* en su interior. La guardó en un armario para que Kate no la viese. Ni papá. Pero algunas veces, antes de irse a dormir, iba por la bola y le daba un buen meneo. Entonces revoloteaban las escamitas blancas en el denso líquido. El *Hjejlen* se halla en el lago Jul y en torno al lago Jul el haya siempre estaba floreciendo. Pero luego llegaba la ventisca de nieve, una tormenta de escamas se depositaba sobre el paisaje. No era nada del otro mundo pero había algo en la transformación que Sonja adoraba, y el pasado invierno estuvo en Estocolmo. Un seminario de Gösta, donde Gösta iba a contar cómo la gente debía traducir sus libros, aunque, no conforme con eso, contó además cómo había que escribir libros, y en determinado momento afirmó que un comisario de la brigada criminal tenía que poseer una singularidad. El comisario tenía que poseer una singularidad, es decir, un rasgo que le impulsara a mascar cerillas o a coleccionar coches de juguete. Aparte de la singularidad, el comisario debía beber y tener problemas familiares, mejor si era con una hija. Igual que un buen padre, Gösta hizo partícipes de este tipo de cuestiones a los traductores procedentes de muy diversas zonas de Europa. La mayoría de dichos traductores habían sido formados en universidades de gran solera, pero sus conocimientos ya no iban a serles de utilidad. Durante los almuerzos, Gösta les hablaba de su casa en Gotland, las ventanas panorámicas y las perspectivas de la auténtica Suecia. Los días eran largos, de modo que al caer la tarde Sonja se daba una vuelta por el Gamla Stan, el casco antiguo. En un escaparate se exponían bolas de nieve, bien grandes. En el interior de las esferas había castillos, y paisajes como solo se ven en América. Sonja se detuvo frente al escaparate. Apoyó la

frente contra el cristal de la tienda. Oh, cómo anhelaban sus manos tocar las bolas, llevárselas a casa, ocultarlas en el armario. Agitarlas. Sí, agitarlas y convencerse de que la realidad puede convertirse en un cuento fantástico simplemente con un poco de movimiento.

O en una pesadilla, piensa Sonja parada en un semáforo. Está en rojo, dentro de un momento tendrá que proseguir. Salir a una autovía con estas deficiencias en el cuerpo, y las manos de Folke.

—No es muy agradable una tortícolis así —dice él.

—Aparece de vez en cuando —dice Sonja—. El trabajo frente a una mesa —dice ella, luz verde.

Sonja rueda con lentitud en dirección a la rampa de incorporación más próxima. Vuelve a insistirle en que dicha rigidez en la nuca se debe a su postura de trabajo. Así no dice ni mucho ni poco. Es mejor que Folke se dé cuenta de que debe prestar mayor atención en lo que a ella respecta ahora que van a incorporarse al tráfico que marcha en dirección sur.

—No se me da bien el masaje tailandés —apunta Folke—, pero si quieres que te apriete en alguna parte no tienes más que decirlo.

Probablemente no se trate sino de un modo de hablar, pero provoca que Sonja pise el acelerador con más fuerza ya que tienen que llegar a Køge. Cuando se acabará esto, tiene miedo, Folke lo percibe y dice que no hay nada que temer. Se libran del tráfico lento a media mañana, y en todo caso tampoco supone ningún problema el tráfico en hora punta. Basta con acordarse de ir a contracorriente. Conducir *en el mismo sentido* al del tráfico en hora punta es un infierno. Ir *en sentido contrario* a aquel en el que se mueve el tráfico en hora punta no supone problema alguno. Los conductores son como salmones en un río, dice Folke. Køge es un lugar en el horizonte de una fauna salvaje, y ya están en la rampa de incorporación. Ahora comienza el gran viaje. A Sonja no le apetece tener estos pensamientos, pero es difícil no pensar en la muerte en medio del tráfico.

—¿Te importaría cambiar tú de marcha? —se oye a sí misma preguntar.

—Estupideces —dice Folke tomándole de nuevo la mano—. Pisar bien el embrague, cuarta, quinta, y, ¡zas!, sexta. Lo único que tienes que hacer es quedarte en este carril. Nada de adelantar camiones. Simplemente aquí y te mantienes a cien.

En el asiento del copiloto Folke levanta la pelvis. Empuja las piernas

hasta el fondo de su sitio y eleva la horcajadura para meter con dificultades su mano en el bolsillo del pantalón de chándal. Mientras Sonja conduce por el carril derecho desafiando a la muerte, Folke rebusca en sus pantalones. No resulta sencillo concentrarse, entonces Folke saca una caja de pastillas de regaliz.

—Pon la mano —dice él.

Sonja clava la vista en una furgoneta blanca con herrumbre en sus puertas traseras.

—Venga, la patita, Sonja —dice Folke.

Ella saca la pata.

—Así, muy bien —dice él, después ella nota la pastilla de regaliz en la palma de la mano, al tiempo que Folke enciende el estéreo del coche.

Un CD de Rammstein. No porque Sonja sepa diferenciar a Rammstein de cualquier otro, sino porque Folke le pregunta si no le gusta Rammstein, y ¿qué puede contestar? A Sonja le va la música clásica, el jazz y los trovadores americanos, y hay coches en varios carriles. *Er könnte etwas größer sein / Mercedes Benz und Autobahn*, cantan Rammstein y Folke, mientras pasan coches lanzados como flechas atravesando la mañana tardía. Vehículos de todos los colores en dirección sur, a la par que ella conduce por la puerta de Dinamarca. Es el camino de casa, piensa Sonja. El camino a Jutlandia, Europa y el acantilado de Møn. Ay, tengo miedo.

—No entiendo de música —miente Sonja, pero hay demasiados camiones y vías superpuestas, en el asiento del copiloto hay un hombre mascando regaliz, hay gominolas y la velocidad que cerca al coche, toda esa inseguridad, y encima con una pastilla de regaliz en la boca, Rammstein, sexta, *¡schnell, schnell!*

—Allí hay una iglesia para sordos —dice Folke mientras baja un poco la música.

Sonja se abstiene de mirar en la dirección que señala Folke.

—A menudo pienso en cómo se desarrollarán sus oficios religiosos. Vale, parto de que el sacerdote predica en lenguaje de sordos. Pero ¿qué pasa cuando toca cantar? ¿Cómo se logra que una sala de sordos empiece los salmos al mismo tiempo?

Sonja permanece detrás de la furgoneta oxidada. Por el retrovisor ve la cabina perteneciente a un camión. Se parece al gato de Ellen; de cara plana y

malvada, no es lo mejor hallarse encajonada de este modo. Hay que pasar junto a los camiones. No debe uno quedar prensado.

—Se sitúa el sacerdote frente a ellos y grita: ¡UNO, DOS, TRES, A CANTAR!

Sonja ha dejado de respirar con el estómago. Su respiración tiene lugar en la parte superior de la caja torácica, que sube y baja precipitadamente, los dedos le hormigean, también la nariz. El camión de atrás está lacado en verde. A la furgoneta que va delante seguro que pronto le van a decomisar las placas. Mientras tanto ella ha comenzado a hiperventilar. Puede encontrarse en una situación sin salida. Si el carril a la izquierda queda inutilizado. Y los camiones se le vienen encima. Puede verse en la tesitura en donde la única vía de escape sea ir hacia arriba, piensa Sonja, pero no hay vía de evacuación alguna por encima de la autovía. Solo un pesado cielo de agosto, ella siente náuseas, y Folke ha trasladado sus gafas de sol a la coronilla.

—No es difícil imaginar que una sala como esa repleta de sordos cantando sonará a mil demonios, pero no deja de ser fascinante, y si ahora miras hacia atrás en busca del punto muerto a la derecha, entonces genial. Ya estamos listos para la rampa de lanzamiento.

De nuevo esa jerga de profesor de autoescuela. Sonja no la comprende, y es un peligro que no la comprenda.

—Miramos hacia atrás —dice Folke mirando detrás de él—. Señala, señala con el intermitente —dice al tiempo que irrumpe en la zona de Sonja para ocuparse de que ella ponga el intermitente de la derecha—. Ahora puedes torcer.

Sonja toma a ciegas la rampa de salida que lleva a un barrio de Copenhague. No sabe cuál de ellos ni tampoco adónde se dirigen. Creía que iban a Køge, sin embargo en este instante podría vomitar si no fuera porque eso sería una guarrada en el interior del coche. También el otro podría tomárselo con mayor serenidad, y mira con cautela a Folke. Tomárselo con mayor serenidad puede ser síntoma de miedo, ella lo sabe, y ahí está Folke con la barba recién recortada, flemático, casi tirado perezosamente en su lado del coche. ¿Quién sabe si no estará mosqueado?, piensa ella. Bien podría estar mosqueado.

—Bueno, ha ido bien —dice él.

—Tenía miedo de que me aprisionaran.

—Eso nos pasa a todos —dice él dándole palmaditas en la mano de la palanca de cambios.

—No creo que logre jamás aprender a conducir —dice ella, mientras vuelve a notarlo, el llanto.

Le punza en el cuello como una cardencha. Está a punto de abrirse camino en la cara. El rostro es un tamiz, el agua quiere colarse por él, ella debe concentrarse en cerrarlo. No tiene que ocurrir, pero el hecho de que esté a punto de pasar es culpa de Folke. O es culpa de los leves roces de Folke, las pastillas de regaliz en la palma de la mano, el olor a ambientador del arbolito, ¿o es crema solar?

—Nunca he tenido que darme por vencido con un alumno —dice Folke—. Y los alumnos con los que se me ha planteado la duda de si compensaba seguir adelante eran prácticamente nulos.

—Yo también me siento un poco nula —dice Sonja.

—Asustada —dice Folke—. Pero eso es lo natural. No tienes más que adquirir práctica con el coche.

—Pero yo no estoy dotada para las cosas prácticas.

—Cómo no vas a estar dotada. Piensa solamente en lo que me contaste acerca de los ciervos. Aquello de los cercados disuasorios, madre mía.

Los ojos de Sonja arden y le viene bien que ahora se hayan metido en una vía tranquila con gran cantidad de verde a ambos lados. Casi parece que se hallan en plena naturaleza, pero no, se trata del parque de Valby, y ahí Folke quiere enseñarle a aparcar. Además van a practicar la marcha atrás rodeando una esquina. No pasaría nada si diera rienda suelta al llanto, pues le da la impresión de que Folke ha visto ya de todo en el coche, y la elogia cuando aparca en paralelo. Dice que a las mujeres se les da bien aparcar. Y añade que las mujeres tienden a prestar oídos a los hombres que sostienen que ellas no son capaces de aparcar. Las mujeres deberían dejar de escuchar a ese tipo de hombres.

—El mundo está lleno de soplapollas —dice Folke.

Vale, pero él no debería decir polla en el coche, piensa Sonja mientras da marcha atrás perfectamente alrededor de una esquina. Folke le da palmaditas en la mano de la palanca de cambios. Dice que ella conduce muy bien.

Claro, hacia atrás perfecto, piensa Sonja. Lo que mejor se me da es la dirección inversa, y él no debería decir polla en el coche.

—Echo de menos la naturaleza en Copenhague —dice ella en voz alta.

Folke señala hacia el parque de Valby.

—A eso no puede llamársele naturaleza —dice ella.

—Si atraviesas el parque de Valby en dirección a Sydhavnen, te encuentras con Tippen. ¿No has estado nunca en Tippen?

—No sé qué es.

—Plena naturaleza, Sonja, y esto ha sido lo que han dado de sí tus céntimos. Se acabó el tiempo.

Repentinamente han dado por concluida la marcha atrás. Ahora se hallan inmersos en el tráfico denso, cruzando Copenhague para regresar al negocio de Folke. Bien mirado no ha estado nada mal. La propia Sonja tiene la sensación de haberlo hecho mejor. Pone el intermitente y gira el cuerpo en busca de cualquier ángulo muerto, espejo, hombro, intermitente. La caja de cambios funciona, es jugar con la muerte, pero por esta vez ha terminado y Sonja disminuye la marcha porque tiene que girar a la derecha. Un par de ciclistas pasan como el rayo, después vía libre. Tuerce para meterse en la estrecha calle donde se encuentra la autoescuela de Folke.

Ya ve la escalera y ¿a quién tenemos ahí?

Es Jytte, compacta de cintura para abajo. Jytte con su corazón de oro y su desengaño. Jytte y sus singularidades.

17

Sonja sigue la senda que transita entre los abetos. Ella imagina que es invierno. Lleva puestas botas de monte para que no se le mojen los calcetines. El aire es pesado a causa de la humedad, la tierra huele agria. Las agujas de los abetos cuelgan tristonas, pues la oscuridad se cierne temprano en estas fechas. El sol se habrá puesto antes de que la luz alcance las dunas del interior, y Sonja no deja de avanzar. Los pies conocen la ruta por seguir. Algunas veces es mejor arrastrar las botas para pasar entre el pertinaz matorral. Otras es preferible quedarse quieto. En el crepúsculo invernal las estrellas, aunque pálidas, se ven, y durante todo el invierno los cisnes cantores han permanecido junto a una pequeña laguna más alejada. Ella imagina que lleva consigo los prismáticos, y así continúa andando para observarlos allá afuera. No tiene más que seguir la senda que atraviesa el claro, salir al espacio abierto de la landa, y proseguir aún más lejos. Una vez que ha salido a la landa no ve cosa alguna. Bueno, puede ver mucho, pero allí no hay cables, ni la torre de un transformador, ni silos, ni puestos elevados de caza. Se encuentra más allá de la realidad de los demás, y el paisaje es libre de empezar a moverse. Sonja tiene la intención de acompañarlo. Ahora también cantan los cisnes. Se encuentran en su pequeña laguna y se ven muy blancos bajo el crepúsculo. Salmodian y aletean sobrevolando el paisaje con grandes giros. En un lugar de la periferia irrumpen las manadas de ciervos. Se sienta en un montículo cubierto de hierba y se mira los zuecos amarillos.

—¿Y no podías haberme informado de que eras demasiado sensible para conducir conmigo, coño?

Los cisnes cantores con sus remeras blancas, los zuecos de morros amarillos, la crisis de ausencia de Sonja se debilita.

—¿Y cuántos añitos tenemos, eh? ¿No podías habérmelo dicho tú misma?

¿Tenías que acudir a Folke para que lo hiciese por ti? ¿No te las puedes apañar tú sola sin la ayuda de papá?

Los cisnes cantores se deslizan describiendo curvas en el agua, los zuecos amarillos se frotan con delicadeza uno contra otro.

—¿Sabes cómo llamamos en Djursland a los que son como tú?

—Gallinas —dice Sonja.

—Acusicas, *además* de gallinas —dice Jytte.

Ha encendido un nuevo cigarrillo, tiene la mirada húmeda, y Sonja, con más de cuarenta años, se encuentra en dos lugares a la vez. Está plantada en la bocacalle de una gran ciudad que no le incumbe. Y a la vez se halla muy lejos, en medio de la naturaleza. Es adulta y en ese instante desempeña como tal dicho papel. Pero también es una niña que no quiere aprender la lección, no quiere adecuarse, ser como los demás ni pensar lo que los demás piensan, sean cuales sean sus pensamientos, quiere ser libre, completamente libre, por esa razón tiene que evadirse y parece como si Sonja, en cuanto vio que Jytte se aproximaba, presionó en su mente el botón de un ascensor. Las puertas se abrieron, Sonja penetró en su interior para desaparecer en las alturas. Mientras Jytte apagaba su primer pitillo con el zapato, Sonja se esfumó de la escena de manera imperceptible. Hacia arriba, se largó hacia lo ignoto, como en la película *Contact* con Jodie Foster, donde Jodie atraviesa zumbando ella sola los agujeros de gusano del universo. Es zarandeada cuando va sentada en el puesto del piloto de la nave espacial, se desabrocha el cinturón de seguridad, flota dando vueltas por la cabina y grita de pánico hasta que todo vuelve a quedarse quieto, entonces fija la mirada en una galaxia lejana: *No words can describe it*, dice Jodie Foster. *They should have sent a poet*, añade, después Jodie Foster es transportada mentalmente a un recuerdo: una playa de Florida con el ruido de las olas y el padre fallecido que camina apaciblemente con pasos pesados hacia la actriz, sometida a duras pruebas. *I missed you*, dice el padre. *I'm sorry I couldn't be there for you, sweetheart*, y allí permanecen hablando de forma íntima, el alienígena con la apariencia de su padre, y Jodie Foster con la apariencia de Sonja. *You feel so cut off, so lost, so alone*, dice el padre y de lo que habla es del sentimiento de soledad del ser humano en el universo, y Jodie pregunta: *What happens now?* Y el padre, que es además un alienígena, contesta: *Now you go home*, y Sonja regresa zumbando a través del universo en una burbuja de aluminio y hojalata

hasta llegar a la acera en donde Folke la ha dejado como un poste frente a la diosa de la venganza.

—La verdad es que jamás había visto cosa igual —dice Jytte—. Pero ahora tendrás que conformarte con Folke a ver qué tal te va. Solo que no te hagas ilusiones de que luego yo te permita volver conmigo. Bueno, si verdaderamente eres capaz de aprender a conducir un coche. No creas que era nada fácil conducir por ahí *contigo*.

Sonja descende. Aterrizza sobre sus piernas. Largas, recuerdan algo a una cigüeña. Al final de ellas se halla la pelvis, una pizca torcida. Los acetábulos, la columna vertebral, la nuca, que mantiene quieta. Arriba del todo, el pelo corto con estilo bonito, pero el peinado no puede pararle los golpes que le da Jytte. Y la boca con su forma rara no es capaz de decir lo que debería decir. También es fea, piensa Sonja, pues la ira de Jytte le hace mella, y Sonja se ve impulsada a manosear su bolso. En cuyo fondo lleva un bálsamo labial, un smartphone y una botella de agua.

—Tampoco yo creo que pueda aprender a conducir —murmura Sonja.

—En ese caso, quizá deberías considerar si ahorrarte el dinero —dice Jytte.

—Pero tendré derecho a intentarlo siquiera —dice Sonja—. Solo eso.

—¿Y yo no te dejé hacerlo? —pregunta Jytte, que ha crecido entre campesinos y conoce el repertorio completo de hocicos, pis y perros, así como a los alumnos de autoescuela algo mayorcitos. En este sentido, Jytte es un ejemplo viviente del largo trecho en el que alguien puede moverse sin llegar a ningún lado, piensa Sonja mientras mira la puerta de la autoescuela de Folke. Él sentadito ahí dentro dejándola a ella con ese marrón.

—No, realmente no me permitías conducir por mí misma —contesta Sonja—. ¿Así cómo voy a aprender?, pensaba yo, entonces...

Se atreve a observar a Jytte desde arriba. Tiene aproximadamente la altura de Kate y Paul, pues él es más bien bajito. De manera que de pie frente a ella, él vería sus pechos de adolescente, que nunca llegaron a crecer más, circunstancia que parecía atraerle, mientras que ella de pie frente a él le vería su calva incipiente. Y desde esta altura, reflexiona Sonja, que nadie espere encontrarse otra cosa que decepciones. Jytte no constituye una excepción. Su rostro iracundo. Arrugas de fumador. Los aretes de oro tiran de los lóbulos de sus orejas hacia las hombreras. Todo ello reflejo de la realidad: bancarrota en

el bingo. Aunque en definitiva tampoco, piensa Sonja, porque Jytte se sentaba en otro tiempo en una cocina enorme de Djursland. Comía su pan con azúcar moreno. Esperando a que sonase el timbre y que la vida se iniciara con sus intentos de huida, sus amplios bulevares y los almuerzos con hombres de uniforme. Una vez fue ese tipo de cosas las que se insinuaban en los sueños de Jytte, y para lograr aquello que deseaba no ha tenido más remedio que desempeñar el papel que ella pensaba era el indicado dentro de la función.

Ahora dicho papel cuelga de Jytte como ropa andrajosa.

—Claro que no me permitías conducir por mí misma —repite Sonja—. No tenía derecho a responsabilizarme de la conducción.

La boca de Jytte se vuelve blanca y estrecha.

—Sabrás que Folke engatusó a su última mujer mientras le enseñaba a conducir, ¿no?

Sonja no lo sabía, pero la escena no carece de interés.

—A mí eso no me incumbe —dice Sonja.

—¡No me digas!

...lo digo, piensa Sonja dando media vuelta, sí, le da la espalda a Jytte y emprende la marcha para salir de la calle. Huye de la confrontación sin decir adiós. Irse sin decir adiós no es algo que haya aprendido en su hogar. En Balling siempre hay que decir un educado adiós, pero Sonja opina que tiene el derecho de abandonar el lugar de los hechos. Uno debe moverse para evitar los golpes que le dan, piensa Sonja, y en algún lugar a mucha distancia por encima de la escena, en el cielo sobre San Diego, Ellen asentiría dándole su aprobación si ella tuviera la más mínima idea de lo que pasaba.

Las rebeliones modestas también cuentan, continúa Sonja para sus adentros, mientras camina a ciegas por Frederiksberg. Pequeñas abstenciones y elecciones pueden suponer una diferencia de vida o muerte. Y si Jodie Foster no hubiese entrado en el bar con la máquina de pinball, si Jodie no se hubiese quitado el cinturón de seguridad en la nave espacial. Son las pequeñeces las que determinan la subsistencia, y tiene que haber lucha si uno quiere que la vida crezca, y la vida tiene que crecer, pero es preferible que no lo haga hacia dentro, piensa Sonja. Por otro lado, es peligroso convertirse en adicto de los pequeños dramas en la vida de uno. La ciudad está repleta de yonquis del drama y yo no soy una de ellos. De eso ya he tenido bastante, piensa, y tuerce para subir Gammel Kongevej a buena velocidad. Las piernas

vacilan, pero un poco más arriba se encuentra el ayuntamiento y por detrás del ayuntamiento están los jardines de Frederiksberg, con todos sus escondrijos y bancos. Quiere subir hasta allí, entrar y hallar un banco. Sube la calle apresuradamente, atraviesa después el enorme cruce de Falkoner Allé y continúa hasta entrar en los jardines. A grandes zancadas pasa el larguísimo césped con bulbos que ya han perdido sus flores, a grandes zancadas sigue el sendero que discurre junto al Pabellón Chino, pero entonces aminora la marcha. Las piernas se niegan, o puede que también la propia Sonja, ya que la adrenalina funciona estupendamente cuando se trata de sobrevivir. Pero después pasa factura.

Se sienta en un banco con vistas al islote de las garzas. Como candelabros de aguja en un árbol de Navidad, las garzas descansan tambaleantes sobre las ramas de enfrente llenas de inmundicia. Parece como si en cualquier momento fueran a caerse prendiéndole fuego a todo. Además le dan bien al pico, a no ser que permanezcan quietas de pie en el agua, la mirada fija. Cuando vuelan semejan buitres al acecho de un cadáver, pero cuando están de pie quietas en el agua hacen pensar en la muerte con la guadaña.

Ya estoy aquí, piensa Sonja, y ellos no son más que pájaros, pájaros domesticados, pero pájaros al fin y al cabo.

Sonja siente vergüenza, aunque a la vez está muy satisfecha. Y bien sabían en Balling que jamás se debe decir que no a un profesor. En absoluto se debía decir jamás que no a aquel que se hallara en una posición más elevada, pero no por ello papá se aguantaba. Igual se deslizaban los dos entre el cereal a la caza de la ballueca. Como que al momento siguiente papá esparcía semillas de dedalera a lo largo de la linde. No se olvidaba de echarlas también por encima de la linde, para que cayeran en el lado del papá de Marie. El papá de Marie odiaba todo aquello que no fuera productivo, y la dedalera carece por completo de utilidad. Las rosas rubiginosas, rosas caninas, balsaminas de papá y otras chorradas de ese estilo hacían rasgarse las vestiduras a un auténtico agricultor. No obstante, papá echaba semillas de dedalera por encima de la linde. Echaba amapolas, acianos y otras estupideces. Después, esperaba hasta el verano siguiente a que el papá de Marie junto a la torre del transformador soltara espumarajos por las comisuras de los labios. Se encontraba en medio de un mar de flores, y el papá de Sonja adoraba ver todas aquellas flores, mientras que Sonja adoraba ver a su papá. La sonrisa cálida

de él, la tarea de ayudante que ella desempeñaba como hija, y cuando se acercaba el tiempo de la cosecha, él la enviaba entre el cereal. Ella tenía que husmear la avena, y Sonja se deslizaba feliz en torno a la superficie del cereal para señalarle las malas hierbas a papá. Uno, dos, tres, mía, después el retazo de cariño de la palma de papá cuando se denominaba a sí misma ratón de campo.

Pero eso fue hace mucho tiempo, piensa Sonja, y no puedo afirmar que haya recolectado mucho de eso, me refiero al amor de los hombres, y ahora estamos aquí. En los jardines de Frederiksberg con pájaros inmundos y personas felices sin ser yo una de ellas. No, no soy una de ellas.

18

Sobre el escritorio de Sonja hay tres cosas. El manuscrito de Gösta, la carta para el tejido conjuntivo dirigida a Kate y el contrato de alquiler de Sonja. Este último lo ha sacado cuando ella llegó a casa tras su clase de conducir, no, rectificación: lo ha sacado justo después de que ella entrase en su dormitorio y empujase su cama de 140 hasta la esquina. En la puerta de entrada al dormitorio ha sentido dolor en la musculatura de la mandíbula y ahí estaba la cama plantada en mitad, para que Sonja y, caso que hubiese uno, su amante pudieran acceder a ella y abandonarla desde ambos costados. Es desperdiciar sitio, pensó, pero solo era cuestión de votar en contra con el pulpejo de los pies y así encajonar la cama en una esquina. A la esquina con ella. El acceso desde uno de los lados es suficiente.

Ahora, sentada, mira el manuscrito de Gösta. Con independencia de lo que Sonja decida hacer con su vida, está segura de que Gösta se las apañará bien. Ni por un momento notará que ella le falta. Justo detrás de Sonja ya hay otro capaz de convertirse en la voz traducida de Gösta, de manera que, dejando a un lado la incertidumbre económica, puede ingeniárselas para liberarse de ello si así lo decide. Sonja no es imprescindible, apenas podría afirmarse que es un animal útil, y justo al lado se encuentra la carta dirigida a Kate. Sonja le ha desprendido los sellos, mejor usarlos en cartas que vaya a enviar de verdad. Además ha abierto la carta, hizo bien en no enviarla, se quedaba perniciosamente pegada como la cola. Podría haberse diseminado en un centro de recogida postal, haber caído en las manos de alguno de los trabajadores que las organizan y acabado en el tablón del comedor como ilustración de las fricciones familiares.

Estoy furiosa, piensa Sonja. Sí, furiosa, pero no debo mostrar mi ira, si muestro mi ira pierdo a Kate, la seguiría Frank, y sus hijos también, y un día

morirán papá y mamá, luego si miro hacia delante no recuerdo una mierda, en cualquier caso ya se acabó el anhelo de perspectivas a lo grande, y no debo continuar enfureciéndome. Al enojo le sigue la soledad, y que permanezca como motivo de burla en el centro de recogida postal de Jutlandia Oeste, mientras que Kate jamás llegará a recibir la carta.

No, Kate no recibirá jamás esa carta, porque Sonja la ha sacado del sobre. Tras releerla ha constatado que después de todo no hay nada digno de mención en ella. Algo acerca de Bjarne Cochino, y dejémoslo en paz. Dejémoslo todo en paz, piensa Sonja para mirar el contrato de alquiler. Se trata de una unión de propietarios de viviendas, a la que Sonja por un milagro logró acceder en su momento. Realmente ha resultado muy práctico. Las condiciones se estipulan sin contacto directo con el arrendatario. Sin embargo, las lechuzas tías en los balcones de los demás son un azote para ella cada vez que mira por la ventana. Ya podría haber sido la barnacla cariblanca y otros pájaros que van en bandadas. Y no palomas, lechuzas de plástico y garzas. ¡Cisnes cantores! ¡Avetoros! Ánsares y demás bichos vivientes que cruzan el cielo en grandiosas formaciones en «V». Anhelo, empuje.

Como si Sonja lo hubiera invocado, sobrevolando el patio trasero irrumpe un helicóptero, impasible y de metal gris. Mientras ahí sentada lo sigue con la vista apenas recuerda lo que la trajo a Copenhague. Fue su amistad con Molly, y el anhelo de sacar algo en limpio de sus complicaciones. Convertir aquello que en un lugar determinado le hunde a uno en algo que, en otro sitio, te lleva hasta lo alto. Toda una elección, pues ¿qué habría sido de ella en Balling? Cuando iban al colegio, durante todo un año las niñas de la clase soñaron con ser peluqueras caninas, pero el profesor dijo que no se necesitaban tantas peluqueras caninas en Jutlandia Oeste, así que la mayoría de las niñas en lugar de ello acabaron siendo educadoras y cuidadoras infantiles. ¿Qué habría hecho Sonja con los niños del lugar? Ella opinaba que había otras cosas en la vida. Algo más elevado quizá. *Para tener niños hay tiempo*, decía Sonja, y también mamá lo decía, pero todo ello no era sino una perífrasis del hecho de que Sonja no deseaba realmente tenerlos. En Copenhague se podía lograr algo distinto, y los primeros años fueron un éxito. Hizo suyos los movimientos de la ciudad, las frases, las maneras. Pero poco a poco dejó de tener sentido.

De nuevo se le tensa la mandíbula, así que se levanta de la mesa. Va a por su smartphone y se tumba en la cama. Está bien eso de subirse a ella por un

único lateral, después telefona. Quiere echar mano en la dirección contraria, hacia atrás. En Copenhague lo único que hay por todos lados son personas que se parecen a personas en todas sus modalidades. Ni más ni menos, simplemente personas, que raramente se dejan ver además fuera de su propio segmento. Son igual que los grandes terratenientes en los congresos nacionales, donde todo su afán radica en contarse entre ellos, huelen a Rexona y opinan lo mismo, les interesan las mismas cosas, y cuando destacan de la multitud, destacan de la misma forma. En el campo jutlandés con los 4×4 y los sprays herbicidas de metal reluciente. En Copenhague con las bicicletas de carrito Christiania, las barbas boscosas y esa diversidad unidireccional. Todo aquello que creía que la iba a hacer crecer resultó ser demasiado humano, tanto como aquello de lo que Molly decía que tenían que alejarse. Pero al lugar del que uno procede no es posible regresar. Ya no existe y hasta uno mismo se ha vuelto un extraño, piensa Sonja tragando saliva.

Es a mamá y a papá a quienes telefona. Hace mucho que no habla con ellos. El teléfono suena en Jutlandia, pero suena en vano. Seguro que mamá está fuera, en el jardín, piensa Sonja, y papá se desprende a menudo de sus aparatos. Así que puede estar hablando ruidosamente con un vecino mientras los audífonos aúllan sobre la mesa de la cocina, bueno, mientras estén bien, piensa Sonja interrumpiendo la llamada cuando un nuevo helicóptero entra en escena. Y otro más. Ya constituyen un pequeño enjambre. Estarán llevando a cabo prácticas, se le ocurre a Sonja, o bien son los antisistema que se han reorganizado. Quizás están agrupados al fondo de una calle lanzando adoquines. O también puede que se trate de terrorismo, piensa Sonja incorporándose a medias. Los helicópteros vuelan alrededor de lo que podría ser Vesterbro, y Sonja se altera. Entonces telefona a Kate. Ocurre de forma natural, instintiva y espontánea. ¡Ya podría haber sido la barnacla cariblanca!, vuelve a recordar. ¡Zarapitos! ¡Estacas de un cercado!, piensa. Debería olvidarse del asunto y dejarse resbalar en la calma, para después no hacer otra cosa que escudriñar tumbada a los gavilanes en los abetos. ¡Yo ya he cumplido con mis deberes! ¡He aprendido la lección!

Los tonos resuenan en su oído cada vez que el teléfono llama a Jylland. Da numerosos tonos sin que salte el contestador. Ahora Kate se halla en un lugar incierto mirando la pantalla. Se come el tarro. Las malas disculpas no se inventan solas, y hay un límite al número de veces en que uno puede afirmar

que se le acaba la batería.

—¿Dígame? —se oye de repente en el otro extremo.

Sonja lo nota como una patada en el estómago.

—¿Eres tú, Kate? —pregunta.

—Sí, ¿hum...? —dice Kate, suena como si estuviese manoseando algo—. ¿Eres tú, Sonja? No habrá pasado nada, ¿verdad?

—Soy yo, pero ¿por qué iba a haber pasado algo? No ha pasado nada. Solo que me ha parecido buena idea llamaros para ver qué tal os van las cosas por allí.

—Pues todo bien por aquí —dice Kate—. Pero ¿sabes?, me encuentro justo en el centro de jardinería.

Sonja levanta la vista a su pequeño jirón de cielo de fines de agosto. La ventana está entreabierta y oye pulular a los helicópteros.

—Vaya por Dios, por aquí se está encapotando. ¿Habéis tenido también vosotros muchos truenos últimamente?

No ha sido tanto, parece dar a entender Kate, pero Sonja le cuenta que ahí, en el lado densamente poblado de Dinamarca, hay un fuerte temporal.

—Seguro que son los jaleos del clima —dice Sonja, aunque Kate le confesó una vez que no creía que hubiese ningún cambio climático, que se trataba de una cuestión de fe, como hacerse testigo de Jehová, y eso a pesar de que su marido recorre el globo entero con la energía eólica. Así ocurre con muchas cosas, y el solo hecho de mencionar «cambio climático» abre un abismo entre las dos hermanas Kate y Sonja Hansen.

—Qué fastidio —dice Kate—, pero me encuentro justo en el centro de jardinería. Necesitábamos tierra vegetal para los tiestos, así que no vamos a poder...

—Ahora que mencionas tierra vegetal, ¿sabes en quién pensaba el otro día? —se escucha Sonja a sí misma decir—. Pensé en Bjarne, qué curioso, ¿verdad? Bjarne Cochino, me refiero. No se portó especialmente bien contigo el día que terminaste la relación con él, y me parece extraño que papá le vendiese a él la granja. Porque debería haber ciertos límites a lo que uno tiene que tragarse.

—Ehr, pues no sé —dice Kate—. Si tenía el dinero.

Sonja aguza el oído para intentar escuchar de fondo a más gente en el

centro de jardinería, pero lo que parece en realidad es que Kate está en la entrada trasera de su casa. Junto a la secadora.

—Pero no se comportó muy bien, Kate. Te dio una bofetada; bueno, lo pasado, pasado. ¿Seguís viendo a Tonny?

—No demasiado desde que Tonny y Marie se mudaron a Fyn.

—Anda que qué hará Marie con ese idiota —dice Sonja.

—Tonny no tiene nada de malo —dice Kate con voz fingidamente jovial—. Y echamos de menos a Marie. Era la sal y pimienta de la pandilla de amigas.

—Tonny una vez me enseñó la polla al lado de vuestra secadora, y por cierto no era como para presumir, la polla me refiero, y tú te acuerdas de aquel de educación especial que de vez en cuando se la sacaba e iba con ella de aquí para allá diciendo BANG, BANG, abajo, junto al cobertizo de las bicis. Y después dicen los hombres que no hay ninguna conexión evidente entre sus pollas y los fuegos artificiales de Año Nuevo, por no hablar de la asociación de cazadores de Balling. Me puedo imaginar lo que se alegrarán al neutralizar algunos ciervos cuando se abre la veda. Papá dice que las manadas de ciervos están aumentando cada vez más.

Silencio al otro extremo del teléfono. Ni el más mínimo ruido de volcar un saco de mantillo en el carrito de la compra.

—¡A la mierda con eso! —dice Sonja—. Mientras a Marie le vaya bien... Aunque no debe de haber sido fácil, tras su pasado en la misión, cargar con Tonny. O puede que sea el pasado de Marie en la misión la causa de que Tonny necesite pasearse con el tulipán al aire. En una ocasión tuvimos que llevar una muestra de orina a la puericultora pero Marie olvidó la suya, y visto con perspectiva podría ser porque, a pesar de todos los cerdos que su papá tenía en el establo, en la misión no tomaban en consideración el pis. Al menos no el pis de las niñas.

Ahora Kate suspira:

—Mira, Frank no está en casa, ¿no podríamos charlar otro día, Sonja? Los chicos vienen el fin de semana y quiero hacer magro de cerdo asado, de modo que he de pasarme también por el Kwickly.

—¿Ciervo asado?

—¡Cerdo asado!

Sonja se sienta para ver mejor el cielo. Ha sido buena idea trasladar la cama, así ahora puede mirar hacia arriba, donde continúa el revuelo de

helicópteros, entonces le dice a Kate que una vez una pitonisa le adivinó el futuro. Sonja tiene la impresión de que cada vez le es más posible decirle cualquier cosa a Kate en cuanto ella descuelga el teléfono, porque es capaz de eludirlo todo. No tiene que haber badenes en la conversación, y al mismo tiempo que Sonja echa de menos a su hermana, se enciende en ella el anhelo de incendio. Quiere que Kate tome la palabra. Que salga a la palestra, que sea inequívoca y que adquiera el tipo de brazos, piernas y personalidad de alguien que desea abrazar a su prójimo.

—Sí, bueno, me encontraba en una fiesta en casa de Molly, y allí había una adivina a la que no pude detener a tiempo. Interpretó mi futuro, y he olvidado la mayor parte, pero hasta donde yo recuerdo fue bastante minuciosa. ¿Te acuerdas por ejemplo del traductor alemán? ¿Paul? Bueno, pues a él lo mencionó, pero lo más extraño de todo es que yo ya no puedo recordar el resto. En algún sentido he perdido mi futuro por el hecho de que me hablase de él. Esto me ha estado importunando últimamente, y tampoco va demasiado bien lo del carnet de conducir. Creo que mi profesor de conducir tiene planes conmigo. Posiblemente cree que estoy desesperada, y desde luego que lo estoy, pero no del modo...

—¿Dijo algo de mí? —interrumpe Kate.

—¿Quién? —pregunta Sonja, y Kate no se está paseando por un centro de jardinería.

De fondo lo que se oye es un golden retriever que rasca una puerta, y Sonja tampoco es tan mala ama de casa como para no reconocer el sonido que emite un lavavajillas anunciando que ha terminado.

—¿Quieres saber si la pitonisa esa dijo algo sobre ti?

—Sí —titubea Kate—. Sería divertido saberlo. Desde que me operé de la rodilla, no funciona como es debido.

—Qué fastidio —murmura Sonja.

—Y tenemos un nuevo vecino. Un divorciado de Aalborg, ha encontrado trabajo donde Frank. Un auténtico solitario. Yo no he hablado con él, pero da vueltas por su jardín poniendo trampas para topos y se queda mirando por encima del seto.

—No creo que dijera nada de ti —susurra Sonja—. No soy capaz de acordarme de lo que dijo, pero tu vecino no es un violento criminal.

—Bueno, eso nunca se sabe —dice Kate.

Sonja ve el brillo del sol reflejado en las aspas y entonces se tumba.

—¿Papá y mamá están bien?

—Perfectamente, pero ya he llegado a la caja, así que ¿no podríamos...?

Kate se encuentra junto a la caja de su imaginario centro de jardinería. Miente muy bien acerca de las plantas que la rodean y afirma que se alegra de haber hablado con Sonja, y Sonja dice que se alegra de haber escuchado su voz, después, una vez que han colgado, Sonja se retuerce sobre sí misma en la cama. Hacía mucho que no se plegaba como un tendedero, pero es lo único que le alivia en ese instante. La única medicina de urgencia, mientras se oye la vibración a lo lejos. En algún lugar de Copenhague los helicópteros se han elevado con alguna finalidad y a Sonja le habría gustado estar colgando arriba con ellos. No en mitad de la vida, sino con mayor perspectiva sobre ella.

19

Lo mejor de este mundo era que te subiesen al regazo. Que te elevaran y apretaran contra el cuello alto que llevaba mamá. Los pechos de mamá bajo la tela, el olor de su cuello, imágenes satinadas en la mano y la confianza de que no podía pasar nada malo. Lo segundo mejor era notar la mano de papá sobre la cabeza cuando habías conseguido hacerle reír. Lograr que te mirara como si vinieses de otro mundo. Después de dichas prioridades venía jugar con los demás, pero por encima de todo jugar uno solo. La libertad se hallaba en los lugares sin seres humanos, al fondo de los armarios, muy dentro del gallinero. Una senda se dirigía hacia allí. Y llevaba hasta su interior.

Una vez, durante una clase de gimnasia me escondí entre los aparatos, recuerda Sonja. Permanecí así bajo el potro oliendo el cuero y el sudor de las sucesivas generaciones. Me acordé de qué manera papá se enamoró de mamá, porque ella brillaba como un martín pescador en Skjern. Mientras los demás jugaban en el gimnasio a pillarse entre sí, yo permanecía sentada bajo el potro con las rodillas en la nariz. Era dolorosamente consciente de mi aislamiento y al mismo tiempo me hallaba perdidamente enamorada de su potencial.

Todo es verde a su alrededor, verde y cálido, casi sofocante, y mira fijamente el sendero que hay delante de ella. Camina todo lo rápido que puede. Intenta no quedarse atrás.

El espíritu de la época nos exige una cosa, piensa Sonja. Los demás otra cosa distinta, y nosotros mismos una tercera. Si uno se descuida deja de tener cohesión y entonces se ve de repente como un trozo de carne sin voluntad que intenta alcanzar a su profesor de conducir.

Sonja mira fijamente el sendero que hay delante de ella. Es el culito de Folke, que se balancea alejándose un trecho más allá. Zigzaguea, entrando y saliendo de los rosales arbustivos, mientras con sus largos dedos de guitarrista

señala elementos del entorno.

—Ahí hay un montículo, y allí otro más.

Folke señala lo que parecen túmulos sobre los que ha crecido la hierba, y Sonja se ha puesto a seguirlo mientras él localiza montoncitos de tierra, igual que Sonja en el pasado localizaba la ballueca.

Es ella la que ha conducido hasta las afueras y lo ha hecho bastante bien. Siempre y cuando no pisen Vesterbro, Sonja será receptiva. Cuando iba con Jytte, solía pasar Istedgade con los ojos cerrados, sin embargo aún no ha estado con Folke tan dentro del corazón de Copenhague. Hoy han salido fuera de la ciudad, aunque desde el momento en el que ella se instaló en el coche supo que algo flotaba en el ambiente.

Él simplemente le dio las llaves del coche, primera, mira hacia atrás, el intermitente clic-clac y nos vamos. Algo apocado se le veía también, con los brazos cruzados, y luego ese olor en el coche.

¿Crema solar?

No es cometido de Sonja ocuparse de adónde tiene que ir el coche. Folke es quien lleva el itinerario en su cabeza, mientras que Sonja no debe sino someterse a su voluntad. Él puede conducirla a donde quiera. Ella no es capaz de orientarse ni lo más mínimo geográficamente, tan concentrada como está en las marchas y en adquirir práctica con el coche: *Lánzalo, lánzalo*, dice él, entonces ella finge un contacto físico con el coche que no tiene verdaderamente; sin embargo, cuando él dice a la derecha, ella tuerce a la derecha, si dice a la izquierda, va a la izquierda. Folke es el señor de Sonja, y se le debe contentar, así, en algún punto de Gammel Køge Landevej, él le pidió sencillamente que torciera a la izquierda en un inocente cruce. Antes de que ella fuera consciente ya se hallaban entre el verdor. Creyó que habían ido allí para que ella demostrase una vez más lo que mejor se le da, ir marcha atrás, pero al final de una red de caminos de grava castigados por cruces con preferencia de la derecha, Folke le pidió que aparcara en lo que parecía ser césped.

—Y ahora vamos a salir del coche —dijo extrayendo las llaves del contacto y apretándolas dentro de su puño.

A ella no le apetecía abandonar el habitáculo del Batmobile. Ni una sola célula de su cuerpo sentía otra cosa que desgana, pero en algún momento debía aprender dónde se echa el líquido para limpiar el parabrisas. Tenía que ver

con el capó.

—Si se trata del capó, yo no sé...

—Vamos por aquí —había dicho Folke, y así lo hicieron, ya que a él le compete determinar la dirección que seguir en la relación. Lo único que conoce Sonja acerca de la pedagogía del profesorado de autoescuela es que el alumno ha de enajenar su voluntad. Primero partió Folke y después Sonja. Se metieron entre un matorral de rosas silvestres para bajar hasta un sendero junto al agua. Pasaron delante de un club de windsurf y continuaron más y más con las largas piernas de Folke siempre un paso por delante.

¿Y estoy pagando por esto?, pensaba Sonja en lugar de disfrutar de las vistas de la central eléctrica de Avedøre. ¿No es precisamente por este tipo de cosas por las que debería negarme a pagar un solo céntimo?, pensó, y entonces Folke abrió una verja como las que sirven para que no se salgan las ovejas.

—Si tienes la amabilidad —dijo él, y ella se detuvo al fin.

—Realmente no sé... —dijo ella.

—Solo quería enseñarte Tippen —dijo Folke, y se subió de tal modo los pantalones de chándal que a ella no le entusiasmó, pero en su rostro, en el fondo de sus ojos, Folke parecía un niño, así que ahora caminan, Sonja en último lugar y el culito de Folke primero; él va señalando montones de tierra.

—Aquí hay uno, y allí otro más, ¿los ves?

Las pequeñas colinas destacan en una planicie completamente llana cubierta de hierba. Esto es bien bonito, comprueba Sonja, pero habría preferido hallarse a solas en ese lugar. Al comienzo del verano tiene que haber mucho saúco por allí, ahora las rosas ya han perdido sus flores, pero Sonja puede ver los arbustos campando por todos lados; rosas rugosas, rosas rubiginosas, rosas caninas, rosas de sobra. Entre medias se yerguen los troncos de los abedules, pálidos y orgullosos, aunque en la maleza se ve la senda dejada por un tractor de jardín.

No vale, piensa Sonja. Decididamente es trampa.

—Otro más, y otro más. Emocionante, ¿no?

Son las colinas estratégicamente situadas lo que Folke quiere que ella vea, y de este modo están casi al borde del agua. A lo lejos se erige la central de Avedøre igual que un castillo intergaláctico. En algún lugar hacia la izquierda se extiende la reserva natural de Amager Fælled en dirección al aeropuerto, hay aviones en el cielo y se ve el puente de una autovía en el horizonte, aunque

apenas se la oye. *They should have sent a poet*, piensa Sonja.

—Espectacular, ¿eh? —dice Folke.

—Sí, hay unas cuantas lindas colinas —dice Sonja.

—Hay montones de chatarra. ¡Basura! —dice Folke, y se agarra la barba —. ¡Basura! ¡Ja!

Se han girado de manera que tienen el agua a un lado y una colina mayor al otro, y Folke hace un movimiento asertivo justo hacia la colina.

—Son los restos del Edificio Shell, el cuartel general de la Gestapo. Como no sabían dónde llevar toda la mierda, a alguien se le ocurrió traerlo simplemente a Sydhavnstippen. Ahora no podemos hacernos una idea, pero imagínate que esto en los años cuarenta era un lugar destinado a la chatarra. Un vertedero, Sonja. Una zona de guerra. Camiones alemanes, la Gestapo y daneses haciendo trabajos forzados, represéntatelo.

Folke gira en torno a sí mismo. Hace que sus brazos vayan rotando.

—Fue una increíble acción aliada —dice él—. Los alemanes retiraban del mapa a los que luchaban por la libertad metiéndolos arriba, bajo el tejado del Edificio Shell. Ahí esperaban encerrados como escudos humanos, pero eso lo sabían perfectamente los aliados, de forma que los aviones atacaron por el costado, CRASH. No solo consiguieron así a los cerdos nazis de los pisos de abajo, sino que mucha gente de la resistencia tuvo la fortuna de huir.

—También le dieron a una escuela católica en Frederiksberg.

—¿Conoces la historia? —se asombra Folke, y camina hacia el montón de chatarra.

—Un poco —dice Sonja. Entonces Folke empieza a trepar por la chatarra con sus largas piernas.

Él le muestra los pequeños brotes de saúco y abedul. Aparta pequeños bloques de cemento y sostiene en alto escombros para que ella pueda verlos mejor.

Una vez hace mucho tiempo, por la mañana temprano, un chatarrero cargó toda esa porquería en la plataforma de un camión que tenía mal la suspensión, piensa Sonja. Con la pala retiró de la calle el Edificio Shell con el olor a cadáveres y todo, después condujo hasta aquí. Miró la dehesa de Amager y amontonó en ella toda esa miseria. La capacidad humana para seguir adelante es única, piensa Sonja. Nuestra capacidad de adaptación es increíble. Excepto la mía. Eso de lo que yo cojeo va después. Y echa un vistazo al paisaje

lacerado, que no es tal paisaje sino un vertedero en donde se ha permitido después que la vegetación crezca.

Si nos pudiéramos a comparar la experiencia de las vistas naturales con la droga, entonces esto representaría un trozo de chicle de nicotina mascado, piensa Sonja. Sin embargo, alguien como Folke sufriría el exilio hace varias generaciones. Qué sabrán ellos del tema.

—Es hermoso —dice Sonja—. ¿Vienes a menudo aquí?

—Nací allí —dice Folke señalando hacia los límites de Vesterbro—. De modo que veníamos aquí a jugar, a hacernos casas y a besar a las chicas.

Algo cede en Sonja y comienza a andar. Camina en dirección al agua. Allí abajo hay un sendero, y ella tuerce un poco a la derecha para tomarlo. Puede que sea ese el camino por el que han venido, no se acuerda, porque no es su territorio, no tiene ni idea de cómo han llegado hasta allí ni de la manera de regresar al coche. Es Folke quien decide y además el que tiene las llaves del coche. Un poco más allá, pasa una vela planchando el agua, después otra. Gente haciendo windsurf, no está mal tener gente cerca. Testigos potenciales, piensa Sonja, que oye a Folke apresurarse tras de ella.

—¡Tranquila, tranquila! —dice Folke alcanzándola—. ¿Qué te sucede? El coche está allá arriba.

Ahora vuelve a señalar pero en la dirección opuesta, y la mandíbula de Sonja se tensa. Además él la agarra levemente de la parte superior del brazo, cosa que ella no quiere y libera el brazo llevándolo hacia sí.

—¡Bueno, ya está bien! —dice ella mientras las olas menean neumáticos viejos, condones usados y latas de cola—. ¿No se puede simplemente aprender a conducir, joder?

Folke da dos pasos hacia atrás. Lo hace de forma ostensible con las manos un poco alzadas, algo parecido a John Wayne cuando al fin alguien le tenía a muy corta distancia en un pueblo perdido de la pradera. Los lugareños se escondían en el salón, en el burdel, en árboles y arbustos, pero ahora se halla cara a cara con él en el sendero de un vertedero en Sydhavnen.

—Solo quiero aprender a conducir, ¿de acuerdo? No quiero que me den masajes, ni que me tomen de la mano, ni que me abracen, me sonsaquen, me vengán con milongas o me hagan carantoñas. ¡Quiero aprender a conducir para así poder ir en esa dirección!

Porque Sonja también sabe señalar, y hacia donde señala es la central de

Avedøre, y detrás Dinamarca y el mundo entero como tal.

—Pretendo obtener el permiso de conducir B y toda la mierda que se os pueda pasar por la mente me la sé de memoria hace mucho tiempo. Ya he cumplido más de cuarenta y lo he aprendido de la forma más dura, así que no me vengas con tus historias de la Gestapo.

Folke baja los brazos y se dirige con calma a la pequeña pendiente que se inclina hacia el agua. Después se sienta y golpea las manos contra sus rodillas. La barba se ensortija en dirección al vientre del profesor de conducir, mientras la coronilla desnuda está enrojecida, entonces se incorpora levemente elevando la entrepierna. Introduce la mano en el bolsillo y hace aparecer un pequeño bote. Folke abre el bote y mete un dedo hasta el fondo. En la punta del dedo Sonja ve una sustancia cremosa que va derecha a la cabeza de Folke. Entonces él se embadurna la coronilla de crema. Después se queda sentado mirando el agua. Una vela negra de windsurf irrumpe desde uno de los laterales, una gaviota pasa aleteando desde el otro lado y también hay fochas. Visto así con la espalda vuelta, Folke parece alguien a quien le hayan dado una bofetada. El ego masculino en retirada, quisquilloso, fácil de lastimar, al que hay que tratar con tacto, pero ante todo un ser humano. Y vaya si esa treta no funciona todas las veces, joder. Presentarse simplemente como un ser humano, piensa ella.

—No era esa mi intención —dice Sonja—. Eres muy buen profesor, no se trata de eso.

—No resulta muy divertido venir a trabajar para que a uno le griten así, coño.

Problemas con la podóloga, piensa Sonja, pero ese truco se lo conoce de maravilla y no le interesa lo más mínimo, no está dispuesta a oírlo, y su silencio obliga a Folke a retocar su excusa.

—No ocurre con demasiada frecuencia que salga a conducir con alguien de mi edad —dice él al fin—. Los chavales de dieciocho son majos, pero niños en definitiva, se preocupan por cada chaladura...

—El futuro, por ejemplo —dice Sonja.

—Más bien los tatuajes y cosas por el estilo —apunta Folke.

Sonja se sienta a una distancia prudencial. No vaya a ser que eso le confunda, aunque a juzgar por su expresión no es eso lo que parece. Lo que está es abochornado, porque saca el labio inferior hacia afuera igual que el

labio inferior de papá sobresalía cuando mamá le había reprendido. Cada vez que su naturaleza infantil recibía un rapapolvo se sentaba receloso, pero no pasaba mucho tiempo antes de que mamá le señalase el armario donde guardaba las armas para sugerirle que saliera a disparar a liebres y perdices en el quinto pino.

Se trataba de restablecer el sentimiento de que tiene polla, cosa que mamá sabía perfectamente, recuerda Sonja. En términos generales es algo que las mujeres aprenden con el tiempo; la gran cantidad de psicología que los hombres concentran entre las piernas, de manera que si te tomas la molestia aprendes a manejar la situación, y si no te tomas la molestia, entonces te verás aquí sentada con tu profesor de conducir mirando el agua en dirección al puerto de Hvidovre.

—Bueno, pues aquí estamos, en medio de la naturaleza recargando pilas —dice Folke.

—A esto no le llamo yo naturaleza —dice Sonja—. Allí de donde yo vengo, tenemos una landa tan extensa y antigua que ha desarrollado su propia conciencia.

—Bien podría ser —apunta Folke—. Todos los jutlandeses con los que me he topado son un caso aparte, pero te aseguro que vas a aprender a conducir. De eso no tienes que preocuparte —dice Folke echándose a reír de forma un poco bobalicona.

Tal y como está sentado, con las largas patas separadas colgando por la pendiente, solo le falta una cornamenta para dotarle de majestuosidad, se le ocurre a Sonja. Un hombre de buena presencia en principio, pero los hombres casados con otras son un capítulo cerrado, así que ahora quiero irme a casa. Sí, quiero irme a casa.

Se siente como debe de sentirse un pequeñín tambaleante cuando de pie oscila hacia atrás y a continuación se queda quieto. Quiero ir a casa, repite ella para sí, y no está mal: ella es un pequeñín tambaleante que se ha quedado quieto. Por temor a que la sensación desaparezca no indaga más en ella. La aparta de su mente y mira sus pies de refilón. Llevan unos zapatos apropiados para conducir que se hallan pacíficamente mucho más abajo. Los hace chocar suavemente entre sí, le parece que le quedan bonitos.

—Esta hora es gratis —dice Folke—. Solo quería enseñarte que la hierba lo ha cubierto todo por entero. Que no podría sospecharse hoy día que fuese

una zona de guerra, ¿verdad?

Algo zumba a sus espaldas, un sonido irritante se eleva desde la hierba en el interior de Tippen. De entre los arbustos salen un par de jovenzuelos de largos miembros. Uno de ellos lleva en la mano un mando, pero ambos tienen el rostro vuelto hacia el cielo. Están haciendo volar un pequeño chisme por control remoto. El chisme suena igual que un mosquito furioso, pero la forma se parece más a una gran libélula reluciente. Vuela así la libélula eléctrica describiendo amplios bucles por encima de los chavales, pero da una sacudida que lo lanza sobre Folke y Sonja, que balancean sus piernas en el borde de lo que una vez fue el Edificio Shell.

20

Durante un tiempo, a Sonja le ilusionó aprender a tocar la flauta dulce. Aunque tenía claro que quería hacerlo por su cuenta, ella sola. Nada de tomar clases, ni hablar. Una posibilidad era ir a los campos de cereal, pero, claro, ella no debería estar entre el grano, aunque también podría salir al punto más extremo. Sin embargo, allí fuera se hallaban los cisnes cantores y muchas veces había cazadores por la zona. Llevaban largos rifles y no les divertía encontrarse a amantes de la naturaleza vagando por los alrededores que les espantaran la caza. También podría hacerlo en el seto de árboles serrados que protegían del viento. Le encantaba verlos desde el asiento trasero del coche de papá cuando se desplazaban de un sitio a otro. Había algo en el modo en que los árboles se recortaban contra el cielo. Especialmente si la escarcha cubría sus agujas. No obstante, lo curioso era que así como adoraba *mirar* el seto de árboles, no le gustaba nada *estar* entre ellos.

En una ocasión, Marie y Sonja se hicieron un escondite en la hilera de árboles situada en la linde. La idea era que llevaran allí refresco, galletas y sus cuadernos íntimos. Pero resultó ser un refugio mísero, y Marie no se daba maña en hacerlo acogedor. Las rudas píceas de Sitka desgarraban la ropa, resultaba difícil llegar a tener la sensación de refugio, y la tierra yerma bajo el seto aparecía cubierta de agujas. Las agujas de las píceas de Sitka eran hermosas contempladas a distancia, pero pinchaban de forma inmisericorde al pegarte a ellas. Cuando Marie y Sonja se sentaban allí con sus cuadernos íntimos, Sonja escribía acerca del dolor, la nostalgia del hogar, y eso por culpa del seto. Los setos eran útiles para la agricultura, visualmente tenían su aquel, pero considerados desde el interior eran vacuos, así que a Sonja no le apetecía tocar la flauta allí. Eso ni pensarlo.

Sin embargo, detrás de los ciruelos Mirabel y otros arbustos frutales del

jardín de mamá, se ocultaba un cerezo aliso. Estaba demasiado crecido y recordaba sobre todo a un gran arbusto. Si cortabas las flores y las metías en casa olían a pis de gato, pero afuera el olor resultaba casi encantador. Sonja se agenció una vieja silla de jardín. El culo se salía entre el asiento cuando te sentabas en ella, por eso mamá le había permitido apropiársela. Con tesón Sonja logró subir la silla a las primeras ramas del cerezo. Encajó bien las patas de la silla entre las ramas y allí se sentaba ella, en mitad del árbol. Cuando soplaba en la flauta dulce parecía el sonido de un mirlo. Eso se imaginaba ella; que la gente al otro lado, que pasaba por el camino de grava, la confundiría con un pájaro. Y al soplar el viento entre la corona, la botella verde que ella había colgado de una de las ramas, cantaba a la vez. Sonaba como el avetoro allá en los juncos, y el avetoro en los juncos sonaba igual que la bocina de un barco a través de la niebla, y dicho sonido transportaba a Sonja a otros parajes.

A pesar de que Kate sabía de sobra dónde se escondía Sonja, la dejaba en paz. De hecho, en otro tiempo puso un cementerio de animales bajo el cerezo aliso. Cuando Sonja miraba hacia abajo por entre las ramas, aún podía ver al pie el cementerio. Pequeñas cruces primorosamente unidas mediante alambre, las secciones de tierra revestidas de grava traída del patio de la granja. Todo se lo llevó la lluvia, pues Kate acababa de recibir la confirmación. Solo tenía chicos y música pop en la cabeza, y sorprendía el cambio tan brusco que había sufrido, pues en un momento dado Kate se hallaba tan desesperada por encontrar animales que enterrar que enterró una lombriz viva. Pero aquello ya se acabó, así que Sonja se sienta sobre una rama donde nadie pueda alcanzarla. Entre el ramaje mira hacia el cielo. De vez en cuando, da un pequeño tajo al tronco con un embotado cuchillo para el pan del cajón de la cocina. Entonces siente el olor agrio de la savia.

Un día, estando en el árbol, se figuró que tenía visiones. Que la luz que se filtraba entre la corona le palpaba el rostro de un modo tal que bien podía tratarse de un ángel. El ángel le deseaba a Sonja todo lo mejor, y sobre todo le contó la vida tan bonita que iba a llevar. Él le acarició la mejilla. Así se lo imaginó; que el ángel le hacía mimos igual que ella le hacía mimos al gatito. Se dejó acariciar por él hasta el momento en que Kate la llamó para que entrase a comer. Había salchichas rojas con patatas y bechamel, gritaba Kate, pues así es como siempre se ha ceñido a la fuerza de la gravedad, y Sonja

deseaba hallarse ahora sentada en el árbol. Bien arriba con la cara vuelta hacia el cielo, pero no es el caso. Va sentada con Molly en el metro. Se encuentran a bastante profundidad bajo la tierra, camino de la Sala de Conciertos de la Radio Danesa.

—Qué bien que no tuvieras que trabajar aunque te avisé con tan poca antelación —dice Molly.

—Gösta no se va a marchar a ningún sitio —dice Sonja.

Un paciente le ha dado a Molly unas entradas gratuitas para el concierto para piano n.º 1 de Brahms, además ha ido a que la peinen. Su rostro en forma de corazón arde, hay electricidad en ella. Sonja sabe lo que le pasa a Molly. Ya la ha visto así antes. Está enamorada, y no es probable que el abogado sea el objeto de su amor. Parece una niña, piensa Sonja, y sin embargo hay un cierto hermetismo en su rostro que Sonja no es capaz de interpretar. Un endurecimiento que podría venir del interior de la propia Molly, aunque también podría venir perfectamente de fuera. De inyecciones. Si este último fuera el caso, Molly no lo iba a contar. Eso sería exponerse, pues Sonja no es del tipo que cree en el cuerpo como proyecto cosmético. Por su parte, Sonja no piensa contarle a Molly su excursión al campo con Folke. Es lo único que Sonja se ha prometido antes de salir de casa: no hablarle jamás a Molly de la excursión a Tippen. Las historias sin clímax carecen de interés para Molly.

—Cuéntame un poco qué vamos a escuchar —dice Molly—. No tengo ni puñetera idea de música clásica.

Es cierto. Sonja ha ido en el coche de Molly oyendo en la radio música pop durante todo el camino hasta la villa de Hørsholm. Por el contrario, pone música clásica archiconocida en la sala de espera de su consulta como la contenida en «Elvira Madigan», «La niebla se disipa», de Carl Nielsen o la sonata «Claro de luna». Día tras día las mismas piezas arteras destinadas a crear confianza entre el angustiado cliente que espera y la psicóloga Molly Schmidt, a quien, Sonja tiene que confesarlo, realmente no conoce. No, Molly Schmidt ya poco tiene que ver con Molly Pedersen de Skjern, y Molly Pedersen no tiene nada que ver con Lone, el verdadero nombre de Molly, porque lo de Molly se le ocurrió a ella misma cuando cumplió los dieciocho: *Soy un individuo libre*, afirmó. *Puedo elegir llamarme como me plazca*, dijo, aunque su nombre oficial sigue siendo Lone.

Sonja desplaza la vista hacia el alejado final del tren. Allí parecerá que

van a toda velocidad atravesando el subsuelo sin conductor como topos que hubieran tomado sustancias. Se ven niños de pie con las narices aplastadas contra la ventana panorámica, pero un par de asientos por delante de donde van sentadas Molly y Sonja hay una anciana. Amojamada, la melena corta, no parece de Copenhague. En realidad parece un ama de casa jutlandesa con sus bonitas gafas y el cabello arreglado. Tiene los ojos azul claro y lleva bien aferrados tanto su bolso como su maleta de ruedas. De provincias, piensa Sonja. Ha cruzado aquí para visitar a algún miembro de la familia emigrado, seguro que una hija.

—Dime ahora algo de la música —dice Molly.

Sonja habría preferido que Molly hubiese invitado a alguna otra persona para que la acompañase al concierto, o que a ella se le hubiese ocurrido rápidamente alguna excusa, porque ahora se ve obligada a introducirla en la música durante el trayecto Nørreport-DR Byen.

—En el concierto para piano n.º 1 de Brahms presta atención sobre todo al adagio —dice Sonja.

Molly rebusca en su bolso, y la señora sentada un poco más adelante a su vez rebusca en el suyo. A Sonja le cuesta captar la atención de su público, pero continúa impertérrita.

—Por lo general, en música clásica siempre hay que prestar atención al adagio, es mi opinión, pero sea como fuere en el concierto para piano de Brahms resulta *imprescindible* hacerlo.

La señora de pelo cano saca del bolso un mapa de la ciudad. Lo despliega con pulcritud y se lo coloca cerca de la cara. Entonces a Sonja se le ocurre pensar que no es lo bastante discreta en lo que se refiere al hecho de que viene de fuera. Le gustaría decirle a la señora que puede ser peligroso ir dándose las de turista, pero se habían quedado en el adagio, aunque Molly parece haber perdido el interés, tan atareada como está ahora escribiéndole un mensaje a alguien.

—El adagio es un movimiento lento. El movimiento intimista en clave sentimental, melancólico y dulce. Brahms estaba enamorado de forma infeliz, cosa que trasluce su música. Lo interesante viene cuando Clara, la esposa de Schumann, puesto que era de ella de quien Brahms estaba perdidamente enamorado, ya no tiene a Schumann y Brahms bien podía haberla conseguido, pero entonces deja de estar interesado. Él componía a dolorosa distancia de

ella. Era su musa, algo que no es nada nuevo desde luego, las mujeres musas. Lo bueno está en que yo creo que los hombres funcionan igualmente como musas para las mujeres. El colegio de psicólogos debería exhortar a sus miembros para que profundizasen un poco más en los hombres musas como uno de sus ámbitos de investigación.

Molly no dice nada. Sonríe ausente ante un mensaje, y su sonrisa exhala las cosas que ella querría hacer pero no debería y sin embargo hace de todos modos, pues son ese tipo de cosas las que mantienen el mundo en marcha.

No es el abogado, piensa Sonja, y un poco más allá del convoy ve a la señora canosa con inquietud en la mirada. Presiona su maleta de ruedas color brezo entre las piernas mientras lleva el mapa de la ciudad pegado a la cara. Algo más atrás en el tren hay un par de chavales larguiruchos y descoloridos que buscan bronca, de esos que no van a ningún sitio, simplemente viajan hasta el final y vuelta. Molly teclea desahogada en su smartphone, el metro corre disparado a través del subsuelo, entonces Sonja se levanta y camina unos pasos por el pasillo central.

—¿No encuentra el camino? —pregunta Sonja, la señora alza la mirada.

Un rostro arrugado pero delicado y amable. En otro tiempo tuvo el pelo oscuro, y sin embargo ahora es plateado por completo. Conserva sus verdaderos dientes, y sonríe de modo que se le pueden ver bien.

—Tengo que bajarme en Islands Brygge. Mi sobrina y su novio han encontrado piso allí, pero no sé cómo llegar desde la estación.

Sonja alarga el brazo en busca del mapa mientras el tren entra en la estación de Kongens Nytorv. Sonja pregunta a la señora cuál es el nombre de la calle y ella le contesta que Jens Otto Krag.

—Bien puede ser —dice Sonja—. Allí todas las calles llevan el nombre de un difunto primer ministro. También se puede vivir en Erik Eriksen, Hans Hedtoft, o algo peor. Lo gracioso es que esos mismos primeros ministros descansan hombro con hombro en Vestre Kirkegård, bien quietecitos. Donde, por cierto, me encanta tumbarme a leer. Claro que en Jutlandia no se estila, pero eso es porque hay lugares de sobra para tumbarse que no sean el cementerio. ¿Ha estado alguna vez en Vestre Kirkegård?

La señora no ha estado allí.

—Su sobrina debería llevarla. Todo paz, silencio, y es una preciosidad. ¿Has hecho un viaje largo?

Así ha sido. El viaje ha durado casi todo el día porque hubo dificultades en el túnel de Storebælt, y Sonja le pregunta dónde vive habitualmente, y vive en Vinkel, que está en Jutlandia Oeste. Allí ha pasado la mayor parte de su vida, así que nada de especial, y Sonja dice que el mundo es un pañuelo, ya que ella procede de Balling.

—No puede ser, ¿de verdad? —dice la señora, y su cara se ilumina por momentos con una expresión de alivio—. Mi hermana y mi cuñado vivían en Balling, pero ella ya ha muerto. Se llamaba Esther y él Einar. ¿Los conoces?

Por supuesto que Sonja conoce a Esther y Einar, ellos llevaban la oficina de correos antes de que la oficina de correos fuera desmantelada, y Sonja se acuerda también de sus hijos, mientras tanto llegan a la estación de Christianshavn, y con el rabillo del ojo Sonja comprueba que Molly se ha arrojado en el rincón de su asiento. Teclea en el smartphone pegado a su pequeña cara.

Podría ser el chamán, piensa Sonja. Cosas más raras se han dado en la vida de Molly, pero también podría tratarse de un cliente. Aunque no tiene permitido follar con ellos, hay tantísimas cosas que no están permitidas. *Y la vida es tan sumamente corta / que podría suceder que llegásemos tarde al fin de nuestra vida*, y hablando con sinceridad hay que decir que Molly se ha vuelto poco a poco como los setos que protegen del viento.

—¿Y cómo se llama? —pregunta Sonja a la señora.

La señora parece sentirse algo violenta, y le contesta que se llama Martha.

—¿Martha?

—Sí, no hay muchos hoy día que se llamen así. Mis padres eran miembros de la misión. Yo no, pero tampoco es ese un motivo para cambiar de nombre.

—Yo me llamo Sonja. Mis padres eran agricultores y no conocían nada mejor. Sus gustos en cuestión de nombres eran aproximadamente del mismo estilo que en lo relativo a cortinas. Pero eso no impide ser una buena persona.

La señora agarra el brazo de Sonja estrechándolo suavemente en el codo. Le susurra que es un poquito nerviosa. Que está cansada. Que Copenhague le parece enorme.

—*Es enorme* —dice Sonja, y mira la mano de la señora.

Una mano acostumbrada a asir. Capaz de palear todo, desde grano hasta estiércol, sin quejarse jamás, entonces se le pasa por la mente que es extraño que Martha venga a visitar a una sobrina. Las damas canosas de Jylland suelen

visitar a sus propios hijos y nietos, pero a lo mejor Martha no tiene hijos, quizá nunca se haya casado. Si bien Balling no contempla en modo alguno una cultura «single», tampoco faltan personas solteras en Balling. Aunque no arman alboroto por dicha razón, lo cual a Sonja le parece sensato, pues es difícil encontrar algo más espantoso que la cultura «single». Esas hordas maniobrando para venderse como ganado, que entran y salen de restaurantes con la cabeza llena de los servicios de citas. Siempre solos, o siempre entre una y otra relación sexual, o siempre en camino con pautas orientadas a la venta de cómo creen que tienen que ser para representar una versión comestible de sí mismos.

Las mujeres solteras que conocí en mi niñez se dedicaban a cuidar sus jardines, piensa Sonja. Y a leer, y a la gente le agradaba hablar con ellas. También hablaban acerca de ellas, pero además hablaban con ellas, sí, piensa en el mismo instante en que el tren entra en la estación de Islands Brygge.

Un pánico silente se apodera de Martha.

—Oh, ¿no es aquí donde tengo que bajarme?

Agarra la maleta de ruedas color brezo y no quiere soltar el brazo de Sonja, pero no importa. Sonja acompaña a la señora hasta las puertas, y allí se quedan las dos vacilando, sobre todo Martha, que intenta mantener el tipo; no llamar la atención, no parecer alguien que no controla Copenhague, que es un caos, únicamente caos. Lleva el mapa aprisionado alrededor del asa de la maleta, y desde luego la sobrina podría haber venido a recogerla a la estación, piensa Sonja, pero qué sabe ella acerca de si la familia considera a Martha como una carga, nada, y ahora las puertas se abren. Molly mira a Sonja por encima de su smartphone. Parece que vaya a decir algo pero no llega a hacerlo, pues Sonja ha bajado del tren con Martha. Ha bajado del tren y se dirige a las escaleras. Rapidito, porque Molly se ha levantado en el interior del convoy. Se queda en pie con su pequeña cara vuelta hacia el cristal, plagada de interrogantes y sin saber qué hacer. Sacude el smartphone así como la mano que tiene libre. Pero Sonja no tiene tiempo de dar explicaciones, y ahora Lone, con el aspecto de Molly, silba ya metiéndose bajo Amager, mientras Sonja se lleva a Martha hacia la escalera. Suben, camino de la luz.

—Voy a acompañarla hasta Jens Otto Krag —afirma Sonja—. De todos modos tengo que ir hacia allí —dice.

—Creía que ibas a un concierto a escuchar Brahms —dice Martha.

—Qué va, eso era la otra —miente Sonja, y le ofrece a Martha llevarle la maleta de ruedas—. Pesa un poco para que la lleve usted, déjeme.

Hay un momento de confusión. La mano derecha de Martha que aprisionaba el mapa de la ciudad suelta antes de que Sonja llegue a agarrar de veras. El mapa se escapa volando, baila mientras se aleja, y la maleta de ruedas se estampa contra las baldosas. El sonido es como el estallido de una pistola. Martha se sobresalta. Y sí que es alta, piensa Sonja. Algo achatada ahora, pero de joven tuvo que ser realmente larga.

—Déjeme —dice Sonja, que se agacha rápidamente.

Y ya lo tenemos ahí: el vértigo posicional.

21

Se avecina una gran comunicación. Sonja no puede decir otra cosa, nadie puede. Apenas es perceptible aún pero ocurrirá, y cuando llegue será grande.

—A mi hermana le pasaba eso mismo —dice Martha.

Han encontrado un banco en Islands Brygge. Un banco de bonito diseño, especialmente pensado para el espacio urbano, mientras el sol se pone tras nubarrones al oeste de Sydhavnen. Un nublado acecha en dirección a Køge, pero a la luz del sol poniente Martha tiene el aspecto de una anciana distinguida. Bueno, hay dos, porque Sonja está mareada, aunque el hecho de estar duplicada no disminuye en nada la hermosura de Martha.

—Sí, no podía mirar hacia arriba sin sufrir las consecuencias. Apareció cuando tenía en torno a cuarenta años, y no sé qué lo desencadenó, aunque yo creo que no era especialmente dichosa en su matrimonio. Y no es que ella se quejara, pero en los festejos la veías de pronto sentada extrañamente quieta, sujetando la nuca. Eran esas dichosas piedras.

—Tienen que asentarse —murmura Sonja—. Dan vueltas en el interior del oído como si se hubiesen puesto en fuga y no encontrasen la salida, así que hay que permanecer sentada y quieta hasta que se acostumbran a la situación. ¿Qué es lo que hacía su hermana al respecto?

Martha amusga un poco los ojos frente a la luz del sol poniente. Entonces suspira y le cuenta que su hermana simplemente vivía con ello.

—A ver, qué vas a hacer —dice ella—. Vivía con ello y luego cada cual se busca sus mañas. Recuerdo una vez, al final de un verano con gran cantidad de estrellas fugaces, y ella que quería verlas. Así que nos tumbamos en la hierba y le pusimos cojines para elevarla. Le sobrevino de todos modos, pero aun así creo que contamos más de cien estrellas aquella noche.

—En mi caso es tanto hacia arriba como hacia abajo —dice Sonja, y está a punto de llorar porque Martha le ha tomado la mano.

Hace vibrar sus dedos sobre la mano de Sonja, igual que la camarera visionaria hacía vibrar los suyos delante del ojo. Sonja nota los leves roces sobre el dorso de la mano como si fuesen patitas de pájaro.

—Tampoco pasa nada —dice Sonja entonces—. Yo me las apaño. Es sobre todo porque me voy a examinar del carnet de conducir.

—¿En Copenhague? —se asombra Martha.

¿Dónde si no?, piensa Sonja, pero no lo dice porque Martha se halla lo suficientemente lejos de su tierra como para ser capaz de manejar la ironía propia de la capital.

—Yo me examiné del carnet de conducir en Vinkel en 1965 —dice Martha—. En esa época no había siquiera cruces con semáforos, de manera que era una cosa factible.

—¿Y ahora sí que los hay?

—Sí, uno.

El aplastante sol del atardecer cuelga como una naranja sobre el parque de Valby. Los últimos rayos proyectan un reflejo de color salmón sobre el agua. Se oyen en un murmullo las salpicaduras del agua en el borde del muelle. De vez en cuando pasa alguien en mallas corriendo, y a Martha se le notan cercos de fatiga bajo los ojos. Ha estado viajando mucho tiempo, además hace una tarde de bochorno, aplastante y pegajosa, y todo lo que debería resultar fácil en esta vida persiste en su complejidad, ahora lo ve Sonja. Cómo voy a serle de ayuda, piensa. Con mi falta de sentido de la orientación.

—Yo tengo que quedarme aquí sentada un poquito —dice Sonja—. Pero el barrio de los primeros ministros está justo a nuestra espalda. Si se atreve a intentarlo usted sola no va a tener dificultad en encontrar la calle.

—Por el momento nos quedamos aquí sentadas —dice Martha.

—Va a haber tormenta —arguye Sonja.

—Todo irá bien —le asegura Martha, y entonces Sonja ya no puede retener más el llanto.

Se dispara hacia arriba, le obliga a abrir la boca, escarba las capas de sus ojos, y ahora ella presenta fugas, hace agua, mientras los dedos de Martha vibran, y hay un solo cruce con semáforos en Vinkel, nada más que uno, y la

mamá de Sonja decía siempre: *ya verás como todo irá bien, todo va a ir bien.*

—Sin embargo algunas veces las cosas no van bien —susurra Sonja—. Y vemos a menudo que las cosas no van de ninguna manera. De pronto hay muertes, personas mutiladas, tronchadas, de modo que las cosas no van, o sí, sí que lo hacen, pero se van al diablo. Y no parece que esa sea la idea, que la cosa se vaya al diablo, ¿verdad? O también pasa que nada de lo que uno había soñado se convierte en realidad. Los continentes que uno quería explorar se muestran despojados de recursos, yermos y descortezados. Desmedro allí donde alcance la vista, y bien sabe uno que hay que regresar al lugar de donde procede. Que es necesario rectificar el rumbo y rebañar los pedazos hasta completarte, pero ¿cómo puedes llegar a imaginar que era mejor lo que perdiste? Si el lugar de donde procedes ya no existe, y yo he perdido el derecho a proyectar mi futuro, al menos eso creo.

Las manos de Martha vibran.

—Me parece que estás un poco sola —dice ella.

—Dios del cielo si lo estoy, y no tiene nada de que avergonzarte que no encuentre Jens Otto Krag, pues en realidad soy yo la que se ha perdido —dice Sonja echándose hacia delante al tiempo que llora, sí, llora, y las piedras revolotean como bandadas de estorninos en el oído interno. Se lanzan, tan pronto aquí como allá, formando un sol negro. Parecen huellas digitales en el claro cielo de finales de verano. Entonces se precipitan hacia los juncos, después se elevan sobre los juncos, descargan sobre la ciudad, alejándose nuevamente de ella. Tienen que aterrizar en el caballete de los tejados componiendo una cenefa negra que se recorta contra el cielo, tienen que cantar regocijados, sin embargo en este momento revolotean en todas las direcciones, y Sonja revolotea con ellos hasta hundirse en una oscuridad negra como el cieno, un pegajoso inframundo de pena y manos, y se habría caído del banco de cara contra el asfalto si Martha no hubiese agarrado la parte posterior de su corazón, pero Martha ha agarrado la parte posterior de su corazón, o, mejor dicho, ha agarrado la tira del sujetador de Sonja, alzándola hacia atrás para apoyarla sobre el respaldo del banco.

—Buenoo —dice, aunque Sonja no lo oye porque se ha desvanecido.

En el interior del mundo en el que ella se presenta se han sentado alrededor de la mesa. Están sentados en una enorme cocina, con pan blanco cocido en casa. Mamá se pasea por la cocina con el azúcar moreno guardando

el equilibrio. Fuera, el mundo se ha visto sometido a una furiosa transformación, y la dicha de Sonja depende de que ella logre adaptarse a él. *Tú sí que eres combativa*, dice mamá. *Kate no tiene esa capacidad, pero tú sí*, dice mamá, y entonces entra por la puerta de la cocina una figura vestida con túnica amarillo curry. Discretamente se acerca hasta el frigorífico y allí se queda. *Veo un hombre de escaso pelo*, dice. *Veo que te enamorarás de él de forma infeliz*, y a Sonja, que ha perdido toda orientación dentro del mundo furioso, que ha asimilado jergas y conductas apropiadas, se le antoja que la situación es cómica, no, irónica, es irónica. Ella no la detiene, entonces dice la adivina...:

—Sí, ¿qué dijo la adivina en realidad? —pregunta Sonja.

Ha incorporado la cabeza y Martha le está sujetando la nuca.

—Perdiste la cabeza por completo —dice Martha, que vuelve a hacerse más nítida.

Recobra rasgos y contornos, sonrío toda arrugada. La forma en que su mano sujeta la nuca de Sonja evidencia algún tipo de profesionalidad. Tiene manos de matrona, se le ocurre a Sonja. Manos cualificadas para llevar un niño hasta el barreño dulce pero firmemente. Sus ojos han mirado en el interior de aquello que ningún otro conoce. Lleva la impronta de un tipo especial de sabiduría. Y de soledad.

En algún lugar lejano canta un mirlo sobre un árbol solitario. Sonja es capaz de ver las barras del banco y el modo en que Copenhague continúa sin descanso al otro lado del agua. El ataque ya ha pasado. Sonja siente náuseas, pero eso da igual, cuando la brisa roza su rostro nota que está mojado.

—Creo que voy a rescindir mi contrato de alquiler. Uno siempre tiene la libertad de mudarse, ¿no?

—¿Y adónde te vas a marchar? —dice Martha.

—A casa.

—¿Y el carnet de conducir?

—Hay un cruce con semáforos en Vinkel —contesta Sonja—. Pero por el momento nos quedamos aquí sentadas.

—Por el momento aquí sentadas —dice Martha.

—Espero que no haya prisa —murmura Sonja.

—No hay que ir a ninguna parte.

—El sol se va a ocultar dentro de un instante.

—Tenemos todo el tiempo para nosotras —dice Martha, y aunque Sonja sabe de sobra que oficialmente el amor exige algo más que una mano en la nuca, sin embargo en el estado en que ella se encuentra, siente amor por Martha.

Sí, Sonja ama a Martha.